

CRÓNICA DE UNA MISIÓN

Guinea Conakry

Cameroun

Gabón

Congo

República
Democrática del
Congo



P. FÓSTER CERDA
MISIONERO SALESIANO EN ÁFRICA



© Editorial Universidad Don Bosco, 2011

© Fóster Cerda, primera edición 2011

Apartado Postal 1874, San Salvador, El Salvador

Digitalización: Virginia Montano

Diseño: Melissa Beatriz Méndez Moreno

Revisión: P. Heriberto Herrera

Aprobación eclesiástica: Pbro. Alejandro
Hernández, Provincial de la Congregación
Salesiana en C. A. y Panamá

Hecho el depósito que marca la ley

Prohibida la reproducción total o parcial de esta
obra, por cualquier medio, electrónico o mecánico
sin la autorización de la Editorial

ISBN 978-99923-50-33-1



AGRADECIMIENTOS

A Dios que me llamó a la vida.

A mi familia que me educó a servir a los demás.

A los Salesianos que me enviaron “Ad gentes”.

A los Africanos que me acogieron como a uno de ellos.

A los amigos y fieles que me sostuvieron con su oración.

PRESENTACIÓN

La imagen pública de los salesianos suele ser la de educadores en colegios y oratorios, donde son el alma de un enjambre de niños y jóvenes. La otra imagen, la de los salesianos como misioneros, es más bien desconocida en nuestro medio centroamericano.

En este pequeño libro se presenta la figura de un salesiano misionero en África por muchos años.

El P. Fóster Cerda va tejiendo en este escrito que tiene mucho de autobiográfico, una serie de anécdotas sobre su vida misionera en tan lejanas tierras que, como perlas enlazadas entre sí, forman un cuadro unas veces juguetón, otras, dramático. Y con ingenuo gracejo, a veces punteado de mordacidad fina, nos lleva de la mano en su proceso de enamoramiento con África. El P. Fóster nos ayuda a descubrir el alma africana que, a pesar de su impresionante pobreza material, posee una calidad humana fina y conmovedora.

Compartimos con el P. Fóster sus terribles experiencias de soledad, su exaltante inmersión en el pueblo africano, su capacidad de multiplicarse en un medio donde cualquier habilidad es un tesoro. Sobre todo, nos admira la claridad con que asume su tarea misionera: elegido por Dios y enviado para evangelizar a esos pueblos africanos sensibles a los valores del Reino de Dios.

Centro América ha dado otros misioneros salesianos: P. Marco Aurelio Fonseca, mártir en Angola; Hno. Víctor Julio Arias, en las tribus indígenas de Brasil; P. Alonso Iraheta, entre los leprosos de Agua de Dios, en Colombia; P. Luis Alberto Jinesta, primero en África, después entre los indígenas mixes en México. Además está la vigorosa presencia misionera salesiana entre los indígenas qeqchí de Alta Verapaz, en Guatemala.

La dimensión misionera es signo de riqueza moral y espiritual de una provincia salesiana.

Que este testimonio del P. Fóster Cerda estimule las vocaciones salesianas en Centro América, sobre todo entre los jóvenes.

P. Heriberto Herrera, salesiano.

INTRODUCCIÓN

MISIONERO EN ÁFRICA

“Nzame a tobegue ya mine”: El Señor esté con ustedes

Me llamo Fóster Antonio Cerda Granados. Soy sacerdote salesiano. Nací en Nicaragua. Trabajé durante 16 años como misionero en diversos países de África. Ahora me encuentro en Soyapango, El Salvador, animando una parroquia salesiana, tarea que aprendí bien en mi permanencia en África. Me ha parecido bien narrar mi experiencia misionera en el continente negro.

Siendo joven sacerdote, viajé como misionero lleno de ilusiones a África. Mi primer destino fue Dabadugu, Kan Kan, ciudad situada a novecientos ocho kilómetros de la capital de Guinea, Conakry. Mi entusiasmo de misionero y evangelizador novato deseoso de convertir el mundo se estrelló con la cruda realidad que encontré. Me tocó trabajar primero como albañil, luego como mecánico, agricultor y cocinero.

La población que encontré era totalmente musulmana. Solamente había una familia cristiana compuesta por ocho miembros. Además, estaba prohibido hablar abiertamente de Jesucristo. Me asaltó una pregunta angustiada: ¿Estaré desperdiciando mi sacerdocio, mi salud, mi juventud? Es la tentación que no falta a cualquier misionero en ese mundo.

Un acontecimiento delicado en mi vida me hizo regresar a mi tierra, Nicaragua. Pero el responsable mundial de las misiones salesianas volvió a la carga y me propuso ir a Camerún. Aterricé en Yaundé, capital de Camerún, una de las grandes y desarrolladas capitales africanas, donde los cristianos son numerosos.

En Yaundé, la obra estaba encomendada a los salesianos de Verona, Italia, y necesitaba personal. Me encargaron la creación de una parroquia pedida por el obispo local. Eso me ensanchó el aliento misionero y dio sentido al lema de mi sacerdocio: “Dios se vale de los vientos contrarios para conducirnos a puerto seguro”.

Iniciador de parroquias

Me dediqué a la tarea de descubrir candidatos para catequistas, líderes de grupos parroquiales, dirigentes de coro. Fue una tarea complicada, pues debía pensar en su formación humana, cristiana y específica. Numerosos niños y jóvenes comenzaron a acudir al Oratorio, al Centro Juvenil y al Centro Profesional. Otros llegaban para su preparación a los sacramentos o para un crecimiento espiritual. Era la iglesia viva que comenzaba a crecer y fortalecerse.

Dos años después, el obispo Jean Zoá la erigió oficialmente como parroquia bajo el título de “Marie Secour des Chrétiens” (María Auxiliadora de los Cristianos). Los hermanos italianos, años más tarde, levantaron un hermoso templo de material en donde hoy funciona una de las grandes, activas e influyentes parroquias de la diócesis.

Después de cuatro años intensos y bellos, volví a Centro América para recobrar fuerzas. De regreso a África, me destinaron a Guinea Ecuatorial. Trabajé en Bata, una misión adornada de bellas playas y extensos cocotales. Los salesianos de la provincia de Madrid la cultivan como su territorio de misión. África Central no era todavía una provincia salesiana autónoma y necesitaba el apoyo de otras provincias ya consolidadas. Pero se veía cercano el tiempo de madurar como provincia independiente.

Iglesias vivientes

En Bata encontré una misión floreciente, de mucha actividad escolar, profesional y social. Los salesianos españoles que trabajaban allí tenían la suerte de contar con un sólido apoyo económico de su gobierno que los consideraba voluntarios en el tercer mundo. Pero esta situación tenía un lado espinoso: los salesianos españoles estaban más pendientes del gobierno español que del obispo local. Por treinta años habían desarrollado una formidable tarea de promoción humana, pero sin contar con ciertos permisos básicos de la iglesia local, lo que despertaba cierto recelo en el clero autóctono.

Guinea Ecuatorial todavía resiente la presencia colonizadora de España, y las relaciones no son fáciles. Yo era considerado extranjero neutral, y eso me facilitó el trabajo de estructurar una parroquia que se me había encomendado y cultivar buenas relaciones con el obispo y el clero nativo. Esto me obligaba a asistir a numerosas reuniones y convivencias que me distraían de mi trabajo pastoral, pero que eran necesarios.

Comencé la formación de catequistas, grupos, agentes de promoción social y hasta agentes de pastoral turística. Por haber sido colonia española, el catolicismo es allí fuertemente mayoritario. Esta realidad facilitaba el trabajo pastoral.

Después de tres años de diplomacia y organización de la parroquia, el obispo Idelfonso Nzama la visitó para administrar los sacramentos de la primera comunión y confirmación a más de doscientos cincuenta jóvenes y adultos. Era la primera vez que se realizaba un acto de esa índole en veinticinco años. Este fue el comienzo real de la vida parroquial bajo el título de María Auxiliadora. Quedaba todavía pendiente la condición puesta por el obispo de erigir un templo para que recibiera el nombramiento canónico. A los dos años de haber dejado la parroquia, el templo sería inaugurado, gracias a la ayuda de la Procura Misionera de Madrid.

Regresé de nuevo a Nicaragua para un merecido descanso. Entonces comencé a reflexionar sobre la responsabilidad de reintegrarme de nuevo a mi provincia centroamericana. Tantos años vividos en África habían acentuado en mí el cansancio y la soledad. Los años y las enfermedades habían mermado mis fuerzas.

Pero Dios me quería todavía en África. En 1998 se constituyó una provincia salesiana propia y se consideró que la joven provincia necesitaba de personal con experiencia. Me ofrecí para cinco años más de trabajo misionero africano.

Parroquia semirrural

El primer provincial, P. Miguel Ángel Olaverri, me envió a Oyem, cuarta ciudad de Gabón, la ‘niña de los ojos’ de los franceses. A Oyem llegaron los salesianos como un regalo del Consejo Superior para el primer salesiano negro nombrado obispo, monseñor Basile Nvé.

La Comunidad estaba encomendada a los salesianos franceses. Ellos vivían y trabajaban en el obispado para ayudar a la creación y organización de la nueva diócesis. Pero el obispo fue trasladado a la capital, y los salesianos debieron buscar una presencia propia. Así nacieron unos pequeños talleres y el apoyo a las escuelas católicas.

Por cuatro años no se había nombrado al obispo sustituto. La comunidad me pidió iniciar una parroquia bajo el patrocinio de Saint Basile. Hacía dieciocho años que el obispo salesiano nos había entregado ese terreno destinado a sede parroquial. Durante ese tiempo no hubo parroquia ni párroco ni archivo parroquial ni actividades típicamente parroquiales. Hoy es una parroquia rural con ocho barrios y treinta y ocho pueblos.

La comunidad religiosa estaba constituida por cuatro salesianos que debían atender los talleres y la escuela, administrar la diócesis y llevar adelante la parroquia. A mí me correspondía esta última tarea.

Los tres primeros meses los dediqué de lleno a aprender la lengua fan, hablada por la tribu donde se ubicaba mi parroquia. Me fui a vivir al pueblo más lejano para aprenderla mejor. Viví entre la gente como un vecino más. Pronto desapareció en ellos el miedo al extranjero blanco y terminé haciéndome amigo de mis mejores maestros, los niños. Esa ha sido una de mis mayores aventuras, la más rica en experiencias humanas y espirituales.

En el 2004 regresé a Centro América, mi Inspectoría de origen, a prestar mi servicio pastoral en la Ciudadela Don Bosco, en Soyapango, San Salvador.

CAPÍTULO 1

MISIÓN ES SER LLAMADO.

“Jesús llamó a los que Él quiso, para que estuvieran con él y enviarlos a predicar.” (Mc. 3, 15)

Vine al mundo en un lugar de Nicaragua llamado Carazo, en el pueblo de San Marcos, un miércoles ocho de abril de 1954, a las dos de la tarde. Mi padre, un hombre trabajador llamado Antonio Cerda Cerda y mi madre, mujer abnegada llamada María Elena Granados. Al bautizarme me pusieron por nombre Fóster Jorge y civilmente fui registrado como Fóster Antonio. Soy el cuarto de diez hermanos. Pasé muy feliz mi primera infancia en Carazo, en un ambiente sano, solariego y pueblerino.

Cuando tenía ocho años mi familia se trasladó a Managua en busca de mejores horizontes. Allí realicé mi 1° y 2° grado de primaria, viviendo en la colonia Nicarao, donde también cursé el 3° y 4° grado. Este lugar sería nuestro nuevo hogar para siempre. Me cambiaron al ‘Colegio 1° de Febrero’, semillero de nuevos militares, donde realicé mi 5°, 6°, y 7° grado; este último tuve que repetirlo dos veces. Luego comprendí que allí estaba la mano de Dios, aunque por el momento sólo sentía la mano de mi madre sobre mis espaldas. Con quince años me inscribí en el Instituto Técnico Vocacional para estudiar mecánica y dedicarme a una carrera técnica.

A lo largo de mis años de adolescencia ayudaba a mi padre los fines de semana, ya sea vendiendo lotería o cobrando los seguros que él repartía. Esto me obligaba a conocer todo tipo de ambientes, desde bares y cantinas hasta escuelas y colegios.

En mis ratos libres frecuentaba el Centro Juvenil Don Bosco. Me llamaba la atención la forma de ser y trabajar de los salesianos. En cierta ocasión un Hermano, don Santiago Billekens, me propuso estudiar imprenta sin pagar nada, por lo que dejé la mecánica del Instituto Técnico Vocacional. En esa época conocí a Maya, una buena y bonita chavala; fuimos semi novios varios años. Los sábados y domingos ayudaba en el Oratorio Festivo con la catequesis, los helados Eskimo y las galletas que se repartían.

Al terminar ese año, el director, P. Miguel Alvarado, me hizo la propuesta de ir a El Salvador a estudiar, con otros cinco jóvenes, y probar si me gustaba ser salesiano. Hablé con mis padres. De parte mía no había problema. Ir a conocer otro país con gastos pagados no estaba mal. Así arreglamos los documentos necesarios. Nunca había pensado en ser cura, ni siquiera era acólito ni allegado a la Iglesia. Simplemente jugaba y aprendía un oficio. Era Dios quien escribía recto en renglones torcidos.

Probando... probando

Fui a El Salvador a ‘probar’, sin ningún compromiso, como me habían dicho. Hice unos cursos especiales, ya que tenía diecisiete años. En el Aspirantado Rinaldi, en Planes de Renderos, tuve como directores al padre Emilio Coalova y al Padre Sergio Checchi.

En 1975 pasé al Instituto Don Rúa para hacer el prenoviciado y sacar mi diploma de bachillerato en el Colegio Don Bosco de Masaya. De noviembre a enero de 1976 hice un período más intenso de prenoviciado.

En Guatemala, el quince de enero comencé, junto con doce jóvenes de Centro América, mi noviciado teniendo como maestro al padre Alfonso Everstz. Fue un año muy especial. El cuatro de febrero, el terremoto de Guatemala nos afectó seriamente y nos convertimos en novicios albañiles. Fue un año sin mayores dificultades, pero con mucho trabajo personal, ya que crecí humana, espiritual, eclesial y salesianamente.

Al terminar, fui aceptado como salesiano, haciendo la profesión religiosa el 15 de enero de 1977. María Auxiliadora y Charles de Foucauld han sido mis guías en el descubrimiento de Jesús. En mi carta de solicitud de votos me presenté como candidato para ir a tierras lejanas como misionero, lo que repetía cada vez que presentaba una carta oficial a la Congregación.

Me acompañaron en este acto tan especial mi madre, mis hermanos Ramón, Edverth, Morela y mis hermanos salesianos. Quedaron en casa mis otros hermanos Guissele y Williams, pues Douglas, Armengol y Lineth ya se habían casado y Walter ya estaba en la presencia de Dios. Soy el cuarto de diez hermanos.

Comenzó el tiempo de estudiar filosofía, teniendo como director espiritual y de estudios al padre Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, actual cardenal y arzobispo de Honduras. Después de un tiempo de dedicación, me gradué en la Universidad San Carlos de Guatemala y en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma (UPS). Fueron años difíciles, pero que iban conformando mis pensamientos. Al mismo tiempo que hacía mi apostolado en los barrios marginales de la ciudad capital, la lectura de las revistas misioneras era mi gran afición.

Durante la guerra en Nicaragua perdí a mi hermano Walter. Que Dios lo tenga con él en su Reino de paz, de amor y de justicia, por el que dio su vida, y herida gravemente una hermana, Guiselle, que vive por un milagro de nuestra buena Madre.

Tirocinante

Realicé mi tirocinio de 1980 a 1982 en el Aspirantado Santo Domingo Savio, en Cartago, Costa Rica. Fueron años enriquecedores, llenos de actividades y alegría. Con

un promedio de 80 aspirantes, a los cuales había que cuidar y atender las veinticuatro horas del día. Gracias a que el director, P. Dionisio Pacheco, me permitía hacer y deshacer, inicié el Oratorio con el grupo de los mayores y las bienhechoras, la niña Menchita y la niña Esperancita. Llegamos a reunir hasta veintidós equipos de fútbol, con su reglamento, charlas, refrigerios, misa y radio local.

Con los aspirantes inicié dos grupos misioneros, que eran el alma del Aspirantado en todo sentido. Al mismo tiempo, colaboraba con el arzobispado en las Obras Misioneras Pontificias (OMP) y en la infancia misionera.

En 1980 organicé una excursión a Nicaragua con treinta aspirantes. Fue algo fenomenal, pero agotador por la gran responsabilidad que implicaba para mí.

Me costó dejar el tirocinio. Pero fue necesario para continuar con los estudios de teología. Después de cada etapa formativa, visitaba a mi familia al menos por un mes.

La teología

De enero de 1983 a noviembre de 1986 cursé mis estudios de teología en Guatemala bajo la dirección del padre Ángel Roncero. De los trece novicios del principio sólo quedamos tres, pues los otros han ido poco a poco descubriendo su vocación. Al final de 1985 quedé solo y triste, triste y solo, como el único de mi grupo, pues no es lo mismo sentirse unido con quien has reído, llorado y peleado por muchos años (Arturo y Gustavo) que con alguien de un curso inferior o superior.

Aquellos fueron años de estudio profundo, serio, de compromiso ante Dios y los hombres, gracias a Dios sin muchos problemas, pues desde un inicio comprendí que era yo el formando y no el formador de los formadores.

En mis períodos de estudio hay algo que ahora echo de menos y es que siempre estudié simplemente para no aplazar. Pensaba que así tenía más tiempo para el apostolado y la 'buena vida'.

En esos cuatro años desarrollé mi trabajo pastoral en las varias categorías de fútbol del Centro Juvenil Salesiano. Colaboré en las celebraciones de semana santa en los pueblos de Escuintla, donde no llegaba nunca el sacerdote. Ayudaba en la animación misionera de la diócesis. Fue en



Entrega de crucifijo y envío misionero por el P. Luc Van Looy. (Turín)

1984 cuando mi director espiritual me permitió hacer al Rector Mayor mi petición oficial para ir a las misiones.

El tiempo pasó en un abrir y cerrar de ojos y la ordenación sacerdotal estaba ahí, a la vuelta de la esquina, y presentía que aún me faltaba mucho para asumir esa gran responsabilidad. Las tentaciones se multiplicaban. ‘El diablo andaba buscando a quién devorar’.

Pero el Señor me ha sostenido incluso en mi debilidad más fuerte y lo seguirá haciendo. Si él me llamó, él me sostendrá. Si él me escogió, él me dará la fuerza para responder a su voluntad.

Para mí, la vocación es responder al Señor allí donde me sienta más feliz a pesar de las dificultades, aunque haya otras cosas que me puedan hacer feliz. pero hay una que me hace sentir realizado y por ahora espero encontrar siempre mi realización en el sacerdocio.

Al ser el primer sacerdote salesiano nicaragüense del Centro Juvenil Don Bosco de Managua, el padre Oscar Rodríguez me permitió escoger ser ordenado en la Iglesia Don Bosco de Managua por monseñor Miguel Obando y Bravo, arzobispo de Managua, el siete de diciembre de 1986 y celebrar el día siguiente mi primera misa en honor a la Inmaculada Concepción, junto a mis familiares, amigos y hermanos salesianos.

Desde entonces soy el servidor de todos y dispensador de las gracias de Dios, especialmente en los sacramentos de la eucaristía y penitencia. Por la infinita bondad de Dios, a los treinta y dos años de edad, sello con Cristo y con la iglesia el compromiso de hacer crecer el Reino de Dios aquí y luego en su plenitud.



Ordenación de Diácono por Mons. Girardi. (Guatemala)

CAPÍTULO 2

MISIÓN ES ESTAR CON ÉL

“La caridad pastoral es un impulso apostólico que nos mueve a buscar las almas y servir únicamente a Dios “. (Const. 10)

Sacerdote para siempre

Una fecha tan especial, tan esperada y tan rica de dones espirituales que mi ilusionado corazón creía que cambiaría todo, en todo mi ser, con la imposición de manos de monseñor Miguel Obando y Bravo.

Pero esa fecha del siete de diciembre de 1986 pasó como un soplo, no sin antes renovar los lemas que han alentado mi vida desde el noviciado en el año 1976: ‘Dios se vale de los vientos contrarios para conducirnos a puerto seguro’ y ‘Escogió a los que él quiso para que estuvieran con él y enviarlos a predicar’.

La hora de la verdad se avecinaba; el viaje de nupcias allí estaba; lo humano y lo divino están en este pobre ser, que a sabiendas del ‘frágil barro del que está hecho’, se lanza sostenido sólo por la fuerza de lo alto.

Soy sacerdote para siempre, para amar, para servir y perdonar (darse, eucaristía, confesión). Terminada mi estadía con mi familia, llego mi primera obediencia.

Primera obediencia

Fui enviado al Instituto San Miguel de Tegucigalpa como catequista. Junto al P. Oscar Vian, al P. Roberto Paiz, al P. Carlos Paniagua, al Sr. Nieto y al Sr. Zambrana formamos un buen equipo para el bien de esa obra.

Las actividades se sucedían: clases de religión, tutoría de los primeros cursos, retiro de profesores y alumnos, encargado de grupos juveniles los fines de semana, toma de conciencia de la solidaridad social con sectores menos favorecidos, seguimiento de cooperadores salesianos, etc.



Alegria de nuevos adultos bautizados.

La idea de la Asociación de Damas Salesianas (ADS) ya aleteaba en el ambiente. La comunidad me asignó su organización. Logré comprometerlas en un apostolado visitando los barrios más pobres, las orillas de los ríos y bajo

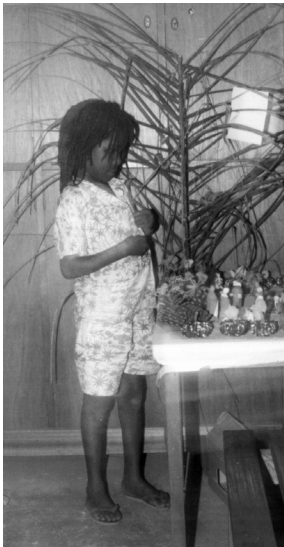
los puentes. Estas señoras de cierta clase social quedaron impactadas en corazón y voluntad para hacer algo por los demás.

Agosto, mes de la juventud, semana de la juventud, actividades de gran responsabilidad que me tocó dirigir. Para ello contaba con un gran equipo, con Jorge Atúan a la cabeza y Franklin Beltrand en los contactos. Logramos realizar una de las mejores semanas que quedó en el recuerdo de muchos jóvenes hondureños.

El año lectivo iba concluyendo. Dios, que no se deja ganar en generosidad. Doña Reina organizaba una excursión a Disney World y me ofreció acompañar al grupo. Así tuve la oportunidad de hacerme niño por unos días en ese fantástico mundo. A pesar de tanta gracia de Dios, mi barro se rompe con una experiencia primera y triste, pero él me confirmó su bondad y me reconcilió. El mes de octubre terminó y con él toda actividad fuerte en el colegio.

Por este tiempo, con los debidos permisos, asistí a un grupo de nicaragüenses residentes en Honduras. Celebré algunas misas, la fiesta de la Inmaculada para los refugiados ('contras') en la frontera, viajando en helicópteros gringos, saliendo de una base de cuyo lugar no quiero acordarme.

Nicaragua se desangraba con tantos jóvenes inexpertos que defendían el obligado rojo y negro. Ayudaba en el trabajo campesino y en sacar de la oscuridad analfabeta a tantos hermanos que no sabían ni escribir su nombre y eran explotados. En mis vacaciones encontré a mi patria y a algunos familiares añorando un poco el pasado.



Cristo nace en nuevos corazones.

Esas vacaciones las compartí con mi familia. A veces sustituía al párroco del Don Bosco. Fueron días felices que me sentía realizado como dispensador de los dones Dios que un año antes me había concedido en esa misma iglesia.

La Navidad la pasé triste y melancólico, contemplando el nacimiento viviente que dibujaba la Tegucigalpa catracha desde la cima de la colonia Payaquí, junto a hermanos y amigos de comunidad. Aunque comiendo, bebiendo y rezando, a mi mente venían aquellos desfiles de gente que no sabían para qué era la navidad.

año 1988 se asomó con gran disimulo, después de una noche de luces, colores y fiestas, de deudas perdonadas y amistades reencontradas, haciendo a un lado la cortina de humo de cohetes, petardos y bombas.

CAPÍTULO 3

MISIÓN ES SER ENVIADO

“Vayan y proclamen que el Reino de Dios está cerca. Sanen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos y echen los demonios”. (Mt.16, 7-8)

1988: Año centenario

Enero de 1988. Fue el año del centenario de la muerte de Don Bosco, Padre y Maestro de los jóvenes. Enero fue un mes lleno de organización, proyección y programación de cursos en el Instituto San Miguel.

Todo transcurría normal. El inspector, P. Ricardo Chinchilla, había llegado a hacer la visita. El veintidós de enero, cuando estábamos en meditación, me entregó un sobre con remitente del Dicasterio de Misiones. “Tienes esta carta; es la respuesta a tu petición de hace tres años, luego hablamos”. El corazón me latía fuerte. ¿Será posible? ¡No se olvidaron! ¡No la tiraron a la basura!

No. La petición no fue puesta en la papelera. En ese momento no me lo esperaba, ni mucho menos de esa forma. El proyecto África se consolidaba. Bolivia, Brasil, Venezuela, que eran mis expectativas, no daban señales. Asia aún estaba lejos. Entonces, ¿qué me dirán en esta carta? Tomé asiento y, poco a poco, lentamente, frente al Santísimo, leí detenidamente la carta. La respuesta positiva de ir a Misiones, adonde nunca jamás me lo había imaginado: **ÁFRICA**. Decía: “...Si aún tienes la intención de ir a misiones, hemos pensado que te prepares para aprender el idioma francés y partir lo más pronto posible a una nueva presencia en Kankan, Guinea Conakry”.

Por la mañana hablé con el Padre Inspector, el cual me habla de ir a Panamá para trabajar como catequista mientras llegaba de Roma el que había sido nombrado oficialmente; que me inscriba en la Alianza Francesa y me vaya ‘acostumbrando a ver negros’ (fue lo único que no cumplí, porque ya quedaban pocos en el colegio).

Después de unos días, dejé el San Miguel, pasé unos quince días con mis familiares y les comuniqué mi nuevo destino. No recibieron la noticia con la misma alegría con que la había recibido yo. Mi madre se imaginó que yo había hecho alguna ‘trastada’ y por eso me sacaban de estos lados. Traté de explicarles nuestra política misionera salesiana, que es todo lo contrario. “Vos sabes tus mañas” -me dice-; “yo prefiero un buen padre de familia y no un cura sinvergüenza”. Pero, como siempre, si es para el

bien nuestro, para nuestro futuro y lo hacemos con gusto, mis padres nos han dejado hacer, aunque en Antonio y María brote sangre de su corazón.

Cada día tomaba el mapamundi, las enciclopedias y me informaba así como a mi familia sobre ese país del cual yo no tenía la menor idea. Todo lo leído en revistas misioneras y reflexionado en los grupos misioneros vino a mi mente. Llegó la hora de despedirme para ir a Panamá y luego a África, de donde regresaría solo tres años después.

Un nudo en la garganta, el brillo en los ojos y una maleta de ilusiones me acompañaron al avión. En el aeropuerto estaban mis padres, hermanos y sobrinos con cara de admiración, mirada de interrogación y puntos suspensivos en la respiración.

Panamá

Era el catorce de febrero y mi casa de pasaje estaba allí. La comunidad fraternal me esperaba; poco a poco tomé mi lugar de Catequista. Me inscribí en la Alianza Francesa, me asomé al corazón panameño, a su forma de ser y sinceramente me cautivó.

Los fines de semana ayudaba a los grupos juveniles en la Basílica Don Bosco, en donde hice mis mejores amistades y me sentía a gusto entre ellos.

Llegó julio. El Inspector me indicó que debía empezar a preparar visas y pasaje sólo de ida a Italia, pues debía estar en el Colle Don Bosco a más tardar el tres de agosto (beatificación de Laura Vicuña).

Un acto de confianza del Padre Chinchilla, que nunca olvidaré, fue dejarme un cheque en blanco firmado y sellado para los gastos necesarios, que no llegué a usar, pues el verdadero misionero viaja con lo esencial. Este hecho lo uní a la confianza que me daba ir a tierras de misión en nombre de la Inspectoría de Centro América. Me duele una pequeña traición que jugué a esa confianza, de lo que ya me disculpé.

Europa

Europa. Completamente solo. En ese viejo mundo, tan nuevo para mí, con un medio italiano para defenderme. Nervioso y cansado. Así llegué a Turín a la una y treinta de la madrugada. Todos dormían. Solo encontré un hermano con su tractor, haciendo los retoques para la gran ceremonia del día, quien me indicó un dormitorio común preparado para los huéspedes inesperados, donde pasé el resto de la noche. Muy de mañana me presenté al Director, un antiguo misionero en Paraguay, quien me atendió tan bien que me sentí halagado. Aprendí que la palabra 'misionero' es mágica para los italianos.

Desayuno. Tomé mi sitio en la celebración y aproveché al sacerdote que estaba a mi derecha para confesarme y recibir mejor las gracias de ese día. Cantos, música, flores y sol de verano. Almuerzos, sobremesa, miles de jóvenes y monjas. Todo estupendo con gran derroche de salesianidad y toque femenino.

A la mañana siguiente, tomé un tren hacia Roma. Me presenté en el Sacro Cuore donde, después de un interrogatorio, presentación de documentos y llamadas telefónicas al P. Batisti, secretario del P. Luc Van Looy, me permiten pasar la noche y otros días más muy bien atendido. Qué grande es nuestra familia. Luego, me fui a la Casa Generalicia, donde me esperaba el P. Batisti. Pasé allí ocho días a la espera del P. Van Looy. Ocho días de retiro con algunas salidas para conocer Roma, sus catacumbas, basílicas, etc.

Preguntando se llega a Roma, porque en la Casa Generalicia solo se veía gente ‘ocupada’ y metida en su mundo. Fue mi olfato o instinto el que me hizo descubrir la capilla, el comedor, el bus, etc.

Llegó el P. Van Looy, excelente persona, quien me explicó detalladamente la misión y mi responsabilidad. Para aprender francés me dio a escoger entre ir a Francia por cuatro meses o a una comunidad de franceses en África. Al día siguiente regresé a su despacho con mi respuesta: Guinea Conakry – KanKan, una comunidad francesa.

Por la tarde me llamó para entregarme el pasaje Turín-Brazaville-Conakry. Me entregó otro pasaje de tren para Turín y unirme así a otros misioneros de la expedición del Centenario: una semana de salesianidad y la entrega del Crucifijo el veinticuatro de agosto en la Basílica de María Auxiliadora. Fue un acto maravilloso presidido por el Rector Mayor, P. Egidio Viganó. Éramos treinta y ocho los enviados a distintas partes del mundo.



En Barcelona, Basílica de la Sagrada Familia.
(España)

CAPÍTULO 4

MISIÓN ES CONSTRUIR EL REINO

“Vayan pues y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. (Mt. 28,18-19)

Llegó el momento.

Otro mundo. Paisajes, gente, color, cultura. Todo exteriormente distinto. Eran las nueve y media de la mañana del 26 de agosto. En Brazaville (Congo) me espera el Padre Miguel Angel Olaverri, que me conduce a la comunidad de Makelekelé (Parroquia Saint Charles Lwanga). Por el camino todo es nuevo para mí. Mi corazón acelerado y mis manos frías, un nuevo mundo ante mis ojos, una nueva experiencia, una nueva vida, todo nuevo para aprender, un nuevo reto.

Llegado a la comunidad encontré a un hombre que, al sólo verlo, destellaba santidad. Es el Padre Lucian Huyel, que con el Padre Jegouseau, el hermano Fidel y el Padre Miguel Ángel forman la comunidad, mi comunidad. No lograba decir ni “oui” en francés.

Seis meses han pasado en los cuales he tenido descubrimientos y aprendizajes, he abierto los ojos y oídos para aprender el francés, aprender de la cultura, ver tanta actividad pastoral. Los efectos del período comunista aun se sienten vivos en la forma de pensar, en las estructuras, en la destrucción.

Encontré tantos niños y jóvenes que me ayudaron a aprender el francés y palabras en larí, la lengua propia de la tribu Larí. Algunos días recibo clases con el Padre Paul Ebome, de la comunidad de Ngangoni, que a la vez estaba interesado en aprender el castellano.

Fueron seis meses felices, ricos en experiencia, conocimiento de la gente y del funcionamiento de una parroquia bien organizada en África. La flaqueza humana sale al paso, pero es controlada después de mucha lucha y voluntad.

La prisión del Zaire

En los primeros meses en el Congo, visitaba por las tardes en el hospital de Makelekelé, muy cerca de nuestra comunidad, a aquellos enfermos abandonados, especialmente los de la sala infecto-contagiosa, donde conocí el sida y otras enfermedades. Muchos morían en el más grande abandono.

Gran impresión me causó la celebración del centenario de Don Bosco en la gran parroquia salesiana de San Michelle de Ngangoni, (nombre de un barrio) organizada por el consejo parroquial. Colores, música, danza, cantos, dones, plegarias. Fue algo que esculpió mi corazón en forma del continente africano. Ese día algo del embrujo africano entró en mi vida. Desde entonces mi corazón clama, llama, grita: Áfricaaaaaa.

Con este mismo motivo del Centenario los Antiguos Alumnos del Zaire (hoy, República Democrática del Congo) mandaron una invitación para que un salesiano de Brazaville asistiera a unas actividades en honor de Don Bosco. No pudiendo ir nadie, me enviaron a mí para conocer y representarlos ‘dignamente’. Miguel me dejó en el barco que tenía que cruzar el peligroso río Congo. En él vamos cientos de personas, mercado, ganado de todo tipo. Antes de llegar a mi destino, tuve que pasar por algunas comunidades de las orillas del majestuoso río. En el ambiente se respiraba olor a cuerpos sudados, a humo de carne asada, a sacos de pescado seco, hombres y mujeres bañados en brillante sudor sus negros músculos. Fue un viaje inolvidable.

Yo era el único semi blanco en un mar de negros. Llegados al muelle de Kinshasa, en cubierta se armó un ‘maremágnum sodomítico’. Quién subía, quién bajaba, quién tomaba un saco, un paquete, una cabra, patos, cañas, plátanos. Sálvese quien pueda y proteja hasta su virginidad, pues, si no se está atento, todo se pierde en un abrir y cerrar de ojos.

El control de aduanas es minucioso, pero todo tiene arreglo con algunos dólares. El blanco es llevado aparte, a las oficinas: documentos, vacunas, visa, dinero, fichas, interrogatorio. Por cada servicio que me ‘prestan’, debo pagar ‘un quinientos’ (equivalente a un dólar) por ser misionero.

El Padre Sab, gran conocedor del ambiente, de las lenguas, de la cultura, me esperaba, pero no le permitieron entrar conmigo. Terminado el vía crucis, a las seis y media de la tarde, salí junto al Padre Sab, rumbo a la Procura de Santa Anne, donde me alojaría. No logramos llegar, pues pasamos por una calle donde vive el hijo de un Ministro del presidente Mobutu y esa calle se cierra a las 6.00 pm. No había señales ni aviso. “Si eres zaireño, tienes que saberlo”, dice el policía. Fuimos detenidos por la seguridad y llevados a la prisión preventiva en espera del jefe, que no llega sino hasta el día siguiente.

Informada la embajada belga, ésta inicia los trámites correspondientes, lentamente porque el problema diplomático entre ellos es serio. Fuimos liberados al día siguiente, recuperando ‘parte’ del auto. Por fin llegamos a la procura a bañarnos, comer, dar una vuelta por la ciudad, dormir y, al día siguiente, nuevamente a la aventura del barco para llegar a Brazzaville. Con tanto contratiempo no pude asistir a la reunión.

Es la hora de ir

Llegó 1989, y con enero, una carta que puso fin a la segunda parte de mi luna de miel. Aprendí quizás poco el francés, pero me enriquecí mucho en amor y entrega a esos niños de ojos charlatanes, a esos jóvenes de nobles ideales y a esos viejos venerables en experiencias y continuadores de ancestrales ritos culturales. Una carta del P. Van Looy me dice: “En Guinea Conakry te esperan lo más pronto posible, pues sólo hay dos hermanos iniciando la obra; prepara todo e incorpórate pronto”. Con la ayuda de Miguel iniciamos inmediatamente las formalidades, el pasaje, los contactos en Costa de Marfil para pernoctar allá.

El vuelo de Air Afrique despegó el martes cuatro de febrero, vía Abidján, donde hay dos misioneros jesuitas que en el aeropuerto esperaban a un latinoamericano de sombrero, y me condujeron a una casa donde pasaría dos noches. Seguiría a Conakry en un avión muy grande, con un fuerte olor a pescado podrido, dada la carga que contenía. Añádase a eso el hecho que cada pasajero llevaba sus propias provisiones

En el aeropuerto donde me esperaban Pablo y Francisco para unirme a la Inspectoría de Guadalajara que es de quien depende esta presencia en Conakry (capital de Guinea). Al llegar a casa, ni descargamos el auto, porque el día siguiente a las cuatro de la mañana saldríamos rumbo a Kankan, a donde llegaríamos a las diez de la noche. Fueron novecientos kilómetros, atravesando montañas y ríos por malos caminos. Durante el viaje, hicimos dos paradas. En una conocí el Seminario de Kindia, donde comimos. La otra sirvió para hacerle una reparación al auto. Comimos en un pequeño bar arroz con salsa de hojas de yuca en aceite de palma, que me produjo eructos el resto del camino.



Mis más grandes maestros del Fan

Por fin llegamos a Kankan cansados, polvorientos. Faltaban todavía ocho kilómetros para llegar a nuestro destino, Dabadougou, pueblecito donde está asentada la misión. A falta de luz eléctrica, unos candiles alumbraban nuestra misión. Los derruidos edificios no tienen ni el color para reflejar la luz de la luna.

CAPÍTULO 5

MISIÓN ES ESCUELA DE ESPIRITUALIDAD

“Tu gracia, Padre, la intercesión de María Santísima Auxiliadora, de san José, de san Francisco de Sales y de san Juan Bosco me asistan todos los días y me ayuden a ser fiel.” (Fórmula de la Profesión religiosa salesiana)

Dabadugu

Antigua misión de los Padres Blancos, abandonada por más de veinticinco años, durante la persecución de Sekou Touré, (presidente comunista y musulmán) saqueada, destruida.

En una habitación reparada pasé mi primera noche junto a los hermanos que ya la habitaban: Pancho y Humberto. Un silencio profundo, acompañado sólo por un coro de grillos; oscuridad densa con destellos de luciérnagas; noche larga, oscura y silenciosa como mi futuro incierto y mi pasado ilusorio. Pero mi presente estaba allí.

Los gallos iniciaron su diálogo interminable hasta que el sol se desperezó totalmente. Los rebaños de cabras comenzaron a desfilar y las mujeres cargadas de mercadería iban rumbo al mercado.

Un día nuevo, mi primer día, y lo iniciamos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y el rezo de Laudes. Se preparó un poco de agua caliente, Nescao, Nescafé, mermelada y pan traído de la capital, que tendría que durar ocho días. Tendremos nuevamente pan hasta que tengamos la oportunidad de volver a la capital.

Mis colegas misioneros me muestran amablemente las ruinas de lo que fue una gran misión. Vemos los proyectos. Se sueña despierto: escuela, talleres, catequistas, agronomía, conservas, internado, dispensario...

Reconocimiento del lugar

Damos una vuelta por el pueblo, donde me presentan la única familia cristiana de don David Sangaré, su esposa e hijos, gente de una gran fe, un catequista ejemplar. Descubro a un mártir viviente al escuchar sus aventuras con tal de conservarse cristiano y con vida hasta hoy. Su esposa e hijos saben lo que es

sufrir por Cristo, vivir años escondidos en el bosque, confiando sólo en la Providencia Divina y en la Virgen María. Serán ellos nuestros confidentes, consejeros, lazos de unión con los jefes de los poblados musulmanes y animistas, que no ven bien nuestra presencia en la zona.

Después de un largo compartir, volvemos a casa para preparar el almuerzo. Hay fiesta porque he llegado. Salen a relucir los enlatados que sólo se calientan, pero no se pueden comer todos los días por ser caros y difíciles de encontrar. Se añade un poco de saka saka (hoja de yuca en aceite de palma), que nos ha obsequiado mamá Emilie, esposa del catequista. Al almuerzo sigue una merecida siesta, no por haber trabajado, sino por el largo viaje y la noche pasada en pensamientos e imaginaciones.

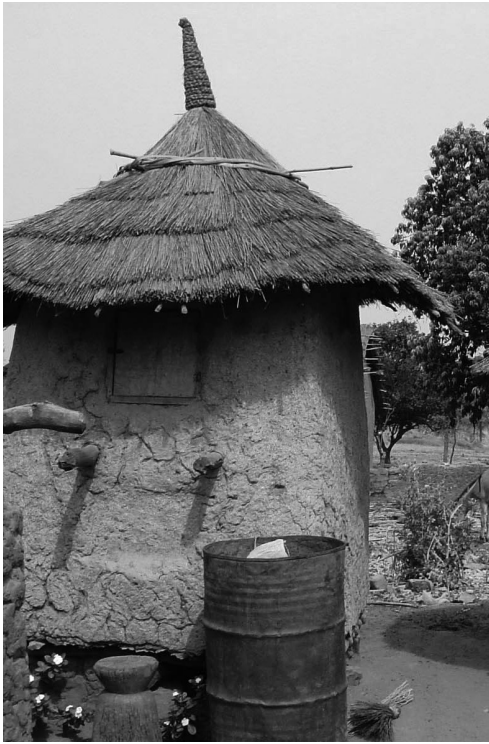
Al atardecer vemos los campos que hay que limpiar para plantar maní, que será el pan de cada día; los muchos mangos que necesitan poda; arrancar dos árboles que destruyen paredes y pisos; preparar un lugar para una granja de gallinas y cerdos. Damos una vuelta por todo el terreno de la misión, pasando entre riachuelos, serpientes, codornices que, a nuestro paso, alzan vuelo, y monos que se burlan de nosotros con sus chillidos y saltos de rama en rama. Mangos y teques crecidos salvajemente en medio de hierbas de al menos seis metros de altura.

La misión

Cae un lento atardecer y nos esperan algunos chicos que vienen del campo y quieren un balón. Poco a poco inicio mi tímido contacto al menos en francés, porque el malinque lo escucho por primera vez. Tanaté? Tanasité. Tanasite luma. Tanailá. Tanaté dembaya?... Aaaaah...

Con la noche acompañada de un aire fresco, suave música de grillos y un agudo aleteo de mosquitos hambrientos, cada misionero anda con su lámpara de bosque a mano buscando qué calentar para comer. Saludamos luego con el santo rosario a la estrella que desde el cielo nos guía. Un poco de vino alegra el corazón y, bajo el inmenso árbol de bau bau, nos quedamos compartiendo proyectos reales e ideales.

La mañana se despierta con el típico chancleteo de mujeres que, a pecho descubierto, han caminado dos, seis y hasta diez kilómetros, pero aún les faltan ocho más para llegar al gran mercado a vender y a comprar lo necesario. Esta vez inicio mis labores: buscar leña para el fuego, ir al río a sacar agua, lavar



Habitaciones Malinque

ollas y platos, preparar un poco de comida, pues los otros, más encaminados, ya tenían sus tareas asignadas. Pasaré en esto los días, las semanas y algunos meses. Al fin nuestro amigo el Catequista nos consiguió una muchacha de confianza, Fatumata, musulmana, que habla un poco de francés, para los oficios de casa.

Así quedo más libre para dedicarme de lleno a la tierra, limpiando, sembrando, cultivando o haciendo de albañil o carpintero, para hacer habitable alguna sala del gran complejo semi destruido y, al mismo tiempo, aforar un pozo que tendrá setenta y dos metros de profundidad, porque toda el agua que utilizamos es del río.

El trabajo es duro, cansado, ingrato. Al final del día teníamos nuestras manos enrojecidas, pero sabíamos que el que nos había traído hasta aquí nos sostenía y nos fortalecía día a día: Cristo, el Señor de todos.

La muchacha, con muy buena voluntad, nos prepara a diario lo que había aprendido en casa, arroz con salsa de maní acompañado de carne, pescado, gusanos, termitas o con cualquier bicho que se moviera. Así pasamos casi seis meses, hasta que poco a poco comenzamos a enseñarle a hacer lo mismo, solo que de otra forma, a la americana.

Cuando el miedo toma nombre

En la región del África Central se dice que llueve nueve meses, dividida esta estación en las grandes lluvias y las pequeñas lluvias. Aprovechando las pequeñas lluvias, viajé a la capital que está a una distancia de 900 km de nuestra comunidad. Por el estado de la ‘carretera’, se necesita casi tres días. Esta vez salimos en el camión manejado por el chofer Felipe, cargado de yuca y aceite de palma para ganar siquiera lo del carburante y evitar que el camión

se arruinara al viajar sin peso. Al llegar, hice las compras: cemento, hierro, herramientas, abono, comida, etc.

De regreso, en plena montaña el camión se atascó. No había poblados a más de sesenta kilómetros a la redonda. El terreno estaba húmedo por la constante llovizna. No circulaba ningún carro. Abrimos alguna lata de comida y pasamos en la cabina esa primera noche. Al día siguiente, aprovechando el paso de un camión cargado de plátanos, le dije al chofer que se fuera al campamento de una empresa maderera francesa donde encontraría amigos de los misioneros para solicitar ayuda para desatascar nuestro camión. Mientras tanto, yo lo cuidé por quince noches y dieciséis días.

Jamás en mi vida he tenido tanto miedo como en alguna de esas noches por el sonido a lo lejos de animales salvajes, el ruido de las serpientes alrededor del camión, las arañas que me hacían cosquillas, pero sobre todo, los mañasmañas, unos mosquitos que ni se ven ni se oyen, y sólo se siente lo caliente en el cuerpo cuando pican. Estos salen de seis a siete de la mañana y de cinco a seis de la tarde. A las seis entraba yo a la cabina del camión, pero por el mucho calor no podía cerrar del todo la ventana, lo que permitía una invasión de mosquitos que no me dejaban descansar.

En el día aprovechaba para darme unos buenos chapuzones en un río de aguas limpias y transparentes, pensar en todo y en nada, rezar rosarios y ponerme en las manos de Dios.

Bien o mal pasé así nueve noches. Pasaban muy pocos carros y la llovizna no dejaba ni un minuto de caer. Al décimo día pasó un camión cargado de trabajadores, lo que vino a aumentar mi preocupación porque, al saber que el camión estaba cargado y que era un solo blanco el que lo cuidaba, podrían venir a asaltarme (algo que no pasó). Uno de ellos me recomendó el mejor repelente contra mosquitos, que eran mis mayores enemigos y mi más grande problema.

El repelente era el excremento seco de cualquier herbívoro. Se debía hacer una especie de pasta líquida y frotársela en todo el cuerpo. Así lo hice y pude dormir más tranquilo las últimas cinco noches. Al fin llegó el chofer con un camión, cables y unos aparatos que, en veinte minutos, dejaron nuestro camión listo para seguir su camino.

CAPÍTULO 6

MISIÓN ES DEJARSE EVANGELIZAR POR LOS POBRES

Ewogha ebe Nzame ôyayôp: Gloria a Dios en el cielo.

Primer contacto

El domingo compartimos la Eucaristía en la misión central, en la ciudad de Kankan, con el párroco y toda la comunidad cristiana, con los que, poco a poco, fuimos tomando contacto y conociendo la ciudad, gente de buen carácter, amables, hospitalarios. La misa fue celebrada con gran colorido, animada por una típica coral, con homilía y avisos bilingües.

Al terminar la misa, fui presentado, y, en mi pobre francés dije algo a todos. Al salir, hombres, mujeres y niños me rodearon y comenzaron a bailar hasta el momento de iniciar la catequesis. Ante esta sencillez mi corazón comenzó a ser africano. Aprovechamos para ir al mercado, comprar algo para la semana y material para la construcción.

Comienza la vida de cada día. El trabajo y las visitas al poblado para conocer la lengua se hacen más frecuentes. Las amistades y el querer hacerme uno de ellos da inicio a un proceso con nuevas dificultades, pero normales.

En Misirah, barrio musulmán, al otro lado de la ciudad, compramos un terreno para construir un centro juvenil. Me encargaron la responsabilidad del proyecto. Ahí no hay más señal de vida (civilización) que los cuatro mojones. Es así como en la Pascua, con un grupo de jóvenes cristianos de la parroquia, iniciamos la limpieza con hachas, machetes, azadas, rastrillos y mucha alegría al ritmo de tamtam. En tres sábados y domingos la cancha de fútbol estaba lista. Cada jornada terminaba en un alegre compartir lo poco que cada uno llevaba, más unas garrafas de vino y abundante pan que ayudaban a recobrar las fuerzas perdidas. Mientras tanto, hicimos tres casitas de paja para guardar las herramientas y protegernos de la lluvia, y que luego será la casa del guardián.

Pasé unos días en Misirah (de la tribu Pheurl) y otros en Dabadougou (barrio de la tribu Malinque). El sol, los mosquitos, la lluvia, los jejenes chupaban mi poca grasa o la transformaban en un corazón mas grande, con capacidad para amar a tantos niños y jóvenes que poco a poco comenzaban a frecuentar el centro. Me di cuenta de que la lengua Pheurl es más difícil que la Malinque.

En Misirah y Dabadougou, la embajada italiana nos ayudó para poner dos bombas de agua, que serían una bendición de Dios, una caricia para estos barrios y para nosotros, pues los parásitos reinaban y eran ya propietarios absolutos de nuestros organismos. Entonces comprendí la teoría de que la evangelización es también desarrollo y progreso.

Nuevas experiencias

En agosto la comunidad salesiana se enriqueció con la llegada de dos voluntarios y un hermano coadjutor salesiano de origen italiano. Acordamos invitar en las parroquias del país a jóvenes interesados en aprender un oficio, viviendo como internos. Por el momento, será la agricultura. Las demás especialidades vienen en camino. En la fiesta de Don Bosco comenzó el primer campeonato de fútbol. Muchos participantes, premios simbólicos. Así, la mala hierba va desapareciendo poco a poco.

Dieciséis de octubre. Mis manos han encallecido, mi piel está curtida. En mi cuerpo empiezan a hacer fiesta los falsiparium y anófeles que me hacen caer por primera vez con paludismo. Fiebres, vómitos, dolor de cabeza, fatiga, cansancio, ya que es primera vez en mi historial clínico que experimento algo tan raro. Ni quinina ni cloroquina ni fansidar ni nada me hacen efecto en esta enfermedad que las defensas de mi cuerpo no logran dominar.

Me asusté un poco y pedíirme a Konakry. Pero en esas condiciones era peligroso quedarme en un camino tan malo. Gracias a Dios, superé la crisis. Después fui a descansar unos días a Conakry y aproveché para conocer la ciudad, saludar a nuestro obispo monseñor Robert Sará, conocer la imprenta y la parroquia que tenemos allí los salesianos.

En esos días el ambiente político estaba caldeado y pude ver las manifestaciones (al estilo africano) y la forma de disolverlas (al estilo africano). Era algo indescriptible, lo que me hizo pensar seriamente.

Las noches claras de luna llena en estos pueblos son los momentos más felices, por lo que se escogen para las fiestas de matrimonio o defunción. Baile, música, algarabía. Hombres, mujeres y niños unidos por el mismo ritmo del tam-tam. y yo tímido y alejado. Son momentos que jamás podré olvidar porque han cincelado al negro en mi sentir. Si la alegría, a pesar de la miseria, es clara y transparente, es porque viene del corazón y no de lo material.

Feliz Navidad

Navidad - Noël - Christmas - I'sali mafo. Derroche de luces, comidas, cohetes, pólvora, escaparates, juguetes, vestidos, cánticos, licor. Todo eso, en otros continentes

y países. Porque aquí la sola alegría en esta noche es estar a solas con quien nació solo en un establo, sin que nada ni nadie me distraiga de él. Es en medio de estas tinieblas que te he descubierto, es en este silencio en el que tú me hablas. Puedo decir que los musulmanes me han llevado a Cristo. Qué risa. El misionero ha descubierto a Cristo; ese Cristo que siempre había estado conmigo, pero que lo opacaban tantos otros calaches de mi vida. Feliz Navidad. Hoy sí tiene sentido esta frase tan gastada.

¿Y no voy a amar a estos negros infelices que me han dado la felicidad, que con su ser me han robado el corazón? Por eso, desde aquí, a mis amigos, salesianos y familiares, les digo de corazón: ¡Feliz Navidaaaaaad!

La comida de un difunto

Por lo menos en tres ocasiones me ha sucedido que fui llamado para la misa de cuerpo presente en la casa del difunto, ya que en los poblados se entierran en el patio de la casa. En la mayoría de los poblados no hay cementerio.

La costumbre es que el cadáver ha de ser visto por todos los miembros allegados de la familia para evitar incomprendiones de quién pudo haberlo matado, pues la muerte nunca es natural, siempre es provocada, así se trate de un anciano o de un niño. Por eso hay que esperar hasta cinco días con el cuerpo en la caja, en la sala de la casa, hasta que llegue el último que quizás estaba en el extranjero.

Si era un hombre adulto, la esposa o las esposas están acostadas en un petate cerca del féretro, sin comer y siendo golpeadas por la familia del difunto, por ser las primeras culpables de la muerte. Llegado el último día o el quinto día del fallecimiento, se celebra la misa en el mismo salón, con un fuerte olor a formalina, a hierbas y a cuerpo descompuesto. En tres ocasiones, por muy cerrada que permaneciera la caja, el olor era tan fuerte y penetrante que decidíamos celebrar en otro lugar; además que del fondo del ataúd se desprendía un líquido viscoso que, en un descuido, algún perro se encargaba de limpiar.

Terminada la eucaristía y mientras se daba el último adiós en la fosa al difunto, la familia limpia, barre y desinfecta la sala porque inmediatamente se nos ofrece en su honor el gran banquete y se sirve especialmente la comida que más le gustaba al difunto.

Es el momento de compartir sin mencionar de ningún modo al difunto, aunque su presencia está en todos los rincones de la casa, porque su olor está impregnado hasta en nuestra ropa. Sólo así el misionero se hace uno con su pueblo. Es una forma de llevarlos a Cristo, adaptando, no sobrevalorando, nuestra propia cultura .

CAPÍTULO 7

MISIÓN ES ANUNCIAR A CRISTO

“Que el Dios de toda esperanza los colme de gozo y paz en el camino de la fe y haga crecer en ustedes la esperanza por el poder del Espíritu Santo”. (Rom. 14, 13)

Año nuevo, nuevo cargo

Año nuevo, nueva experiencia. Empecé como administrador de la misión. Debía pensar en el internado, la comida, el auto, la construcción, la reconstrucción, conseguir ayudas, etc.

Los años 1989 y 1990 fueron de sueños, proyectos, ilusiones y esperanzas, sin pensar que era un hombre de barro, débil, inseguro y corto.

Lo primero fue acoger humildemente a los internos, proporcionándoles lo indispensable: platos, vasos, colchones, pupitres. La Providencia se hacía palpable y tangible. ¿Cómo no darme cuenta de que Dios me amaba, puesto que, aunque mucho me faltaba, aún me sobraba? Sólo Dios basta. ¿Cómo hacer alimento de gallinas ponedoras? Pues aquí seré el aprendiz, profesor e inventor. Allá K`abu: Dios es grande.

Llegó febrero y con él la alegría más grande. El Hermano Valentini regresó de Italia con dos contenedores cargados de maquinaria de carpintería, mecánica y agricultura. Mi trabajo aumentó en Conakry, pues debía sacar esos materiales de la aduana y del puerto, buscar transporte, oficinas, sellos, papeles, regalitos, (sobornitos) y, sobre todo, mucha paciencia. Vale que no estaba solo, pues todos los salesianos trabajábamos codo a codo. Terminados los trámites burocráticos, emprendimos el camino con los dos contenedores y sus respectivos camiones. Después de cuatro días llegamos a Dabadoukou, cansados, con sueño y hambre, pero sanos y salvos. ¿Qué más quería? Comenzó la alegría del descargue, pues había que inventar poleas, deslizadoros, bases y, sobre todo, fuerza bruta.

No sentía ni peso ni cansancio, quizá por ese poco de amor que trato de poner en todo a lo que el Señor me ha enviado, aún los días en que los nervios, por temor a un accidente, se tensaban con gritos y silencios. Todo descargado, aun los mismos contenedores, se bajaron con técnicas egipcias e ingeniería hebrea. Luego, a poner todo en su sitio. Lo primero que el Hermano montó fue el motor de electricidad, que vino a cambiar nuestra vida en el centro y, por supuesto, en el pueblo.

Marzo y abril son los meses más secos, calurosos y polvorientos, por lo que los cerdos de monte (jabalíes - facocher) buscan los pocos lugares donde poder encontrar agua, lo que los vuelve presa fácil de cazadores. Los musulmanes los matan, pero ni los tocan, sino que los venden. Me toca ir al bosque a buscar dos o tres ejemplares que nos llegan a vender cada semana. Es fiesta y comemos junto a los internos, aplicando al pie de la letra la ley del pobre: “Comer hasta que no sobre”. Ahumamos los muslos (jamones) para que duren hasta la gran fiesta de Pascua. Pensamos que esta fiesta poco a poco entrará en esta cultura, primero por la boca, para que luego llegue al corazón. Participé de la fiesta de la Resurrección en la parroquia. Además de las ceremonias religiosas, habían preparado teatros, convivencias y danzas. El señor cura nos invitó por primera vez a su casa a compartir con él, pues hasta el momento había estado receloso de nuestra presencia.

Teniendo en cuenta lo que dice el Corán sobre la Virgen María, en mayo organicé campeonatos, juegos salesianos, concursos, teatros y actividades especialmente preparadas por los internos en Misirah, la misión, y en Dabadougou. Terminamos mayo con imágenes de María Auxiliadora, regalos, premios, bonos y, sobre todo, el primer gran bazar abierto a todo el pueblo: venta de ropa, utensilios y juguetes. Fue una alegría especial visible en los bellos ojos negros del africano, a precios muy bajos. Creo que, al menos de esta forma, el cristianismo irá penetrando poco a poco en el corazón de esta cultura musulmana.

La impotencia

En esos días una tristeza profunda invadió mi corazón al ver morir en mis manos a dos niñas de doce y trece años, desangradas por haberseles practicado mal la incisión (extirpación del clítoris) en el rito de la iniciación practicado por sus ancianas. Yo allí impotente, frente a ellas, sin saber qué hacer, sin tener el material y la medicina adecuada. Simplemente, en mi interior las encomendaba al buen Dios “Allá Kabu”. Fue uno de mis días más tristes e impactantes en mi vida en las misiones.

Unos días después, terminado el rito y cicatrizadas las heridas, vi a todas sus compañeritas que, en alegre ceremonia, vestidas de usanza, con danzas, cantos y paseos, iban diciendo al pueblo y a los chicos que ya podían tener hijos, que ya podían ser mujeres, y no vi que se recordaran de sus compañeras muertas.

¿Estaban tan familiarizadas con la muerte? ¿Tendrían otra forma de verla o no tendrían sentimientos? Todo esto me pasaba por la cabeza y me hacía reflexionar, pero todo quedaba sin respuesta. No comprendía o no quería comprender las tradiciones de esta cultura que me atraía y me gustaba a la vez, por ser algo nuevo para mí.

Los días y las noches se sucedían unos a otros, tan rápido que no me daba cuenta de cómo el Señor me hacía más viejo y de corazón más sensible a los verdaderamente pobres y necesitados.

Nido de alacranes

Cierto día estaba limpiando un área del campo con unos jóvenes y, al querer levantar una plancha de hierro, encontré la reunión más grande de escorpiones, al menos cien, en color tornasol y grises, algunos con más de quince centímetros de largo. Con dos muchachos que quedaron, comenzamos a matarlos con palos y machetes. Algunos nos picaron, pero no fue de gravedad. Al rato llegaron curanderos que se los llevaron, porque dicen que son buenos para la artritis y la potencia sexual.

En ese terreno se dieron los mejores arrachides (maní). ¿Por qué? Meses después descubrí que más abajo había un nido de serpientes en una antigua tumba, posiblemente de algún misionero o de algún cristiano. Que descanse en paz.

Comida en un funeral

Me había hecho amigo de una familia musulmana influyente política y económicamente. Uno de sus hijos estuvo entre nuestros primeros alumnos, pero murió repentinamente de ‘paludismo cerebral’, por lo que fui invitado especial para participar en sus funerales.

Me permitieron hacer una oración. Depositaron el cadáver en la tumba mientras las mujeres preparaban las grandes ollas de carne de cabra en salsa de maní, arroz en abundancia y yuca molida. Debajo de una gran enramada fueron colocados muchos petates para sentarse y, como invitado de honor, estuve junto al papá del joven difunto. Luego seguirían los parientes.



Con miembros de baleles tradicionales.

Ya sentados en el suelo, mientras tomábamos una tacita de té, hablamos de todo y de nada, pues cada uno se ocupaba en espantarse los mosquitos, tocarse los pies o limpiarse las uñas.

Luego la mujeres en procesión trajeron todos los recipientes con alimentos que fueron colocados frente a cada invitado. Para honrar a sus invitados, el jefe de familia tomó con su mano un puñado de arroz, hizo una bolita, la metió en la salsa de maní y la entregó a

cada invitado principal. Estos la conservaron en su mano hasta que él comió la suya; entonces todos comenzamos a comer la nuestra.

Era un bonito símbolo de unidad y solidaridad. Pero a mi mente venía también el hecho de que todos acostumbran a caminar en sandalias y en el momento relajante de tomar el té las manos se usan hasta para hacer las bolitas de arroz. Pero, ni modo, a comer con gusto, sobre todo yo, que me tocó la esencia por haber sido el primero como invitado especial. Después del primer bocado, cada uno se preparaba su propio bocado con su mano, tomándolo de la fuente común mientras se conversaba.

CAPÍTULO 8

MISIÓN ES TENER DÓNDE RECLINAR LA CABEZA

“Salúdense unos a otros con el beso de la paz. Todas las iglesias de Cristo les mandan saludos. Esta es la decisión del Dios eterno y todas las naciones tendrán que aceptar la fe”. (Rom. 16,16.26)

Mi Betania

La familia de Marcel Habba fue como mi segunda familia. Era mi Betania. Él, su mujer, sus siete hijos son mi familia en África. De vez en cuando pasaba a beber, comer y descansar. Sobre todo, me daban su amor y cariño. Se presentaban tal cual eran cuando yo llegaba; les correspondía ayudándoles a ir por leña, o por agua al río en la camioneta.

Él era profesor de la escuela superior en la ciudad. Me facilitó colaborar un poco impartiendo clases de castellano, ya que hacía falta un profesor para ello. Así, por las tardes, tres veces a la semana estaba en la ‘universidad’. Esto me ayudó más a mí. Aprendí de los jóvenes, pues estaba más cerca de ellos, hablaba con más propiedad y dominaba mejor el francés, cosa que no se daba en el pueblo, y me obligaba a prepararme mejor.

Esta experiencia me hizo conocer a muchachos interesados en el futuro de sus vidas, ya que tenían el deseo de ser alguien, a pesar de la falta de recursos, libros, pupitres, tiza, biblioteca. Vi que apreciaban, estimaban y cuidaban lo poco que tenían.

Es aquí donde, desde mi ‘humanidad’ de hombre, descubrí la belleza de la ‘humanidad’ de la mujer africana en tantas jóvenes sólidas como el roble, esbeltas como palmeras y negras como el ébano, con su piel fina y fuerte como la seda que, en el fondo de su ser, envuelve un corazón sensible y una mente abierta en busca de su liberación. Dios se ha recreado en su naturaleza. A pesar de todo y sobre todo, descubrí lo que les caracteriza: su hospitalidad y su alegría.

Esta experiencia me ha dado la oportunidad de conocer un hombre, emprendedor, cristiano, generoso. Su nieta, alumna mía, me lo presentó una tarde. Había sido Ministro de Agricultura. Me invitó a conocer una finca suya sembrada de mangos; algo nunca visto; una extensión de quince hectáreas, con dieciocho variedades injertadas. Era el tiempo de cosecha, veo mangos de hasta treinta centímetros, naturales, sin abono químico, dulces como la miel, al menos las once variedades que pude probar. Dios se

recreó en esta tierra.

Pero nosotros los hombres hacemos imposible el desarrollo, pues los mangos sirven sólo como alimentos de cerdos, porque las leyes son las leyes. Estas experiencias van marcando mi vida e inyectando en mi sangre el embrujo africano que, aunque estés jodido, te sientes contento, y aunque no estés contento, quieres seguir allí. ¿Por que? ¿Capricho? ¿Amor a ellos? ¿Amor a Cristo? Tantas interrogantes que sólo el día de la muerte tendrán respuesta segura y definitiva. Mientras tanto, hago lo que puedo, con gusto y desinterés, lo que me hace ser feliz aquí compartiendo con Cristo y mis hermanos de la misión.

Como siempre, el paludismo, los parásitos y los malos entendidos comunitarios no faltan. Es como la sal en la comida, que le da gusto. Debía estar atento, cuidarme, pensar bien, pero hay momentos que cae más sal de lo necesario. Por ejemplo, en esos días de octubre llegarían unos jóvenes voluntarios de Holanda, Alemania y México. Consideré que todavía no estábamos en condiciones de aceptarlos, porque no había un lugar mínimamente digno para su estadía ni material de comedor y cocina. Eran jóvenes sin la menor idea del espíritu salesiano o espíritu misionero. Eso sí, eran muy trabajadores. Yo sabía que los necesitábamos, pero todavía no era la hora.

El proyecto presentado a la Comunidad Económica Europea CEE estaba aprobado y los voluntarios llegaron justo con la respuesta del proyecto, lo que me hizo sentir mal con la comunidad, porque yo estaba de acuerdo con algunas exigencias de los voluntarios. Para mí, ellos tenían mucha razón. Los salesianos, como pudimos, pedimos la intervención del embajador de Alemania y el representante de la CEE. Esta situación afectaba mi carácter y mi trabajo. Me sentía solo. Pero en la vida no todo es color de rosa; siempre hay quien tiene la razón, o quien tiene orgullo o terquedad.

Entre compra y venta, idas y venidas, sustos y alegrías, el tiempo pasaba. Se acercaba Navidad. Los sábados y domingos de diciembre, con nuestro fiel guardián Hibrahima, cargaba la camioneta de ropa usada y nos uníamos a las caravanas de mercaderes ambulantes que iban de pueblo en pueblo. Para mí era una diversión y así me sentía más cerca de la gente, vivía más los problemas del pueblo. Esos sí son problemas. La ropa sólo era la carnada. Nos desprendíamos de ella porque la humedad la deterioraba, a muchos se la dábamos casi regalada y nuestro Hibrahima se sentía jefe de poblado. “No hay peor cosa que poner a un indio a repartir chicha”, dice el refrán de mi pueblo. A mí me daba la oportunidad de aprender un poco la lengua, de repartir algunas estampas y al menos dejar la inquietud acerca de quién era ese blanco. Asustaba a los niños y a la gente que nunca había visto a un medio blanco como yo. Así, los pueblos de nuestro alrededor estaban elegantemente vestidos para la Navidad, aunque no supieran por qué.

I sali ma fo (feliz fiesta)

Esta vez celebramos la Navidad con los internos a horas tempranas, con una misa, pero dejando libertad a los que desearan asistir. Luego, la cena para todos con un delicioso mono fresco en salsa de maní y facocher (cerdo de monte) ahumado con mañoc (yuca especial); además, un pequeño ‘lujo’: una Coca-Cola para cada uno de los jóvenes, al tiempo, porque todavía no tenemos refrigerador.

Los salesianos estuvimos juntos compartiendo un poco y después nos fuimos a la ciudad para participar en la misa principal de la misión. Al terminar, pasé a saludar a mi familia. Había una gran alegría, un motor generaba luz, había música y baile. Nunca había bailado y aquí tuve que hacerlo, no sé ni cómo, lo importante era estar con ellos. Estaba toda la familia: padres, suegros, hermanos, sobrinos. Habían venido del pueblo natal, cargados de frutas, legumbres, pescado seco y ahumado, carne bucanera – mono, antilope, elefante, gallinas, pentade, huevos, gusanos, todo ahumado para que aguantara el viaje y, aunque alguno no aguantó, no importaba, porque el fuego todo lo purifica. El calor de la cerveza, el vino, el kein kein, el vino de palma, comenzaba a subir por la cabeza y todos estaban más contentos y alegres que lo normal.



Mi familia (Batania) en África.

Yo por mi parte, comí de todo, para probar los distintos platos auténticamente africanos y bebí lo que mandaba la cortesía. A las tres de la mañana dejé a esta familia para regresar a la comunidad salesiana, no sin antes llenar la camioneta de niños y darles un paseo por la ciudad, paseo que nunca olvidarán. Qué bien me sentí al verlos tan felices con tan poca cosa.

Feliz Navidad, verdaderamente la he pasado feliz y el África sigue calando en mis huesos y ese Niño Dios cada vez se arraiga más en el corazón de ellos. Señor, qué infinito es tu amor que hasta estos lugares quieres hacerte presente para llevarlos contigo a tu Reino.

Nuevo año, nuevas metas

El año nuevo está a la puerta y espero que la gracia de Dios sea aún mayor, pues este año es de nuevas metas, nuevas pruebas, y necesitaré mucho más de su providencia y de nuestra insistencia.

Los jóvenes son más numerosos y, por tanto, necesitan mayor atención, mejor preparación, más asistencia y exigencia. Queda mucho por reconstruir y organizar. Las bases están.

El seguimiento de la construcción de los nuevos talleres me supera. Sobre todo, el control de facturas e informes a presentar por cada “tranche” (partida) a la administración de la CEE.

Comenzamos con los planos, presupuestos, proyectos para un gran salón multiusos en el Centro Juvenil Domingo Savio, en Misirah. Empecé a buscar a alguien que ‘no nos engañe mucho’, y al fin lo encontré. La comunidad salesiana lo aceptó al inicio. Se comenzaron los trabajos y yo tenía que proveer el material, lo que me daba la oportunidad de entrar en el mundo de los Hausha, tribu de grandes comerciantes que tienen el monopolio del hierro, el cemento y todo lo que es ferretería en Kan Kan. Algo aprendí sobre el oro. Acaricé la tentación de asociarme a ellos. Vi cómo lo compraban, lo pesaban y lo traficaban. Vi muchos kilos de polvo y pepitas de oro. Pero... cada uno a su negocio. El mío es salvar almas. Las construcciones marchaban poco a poco. En África no hay que ir rápido, pues te traerá problemas. Además el tiempo no existe.

Estamos en la época de facocher, la sequía y las enfermedades. Es la época en que mueren muchos, especialmente ancianos y niños, por cambio de clima, aguas malsanas, mosquitos. Nuestro pozo es como un oasis: no se seca y es buena agua. Es una época en que comemos mucha carne y me introduzco cada tres días en la selva por algún jabalí.

La gente toma confianza y aumentan los viajes en nuestra camioneta para ir a traer cadáveres de las distintas curanderías de los poblados. Esta camioneta es testigo de nacimientos, muertes, moribundos, heridos.

Ya que no me llamaban para administrar ningún sacramento, al menos estaba dispuesto a cualquier hora de la noche para ir por un difunto o para llevar algún enfermo de emergencia o a una parturienta con problemas. Son varias anécdotas que jamás olvidaré, desde resucitar un muerto hasta terminar de matar a otro.

En cierta ocasión me llevaron a una mujer con un niño a medias; ni subía ni bajaba. Además, la mujer se desangraba. Había sido cargada en una especie de camilla por tres kilómetros. Por tanto, no quedaba otra solución que agrandar la vagina, operando el peritoneo, sin rasgarlo para facilitar luego la costura. El niño murió, tenía hidrocefalia y, por tanto, su cabeza era muy grande como para poder salir. El otro problema era que, en sus creencias, un hombre, ni siquiera su esposo, no podía ver, ni mucho menos ayudar, a una mujer a dar a luz, porque él puede quedar estéril, que es lo peor que le puede pasar a un africano. Así que a mí me tocaba ‘cargar con el trabajo de otro’, y el quedar estéril no me preocupaba.

Universidad misionera

Con un curso de primeros auxilios y otro de supervivencia, Dios me ha dado la oportunidad de servir, salvar vidas humanas y espirituales en este bello y rico

continente africano, pero de gente pobre, en donde cada tribu tiene sus ritos, tabúes y prácticas ancestrales. Inicié una enfermería para atender a los alumnos con una enfermera mexicana, voluntaria misionera. La enfermería se transformó poco a poco en clínica, en la que atendíamos gente de distintos poblados, ya que el hospital más cercano estaba a trescientos kilómetros.

Cuando la enfermera terminó su tiempo de voluntariado, tuve que hacer de enfermero, médico, ginecólogo. Paludismo, diarreas, filariosis eran lo más común. Una noche tocaron a la puerta de la comunidad a las dos de la mañana. Era un grupo de mujeres que traía a un enfermo desde un pueblo vecino, a cuatro kilómetros, entre montes, riachuelos, polvo y sol. Me extrañó ver que la comitiva la formaran sólo mujeres. Eso me hizo sospechar de que se trataba de algún problema de alumbramiento.

La partera de ese pueblo, que las acompañaba, me explicó el caso, el trabajo realizado, la dificultad de traerla. Sólo dije: “Señor, esto ya es un milagro, el que esta mujer todavía esté viva”. Revisé a la mujer, sus signos vitales estaban débiles y con una hemorragia vaginal incontrolable. Mi mayor dolor era ver un hermoso bebé con el cuerpo fuera y la cabeza aún dentro del vientre de la madre, ya no rosado como nacen los bebés negros, sino moradito totalmente, sin signos de respiración.

Estaba muerto y su cabeza era tan grande que no salía por la cavidad vaginal, por lo que me atreví a hacer una incisión perineal, al menos, para liberar a la madre y ver si la podíamos salvar. Lastimosamente, después de haber cosido la incisión, ella también entregó el espíritu.

Llegué a atender siete partos difíciles, de los cuales tres niños aun corretean por esas tierras. Dos de ellos llevan mi nombre y cuatro mujeres siguen su misión en esta vida. Espero que los demás estén en el coro de ángeles cantando eternamente las maravillas de Dios e intercediendo por los misioneros.

CAPÍTULO 9

MISIÓN ES DAR TESTIMONIO DEL PODER DE DIOS

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso las pruebas, la aflicción, las persecuciones, el hambre, la falta de todo, los peligros o la espada? De todo esto saldremos triunfadores”. (Hech. 8, 36-36)

La soledad

En ese tiempo me encontraba solo en la misión. Serán cuatro largos meses de soledad, agobio y responsabilidad, cansancio, negligencia y mal carácter, que me traerán ciertos problemas jamás comprendidos y, más bien, atacado por los superiores. Es un momento oscuro en mi vida. Un día de soledad en este lugar se hace como un año. Ahora bien, cuatro meses... Los pasé incomunicado, comiendo igual que los muchachos, cuidando que los ‘cuidadores’ no robaran, que los internos no hicieran de las suyas con las muchachas del pueblo.

Me tocó celebrar la Semana Santa en Siguirí, nuestro único pueblo cristiano, a doscientos veintidós kilómetros de Kan Kan. Para ir allá tenía que pasar dos veces el río Níger. Con sólo pensar en colocar la camioneta en el bac (especie de balsa), no quería continuar el viaje. No digamos el nerviosismo, porque no se sabe si se hunde o no, o si los troncos han quedado justo en las ruedas o han quedado en el aire, o si las aletas de los hierros retorcidos pinchan una rueda. Bajar el auto fue otra aventura. Todo sea por el Evangelio.

Aunque, hasta el momento no haya celebrado otro sacramento más que la Eucaristía, traté de organizar la Semana Santa con todas las de la ley: prédicas, bautizos, catequesis, cantos, Vía Crucis, confesiones, candelas, vigilia, flores y fiesta de resurrección con comida, bebida y dos encuentros de fútbol, uno masculino y otro femenino. Como no había uniformes, un equipo se quitaba la camisa. Aquí no hay problemas, sean hombres o mujeres, somos los blancos lo que nos hacemos problemas, porque hemos perdido la inocencia.

Terminé cansado el domingo y salí el lunes de regreso para hacer la misma rutina. Pero no sabía lo que me esperaba en Dabadougou. Un salesiano de Conakry, que había llegado a sustituirme en esos días y que al día siguiente se había regresado, me comunicó que un interno nuestro tenía embarazada a nuestra cocinera. Y que, como los dos viven prácticamente con nosotros, debemos encontrar la solución. Don David, el

catequista, mi paño de lágrimas, me orienta para buscar la mejor solución. Así empezó mi otro oficio: el de casamentero. Hablé con uno y con la otra, con los papás, con los jefes del poblado. Busqué parte de la dote. Gracias a Dios, todo se solucionó con ayuda de los otros hermanos de la comunidad que habían llegado en esos días. Bien o mal, este período también pasó, y creo que me ayudó a crecer, a madurar y a valorar la vida comunitaria.

La enfermedad compartida

El catorce de mayo, unos días después de haberse reunida toda la comunidad, comenzaron a molestarme fuertes dolores de cabeza, fiebres, vómitos, cansancio. Es el paludismo, que aprovechó la debilidad de mi organismo. Pasé quince días con pastillas y sueros, pero cada día me sentía más débil. Llegué a pesar sesenta kilogramos. Unos amigos (mi familia) de la ciudad me prepararon una comida especial con secretos africanos.

No podía viajar a Conakry en estas condiciones. No me quedaba otra opción que someterme a los cuidados de una vieja curandera que, con mucho kenkiliba (té de cáscaras de quinina), infusiones de no sé qué y bebidas de no sé cuánto, en tres días me hizo sentirme bien y, poco a poco, me fui recuperando. No he venido sólo a dar sino también a recibir. Son esas cosas las que me hacen regresar y pensar en África. Pensar en los africanos y entregar mi vida por ellos, que también representan a Cristo, aunque no sean cristianos, pues él ha dado la vida por todos sin excepción.

Boffa

Las construcciones continuaron y los primeros días de junio salí con el Director a Konakry, para hacer el pedido del hierro para el salón multiusos y hacer otras compras.



Fatumata después del parto.

Me quedé para descansar unos días, pues anteriormente había tenido problemas por reclamar que me habían dejado solo en la misión y el delegado mexicano del Inspector, que era el que debía haberme acompañado, buscó todas las excusas para no hacerlo. Como superior, ‘siempre tuvo la razón’. Alabado sea Dios, que mira corazones y no apariencias.

Por esos días en Conakry se celebraba el centenario de la llegada de los primeros misioneros a esas tierras. Entre las actividades había una caminata de la

capital a Boffa, lugar al que llegaron los primeros misioneros. Nos reunimos unos tres mil cristianos con nuestro obispo mons. Robert Sarah a la cabeza. Fueron seis días de caminata bien organizados. Dormíamos en escuelas de pueblos, comíamos lo que nos ofrecían, rezábamos el rosario, nos bañábamos en los ríos.

Llegados a nuestro destino con ampollas en los pies, sucios y sudorosos; después de comer y descansar un poco, los ‘Padres Blancos’ (una congregación misionera), nos dieron la bienvenida oficial. Al día siguiente, confesiones, charlas, dinámicas y la celebración eucarística. Fue un renacer del cristianismo en muchas personas, una acción de gracias por la luz del Evangelio. La música y la danza no podían faltar. La alegría nos invadió a todos. El diecisiete de junio, muchos camiones nos devolvieron a Conakry.

El cristianismo, habiendo sido brutalmente perseguido y casi eliminado, recobraba más fuerza cada día, como esa planta que se poda para que dé más fruto, porque los poderes de este mundo no prevalecerán sobre él.

Accidente

Regresé a Dabadougou luego de esos días de descanso y después de haber cargado un material para el techo del salón. Las lluvias habían hecho el camino más difícil, y el conductor del camión quiso esperar unos días en un pueblo hasta que se secase el camino. Yo continué la ruta en el carro y, a unas seis horas de camino sobre la montaña, encontré un camión cargado que iba para la capital, pero había entrado en el fango hacía dos días y no podía salir, ya que la ruta estaba encenegada. Quedaba solamente un espacio entre un costado del camión y una zanja de unos dos metros de profundidad, cuarenta centímetros más ancho que la camioneta. Me decían que otros habían pasado. Me animé. Quise intentarlo, pero me hundí, pues la tierra estaba floja y, al pasar las ruedas, la tierra se cayó y la camioneta se fue deslizando suavemente hasta quedar inclinada sobre la otra pared de la zanja. Sólo fue el susto y tener que estar allí dos días hasta que un camión pudiera sacarla.

Las actividades continuaban, pero con temor, ya que las lluvias en esta zona habían sido escasas y las siembras se secaban. Los monos destruían las plantaciones de maní, aunque muchos se quedan en las trampas, que luego pasaban a la olla para darle gusto a la sopa.

Por esos días, una familia musulmana me invitó a la gran fiesta del sacrificio, ‘fiesta del mouton’. Participé con ellos desde la oración en la mezquita, luego en la gran comida de cabro. En estas ocasiones no se escatiman gastos. Se visten lo mejor que pueden, y las niñas y mujeres se hacen los más lindos peinados. El hombre, con su majestuoso bubú (traje solemne de fiesta). A la hora de la comida, primero los hombres, después

las mujeres y los niños. Los niños comen de lo que queda. Es parte de su cultura, que a mí me chocaba, pero que tengo que aceptar. ¡Sali mafo: feliz fiesta a ti.

Cacería providencial

Los antiguos misioneros instituyeron el jueves como día festivo, igual que el domingo. Aún hoy, ese día es sagrado para las cosas de Dios, especialmente la formación y la catequesis. Además, ese día toda la gente trabaja para la misión: limpieza, siembra, cuidado de animales, leña, yuca, todo lo que no podría faltar en cualquier terreno familiar.

Nosotros teníamos dos manzanas sembradas de maní, con el grano ya comestible. Cerca de las diez de la mañana el cuidador Hibrahim llegó a decirnos que los monos habían invadido la siembra. Tomamos nuestras escopetas. Al llegar, vimos unos 200 monos felices jugando en las frescas hojas tiernas de las plantas. Con su mano o su cola arrancaban las plantas sin siquiera comerse el grano. Parecían niños de kínder en recreo.

Por más que los perseguíamos, y espantábamos, no dejaban su refrescante carrera, lo que nos obligó a hacer uso de nuestras calibre 12. Ese día quedaron 53 monos sobre el campo de maní, regalamos 50 a la gente del pueblo y conservamos 3 hermosos ejemplares para nuestro almuerzo y cena de ese día. Los demás no quedaron convidados a volver a hacer recreo en ese ‘campo sagrado’ de la misión.

CAPÍTULO 10

MISIÓN ES ACEPTAR TU HUMANIDAD

Llevamos este tesoro en vasos de barro, para que esta fuerza soberana se vea como obra de Dios y no nuestra. (2ª Cor. 4, 7)

Melancolía

En Misirah se paran los trabajos por falta de material y malos entendidos. En Dabadougou el dinero del proyecto se había terminado. Era tiempo de sentarse a evaluar, coger respiro y llevar la vida más suave, pues siempre uno de los tres está enfermo y los voluntarios igual. No sé si mi testimonio de cristiano les decía algo a esa gente o simplemente estaba perdiendo mi salud, mi juventud y mi sacerdocio o estaba pasando la vida por puro capricho, aventura o filantropía. Todo esto pasaba por mi mente en esas noches largas, tristes y oscuras, al lado de la soledad que es mala consejera, con un fondo musical de la filarmónica de grillos, búhos, perros y compañía.

Luciérnagas en sus juegos pirotécnicos. Mosquitos aconsejándome al oído con su constante zumbido agudo. Hay noches tristes en que la melancolía y el recuerdo invitan a dejar esto y buscar otros lugares más correspondidos, más cómodos y más agradecidos. Pero Jesús no está tan cómodo en la cruz, y fue allí donde dio lo más grande de sí: la salvación. Y yo, ¿no puedo hacer algo? ¿Qué es mi vida en comparación con la de Él? ¿Quién soy yo? Pero, como dicen ciertos biblistas, a lo mejor todo esto fueran simples recursos literarios. Espero que no y, sobre todo, que mi pequeño sacrificio ayude a salvar a tantos que el Señor conoce y a quienes recuerdo diariamente, y a ti que pierdes el tiempo leyendo estas 'cuitas'.

Nuevas andanzas

Octubre: las actividades escolares estaban terminando. Isabel y Marcel me invitaron a conocer su pueblo natal, Nzerekoré, a su familia y a los jefes de su tribu. Lo comuniqué



ADMA hace su exposición de comidas autóctonas

al superior, quien me permitió ir con el auto, pues eran unos trescientos cincuenta kilómetros de mal camino.

Nos organizamos y planificamos el viaje y, a las cinco de la mañana, llegué a su casa para iniciar la ruta. Pero Marcel no puede ir, ya que los disturbios en la escuela superior, en donde él es responsable de una sección, se han complicado. Sugiero dejar el viaje para más adelante, pero no se puede, porque ya están los regalos comprados y en el pueblo nos esperaban. ¿Entonces qué? Cargar todo en el auto e irme solamente con Isabel, como lo dispuso Marcel. En nombre de Dios emprendimos el viaje, entre fango y puentes de dos troncos, con monos que nos acompañaban a lo largo del camino. Tuvimos que pasar tres ríos en balsas tiradas por cables. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, no hubiera ido porque, por un lado me gustaba la aventura, pero por otro, los nervios los llevaba destrozados, porque yo era el conductor y el responsable de lo que nos pudiera pasar.

Un hermoso gorila quiso arruinarnos el paseo, poniéndose en medio del camino y se movió hasta que le dio la real gana, no quise forzarlo tocando la bocina por temor a enfurecerlo. Al atardecer, casi a oscuras, llegamos a un pueblito en que vivía un hermano de Marcel con toda su familia. Era el pastor evangélico del pueblo. Aunque no nos esperaban, nos recibieron como a reyes.

Es un don especial que tiene el africano, la acogida, la hospitalidad. Saludos, besos, abrazos, gritos especiales de alegría conmigo como si me hubieran conocido de años. Al momento, encendieron fuego, calentaron agua para que nos bañáramos. Allí no entendí ni una sola palabra, ya que sólo el pastor hablaba francés. Mientras comíamos y se daban las noticias necesarias, yo veía movimiento de sábanas y colchones.

Pensaba dormir en el carro, pero hubiera sido la mayor ofensa que podía haberles hecho. Nos prepararon el cuarto de los esposos, la cama matrimonial y otra cama simple en el cuarto; las sábanas tenían un olor especial y raro al que yo no estaba acostumbrado.

Una tenue luz de lámpara de bosque nos alumbraba y una plasta (bola de estiércol) seca de caca de vaca producía lentamente el humo que ahuyentaba a los mosquitos. Comenzaron las risas y bromas. Ella, a ‘tomarme el pelo’ y a burlarse por el día, pero yo estaba cansado y me acosté. Comenzó el silencio. El croar de las ranas me arrullaba. El tiempo pasó, pasó y pasó y el gallo, puntual y exacto, recordó que el día era nuevo.

Al levantarme, el agua caliente estaba lista para bañarme, el desayuno listo, hasta el auto lavado y un grupo de niños que, extrañados, se preguntaban, qué hacía un hombre blanco durmiendo en su poblado. Unos cuantos caramelos, y la felicidad llegó a sus

ojos negros; luego entregué un presente a la familia. Finalmente, seguimos la ruta entre montañas de palmeras y muchos hombres cortando la semilla de palmiste.

Las mujeres semidesnudas brillaban de sudor al remover los grandes barriles sobre el fuego para extraer el vital aceite rojo de la palma. A lo largo, divisó la última balsa sobre el río y dije para mis adentros: “pasado este, ya llegamos”. Por esta zona hay muchos que conocían a Isabel. La reconocían y saludaban. Yo conducía con más confianza y al fin llegamos al poblado.

Cantos y danzas improvisadas, gritos de júbilo. Isabel se fue con los ancianos, se levantó la blusa, se arrodilló y, bajando la cabeza, los ancianos le impusieron las manos y le ungieron las espaldas con aceites, pues tenían muchos años de no verla y tenían que realizar el rito de bienvenida y agradecimiento.

A mí me llevaron donde los padres de Marcel. Los tres tomamos vino de palma de la misma calabaza, pasándola varias veces hasta agotarlo. Este rito tiene un gran significado, que después me lo explicarían en casa. La música y la comida, los paseos por el bosque y las bendiciones no paraban. Los regalos de acogida y agradecimiento no faltaban. Esta gente lo que da, lo da de corazón. Fueron seis días felices, de gran experiencia. Las promesas hechas en aquella Navidad, hoy las cumplía.

Felices emprendimos el viaje de regreso, cargados hasta más no poder de carnes, frutas, pescados, hierbas, artesanías. El buen tiempo nos acompañaba. La calle, seca. Disfrutamos el paisaje: manadas de monos en los árboles, pájaros de todos los colores nos saludaban, manadas de antílopes y jabalíes pasaban por la calle.

Eran las nueve de la noche y la carretera estaba oscura. Es el último tramo para llegar a casa. Aunque este tramo está bien asfaltado, viajo con mucha prudencia. De repente, ¿qué pasó? Un venado quiso cruzar la calle de improviso y no logré esquivarlo y... ¡plum! El animal quedó en el suelo, no había casas, lo cargamos. Las luces del carro quedaron en la mínima expresión, no hay nadie por allí. Entonces, muy despacio, con lo mínimo de luz, ayudado con una fuerte linterna que llevaba, ella alumbró el camino y yo conduzco, el carro con la trompa hundida. Seguimos nuestra ruta echando agua al radiador en cada riachuelo que pasábamos hasta llegar a casa a las tres de mañana y descansar plácidamente.

CAPÍTULO 11

MISIÓN ES HACERSE DISCÍPULO DE JESÚS

“En el encuentro con Cristo queremos expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio”. (Aparecida 28)

Sangre africana

El trabajo continuaba normalmente. Varios internos se habían quedado para ganar algo en los trabajos que se realizaban en la casa. El deporte y las reuniones de fines de semana seguían.

Mientras tanto, a nuestra cocinera le llegaron los días de ser madre y me tocó atenderla, llevarla al centro, cuidar de ella, estar con ella durante y después del parto. Un poco de complicación aquí es normal. Al final el niño vino al mundo, pero ella necesitaba sangre. Ahora mi sangre corre por sus venas, aunque no en las del niño. Tantos favores que nos había hecho. Era nuestra hermana, y creo que mi sangre, aunque con ‘falcíparum’, le salvó la vida. Si en mis venas corre sangre de negros, por la mezcla que se dio en la conquista de América, ahora la sangre de un ‘semi blanco’ corre por las venas africanas, no por plácida mezcla sino por nerviosa transfusión. África, cada vez te amo más.

Vacaciones

Después de más de tres años de haber salido de Centro América, pensé en mis vacaciones. Según la comunidad, las podía tomar entre diciembre y enero, para estar de regreso a principios de febrero e iniciar en Bamako el curso de lengua bámbara, que es la base para entender varias otras lenguas. En pocos días entregué los libros de contabilidad actualizados, la crónica de la casa y los encargos a realizar. Llamé a Conakry para que me alisten el pasaje Conakry – Managua.

Unos días más en Dabadogou, para dejar todo en orden. Claro, me sentía extraño, con deseos de ver a mis familiares y amigos y, al mismo tiempo, sin deseos de marchar por permanecer con esta gente a quien tanto amo. Era una mezcla de sentimientos encontrados, una lucha interior. No me quedaba otra alternativa que salir el trece de diciembre hacia



Nuevas vocaciones Sacerdotales y religiosas

Conakry, para luego salir a Bruselas, Miami, Panamá. Otro mundo, otras tierras, otras culturas. En el transcurso de doce horas de vuelo, mi mente no deja de pensar en los recuerdos y paisajes del África. Si me pudiera bilocar.

Llegué el catorce de diciembre, a las seis de la tarde, a Panamá, en donde me esperaban algunos Hermanos Salesianos y Cooperadores Salesianos. Me encontraron flaco, negro y feo, con esos cuatro pelos de barba que había dejado crecer para imitar a los ancianos Malinques. Unos días entre ellos para recobrar un poco de fuerzas y no asustar a mi familia. Días felices recordando tiempos pasados y contándoles algunas experiencias misioneras.

El veinte de diciembre llegué a Managua de sorpresa. Mi madre, a lo lejos, no me reconoció. Mi padre no estaba en casa. Un fuerte abrazo nos comunicó toda la alegría del reencuentro. Comencé mi descanso con la alegría de mis familiares. Conocí nuevos sobrinos. Visité a los vecinos y salesianos que me expresaron la alegría de tenerme entre ellos. Entre mimos, abrazos y encuentros de familiares y amigos, fueron transcurriendo los días de mis vacaciones. Pasar con mi familia la Navidad, después de muchos años, fue una alegría inmensa para mí.

Año nuevo con olor a pólvora de AKA 47 (armas usadas en la guerra nicaragüense pasada) y luces trazadoras en el cielo. Visité algunas comunidades en Centro América animando a grupos y amigos a la vida misionera. En febrero comencé a preparar mi viaje de regreso. Ya casi todo estaba preparado.

Campello

El dos de septiembre, mi hermano y su esposa, mi mamá y Lineth me fueron a dejar al aeropuerto. Por estar entretenidos, casi me deja el avión. Llegado a México, ahora con visa, pude conocer, sobre todo, la gran Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, donde le encomendé a la Virgen mi trabajo, mi vocación, mi familia, los salesianos y todas aquellas personas que, de una u otra manera, me han hecho el bien.

Volé hacia Madrid donde pasé una noche en la casa inspectorial. Luego tomé el tren que me condujo a Alicante. Sin conocer, llegué a Campello, después de ciertas aventurillas. Campello está en Valencia y es un bello pueblo turístico al lado del Mediterráneo, un nuevo océano para mi historia, algo deslumbrante. Sus playas son limpias, de aguas transparentes y rodeadas de grandes edificios.

Éramos dieciocho salesianos, y el curso se presentaba muy interesante, con profesores de renombre y con materias seleccionadas. Además, tendríamos tardes de paseos para conocer los alrededores, distraernos y descansar.

En París

En cierta ocasión, viajando de Camerún a Centro América, con escala en París, en el aeropuerto de Orly, uno de los más grandes de Europa, con tres satélites o terminales, viajando en Camair, llegamos a las cinco de la mañana. Mi vuelo saldría a las seis y treinta y cinco de la mañana. Después de toda la noche de vuelo era necesario una lavada de cara por lo menos y peinarme.

Tomé mi mochila, mi maleta de mano, mi tambor y una escultura que llevaba de recuerdo, cuando oí que mi vuelo salía en veinte minutos. Pregunté cómo ir al tercer satélite. Había que caminar un buen trecho y luego tomar un bus interno del aeropuerto que, por ser muy de mañana, pasaba cada treinta minutos. Me indicaron que llegaría más rápido caminando por el subterráneo.

Inicié la travesía, pero no había indicaciones. Columnas de cemento y más cemento; eso era todo. Veía uno que otro trabajador que también iba de prisa y no tenía tiempo para orientarme. Corría más que caminaba, sudando a chorros por el calor que hacía y por el nerviosismo de la presión del tiempo y el peso de mis maletas. Después de pasar en veinticinco minutos el laberinto de las grandes columnas de cemento, logré llegar al tercer satélite. Ahora, a buscar el stand. En eso estaba cuando oí nuevamente: “Última llamada a los pasajeros del vuelo tal con destino a Atlanta”. ¡Ese era mi vuelo!

El pánico se apoderó de mí. Pensando que estaba en África, me acerqué a una negra francesa para pedirle orientación, por aquello de la hospitalidad y acogida que les caracteriza, pero esta ni siquiera quiso entender mi francés.

Seguí caminando, cuando veo un carrito que venía avisando: “Pasajeros con destino a Atlanta en el vuelo tal de Air France”. Ese era mi vuelo. Presenté mi pasaje, me subí, me dio una botella de agua, dio media vuelta y, en dos minutos, ya estaba sentado en el avión, sudado, oloroso como buen turista y listo para ir a Atlanta. Ufff. Todo sea por el Reino de Dios.

CAPÍTULO 12

MISIÓN ES VIVIR TU LEMA

“Dios se vale de los vientos contrarios para conducirnos allí donde él quiere”.
(Carlos de Foucauld)

La traición de Judas

Sucedió lo que nunca hubiera imaginado de parte de mis ‘hermanos’ salesianos de Guinea. La traición más burda que se podía hacer con trama de novela mexicana sin posibilidades de defensa, sin poder decir o aclarar nada. El Padre Inspector de Centro América me llamó a Masaya, Nicaragua, y me comunicó que había llegado un fax desde Guinea en que se decía que yo no debía volver a Dabadougou por cinco motivos que mencionaban y no explicaban.

Mi corazón se derritió. Mis ojos no lloraban porque la rabia era grande.

Realmente era mi corazón el que lloraba. Mis entrañas se deshacen en forma de gotas de lágrimas, de tristeza e indignación al pensar en esa gente a quien tanto amé y de lo que es capaz el corazón del hombre, sacerdote y misionero, al inventar historias o dar fe ingenuamente o por conveniencia a juicios desfasados.

Fueron momentos duros en mi vida. Días después, providencialmente el Superior de las Misiones visitaba Guatemala y aproveché para hablar con él y exponerle mi situación. Acepté mi responsabilidad en el único de los motivos presentados. Me aconsejó que siguiera ayudando en la Parroquia Don Bosco en Managua y que realizara un curso de pastoral misionera en el CELAM. Me hizo la pregunta decisiva: Si estaba dispuesto a volver a Guinea o a otro lugar en África. Mi respuesta fue que, si con ese ambiente hostil y mi situación con los Superiores y responsables de esa misión no estaba bien, no estaba dispuesto a volver a las misiones allí, pero sí en otro lugar. Me dijo que seguiríamos en comunicación para descubrir la voluntad de Dios. Al menos, me apoyó para escribir una carta aclaratoria a los distintos responsables de mi ‘expulsión’. No sé si alguno la recibió, pues nadie me ha respondido aún. El que calla, otorga.

Fueron meses de oscuridad, de incertidumbre, de dolor, de sufrimiento en solitario. Pero fue entonces que mi lema de ordenación vino a confortarme: ‘Dios se vale de los vientos contrarios para conducirnos a puerto seguro’.

ITEPAL

Inicié el curso en Bogotá. Fueron cuatro meses que reforzaron mis conocimientos de

espiritualidad misionera, hacer buenas amistades con religiosos y laicos, descansar y, sobre todo, dejar asentar mis sentimientos.

Haber tenido esa experiencia misionera me valió para conocer gran parte de Colombia, al haber sido invitado los fines de semana a retiros y charlas de animación misionera a grupos y parroquias.

Allá estaba muy difundido el espíritu misionero. Conocí de forma especial a una laica infatigable, joven y muy guapa. ‘La Mona de Alcatel’ trabajaba mañana, tarde y noche y siempre estaba dispuesta a prestar cualquier servicio.

De marzo a junio conocí este país de América Latina con más misioneros “ad Gentes” y rico en vocaciones, pero sumergido en una violencia irreversible, de gran devoción al Divino Niño y con miles de niños ‘huele pega’ por sus calles. En el tiempo libre jugaba con un equipo de básquetbol llamado “Los Simpsons”, con el que me integré bien. Además, el campeonato se realizaba en los campos del Teologado Salesiano, lugar de mi residencia. Fueron meses que, a pesar de todo, traté de vivir con intensidad, pues, en últimas circunstancias, soy yo el constructor de mi propio destino y trataba de hacer las cosas bien y aprovechar el tiempo al máximo.

De regreso a África

Recuerdo que un día, faltando unas semanas para terminar el curso, me llamó el Superior del Instituto Teológico del CELAM para proponerme si quería quedarme trabajando por tres años en la terna de los responsables, viviendo allí y teniendo un pago de \$ 500.00 dólares mensuales. Con mi moral todavía no totalmente recuperada, respondí que por mí no habría problema y que se pusieran en contacto con mis superiores.

En esos días, aprovechando la visita del Rector Mayor P. Egidio Viganó, Mons. Oscar Rodríguez Maradiaga le entregó una carta y le habló de esa posibilidad. Respondió que lo consultaría con el P. Odorico, encargado de las Misiones a nivel de la Congregación. A los pocos días respondió negativamente, pues ya contaba conmigo para reforzar una casa que había abierto cuatro meses antes en Yaoundé, Camerun.

Al mismo tiempo, el P. Odorico me envió una carta en que me decía que debía presentarme pronto en la Casa General, en Roma. Es así como en agosto estaba nuevamente en Génova, Italia, de quienes dependeré en esta misión.

Me presenté al inspector P. Geovanni Mazzali, de quien iba a depender, ya que las obras de Camerún pertenecían a la Inspectoría Lígure-Toscana. Fueron muy amables y atentos, gracias a Dios. El inspector era especialista en lenguas; hablaba perfectamente el castellano y me proveyó de lo necesario y del billete de ida a Yaoundé. El 21 de agosto de 1992 estaba aterrizando en el aeropuerto internacional de Nzimalen, en

Yaoundé, donde me esperaba el ‘Gran Alcides’, Director de la Comunidad Salesiana.

La luna más bella

Agustín Lara dice que de las lunas, la de octubre es la más hermosa, porque en ella se refleja la quietud de dos almas... Yo diría que, de las lunas, las de África son las más bellas. El ciclo lunar es parte de su vida. Cada mes la luna llena trae alegrías.

Son tres días de gozo, de compromiso y religiosidad, días de danza, de descanso del trabajo y de familia. Son los días para realizar los ritos de iniciación, de matrimonios y defunciones.

La danza es el lenguaje para expresar los sentimientos. Niños y niñas, jóvenes, ancianos y ancianas se funden en un solo ritmo, como si hubieran pasado ensayando todo un año al batir las palmas contra el cuero crudo del “tam- tam”, el tambor, y las cuerdas melancólicas de la ‘cora’, con gritos estridentes de júbilo y de nostalgia.

En esos días no existe el extranjero o forastero y hay comida, bebida y techo para todos. El día es para descansar y el turno de los “baleles” (bailes tradicionales), que son ricos en contenido cultural, con sus proverbios, imitaciones y monerías, sellando la fiesta.

Si es un matrimonio, entonces cantan, gritan y danzan rítmicamente alrededor del cuarto donde se encuentra la pareja en su primera intimidad y no paran de bailar hasta que no salgan los novios hechos marido y mujer. Si es de iniciación, danzan alrededor del iniciado, cubriéndolo de regalos.

Si es defunción, lo celebran con una gran comida alrededor de la tumba en la casa del difunto, al que lo acompañan las cuerdas del “mvet” (especie de guitarra) con un ritmo pausado y monótono y las coplas que cuentan la vida y milagros del finado.

CAPÍTULO 13

MISIÓN ES HABLAR LENGUAS Y CONOCER LENGUAJES

“Estas señales les acompañarán: en mi nombre echarán demonios, hablarán lengua nuevas, tomarán en sus manos serpientes y, si bebe algún veneno, no les hará daño. Impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán sanos. (Mc.16, 17-18)

Camerún

África nuevamente. Mi corazón palpitaba violentamente, pero envuelto en nostalgia al ver tantos negros, pero ninguno conocido como en Guinea. El aire húmedo, el bochorno y el nerviosismo normal de lo nuevo y desconocido, invadían este pobre pellejo.

En la camiseta de mi nuevo Director, corpulento, alto, rubio, desaliñado y sucio, sobre unas gastadas y remendadas sandalias, estaba Don Bosco. Esa imagen me dio ánimo y me hizo recordar quién es el que me había enviado. Es en su nombre que he venido.

Tomamos la ruta a Mimboman, barrio popular de la periferia de la ciudad de Yaoundé, donde se asienta nuestra obra. Él se desvía de la ruta para llevarme a conocer un poco de la ciudad. Una gran ciudad de muchos rascacielos, grandes comercios y un mercado interminable. Es otra vista del África que conocía, aunque en el fondo, lo forma el mismo hombre, imagen de lo invisible.

A pocos meses de haber empezado esta obra sus actividades, me admiró la cantidad de niños y jóvenes que la frecuentaban.

Llegué durante las actividades de vacaciones, con un sin fin de opciones. Al frente estaban Alcides, Giannini y Alfonso, que formaban la Comunidad Salesiana, junto a buen número de jóvenes deseosos de ayudar. Algunos habían sido traídos expresamente de Ebolowa, ciudad en la que los salesianos tenían muchos años de presencia. Por la tarde, más jóvenes aún que asistían a la “Cité Don Dosco”.

En la noche, primera reunión, y al día siguiente, manos a la obra. Comencé con mi cargo de Administrador. En la misa conocí a algunas personas mayores y a las religiosas consagradas que viven a nuestro alrededor.

De reconocimiento

Con el guardián Calvin, quien era el ‘factótum’, hice mi primera incursión al mercado. Conocer los lugares de compra, comenzar a tramitar mis documentos, conocer la Procura, que será nuestro banco. La ciudad me dejó la impresión de que es de locos.

Es grande y muy desorganizada. Por la tarde, fuimos a conocer la parroquia a la que pertenecemos territorialmente y que ayudamos con confesiones y misas. Visitamos a unos hermanos laicos comprometidos de nuestro entorno. Es un ambiente cristiano, aunque no faltan animistas y musulmanes.



Vida comunitaria

Además de la administración, tendré el acompañamiento del grupo de acólitos, el grupo de los jóvenes, el grupo de teatro, la eucaristía de los sábados por la tarde en la parroquia en lengua Bamileké y confesiones el domingo. También la misa de los mayores en nuestra capilla, el control y la asistencia diaria en el oratorio. Por el momento, hacer las fichas e inscripción a la Cité, sobre todo, para entrar en contacto con los jóvenes.

Poco a poco fui conociendo el ambiente y vi que eran generosos y trabajadores, sobre todo hospitalarios, fáciles de entrar en confianza, en amistad.

Gracias a Dios, las construcciones las llevaba completamente un constructor italiano que se encargaba de todo con el arreglo de ser pagado en Italia. En ese sentido me sentía muy aliviado. Además, que la supervisión y el OK lo lleva el Director. Aquí no había campo que limpiar, ni frutas que cultivar para la comida, pero sí mucho trabajo pastoral y reuniones. A mí me correspondía asistir a las reuniones de Justicia y Paz, colegios católicos, del clero, de las vocaciones.

En septiembre comienza el año escolar y nosotros comenzábamos con 20 semi-internos, para lo cual hay que buscar el material necesario para la cocina, hacer el local de la misma, acondicionar una sala de clases para comedor. Tengo que ir al aserradero a buscar madera, mucha madera para que, al momento de comenzar la producción, se encuentre seca.

Con el año escolar, comencé a impartir clases de religión en el Centro Escolar Secundario tres veces por semana, con autorización de entrar a la clase donde el profesor no hubiera llegado. Eran salas de 70 alumnos, lo que me obligaba a hacer las clases interesantes, atrayentes y comprensivas, algo que no siempre lograba, pero fue una bonita experiencia.

Otra Navidad

El ambiente de Navidad comenzó a vivirse. Había luces, cantos y la Iglesia se vestía de fiesta. Cada grupo buscaba cómo celebrarla. El grupo de muchachas preparó un concurso de trenzas, una exposición de sus trabajos manuales que, sábado a sábado, realizaban con Michelle (única católica en su familia, hoy religiosa). Todas estas actividades estaban incentivadas con la moneda interna de la Cité el ‘franc-bosco’, que les daba la oportunidad de adquirir infinidad de cosas.

Como administrador me correspondía velar porque no se diera la inflación. La Navidad estuvo muy animada por los jóvenes. Después nosotros la celebramos a la italiana en África. Nada que ver con lo que viví en Guinea, que hecho de menos, pues mi opción es vivir como los pobres. Tampoco reniego del amor, la misericordia y la bondad de Dios. “Nada pedir, nada rehusar”. Dios sabe lo que hace: “Bon année”.

El año nuevo se abrió paso a toda prisa, pero a paso normal. Me puse como objetivo buscar la forma de que los obreros y personal de servicio estén en regla con su salario, seguridad social, clasificar su trabajo, hacer contratos y, sobre todo, que se sintieran personas estimadas y valoradas, corresponsables de la buena marcha de la obra salesiana. Todo esto me llevaría mucho tiempo, según me contaban otros religiosos que habían querido hacer lo mismo. Para eso estaba. Yo hacía una parte y el Señor, dueño de la mies, que hiciera la suya.

Después de reunirme con varias personas mayores, jóvenes responsables y los que hacían de catequistas, dimos inicio a las catequesis un poco más organizadas. Eran unos doscientos veinte niños que se reunían cada domingo para recibir la preparación a sus sacramentos: bautismo, comunión o confirmación. Cualquier rincón era bueno para hablar de Dios

CAPÍTULO 14

MISIÓN ES HACERSE HUÉSPED DE LOS DEMÁS

“En todo pueblo o aldea en que entren, busquen una persona que valga, y quédense en casa hasta que se vayan. Al entrar en la casa, deséenle la paz”. (Mt. 10, 11-12)

Cuaresma

Miles de personas asistieron a las dos misas que programamos el Miércoles de Ceniza. Me llamó la atención que hasta los evangélicos y musulmanes, se acercaron a recibirla.

Cada viernes de cuaresma animaba a los diversos grupos a preparar, narrar o escenificar el Vía Crucis, al que asistían muchos fieles. Llegó la Semana Santa, que habíamos preparado con días de reflexión para niños, jóvenes y adultos, que culminaría con el bautismo de sesenta personas el sábado de Gloria y ochenta primeras comuniones, el Domingo de Pascua. Ver ese grupo como fruto del amor de Dios y mi fruto del esfuerzo material de otros tiempos y lugares inolvidables llenó mi vida. Cristo había resucitado y seguirá resucitando.

Tuve la oportunidad de visitar varias familias de niños que me invitaron a su fiesta. Era la primera vez que entraba a alguna casa en Camerún. Se veían sencillas, limpias, amuebladas, y otras, hasta con cierto lujo como alfombras, lámparas, cielo falso, etc. Todas ellas tenían una plantación de maíz, tomate, chile, yuca en lugar de flores, y con uno que otro árbol de mango o guayabo.



Grupo de kisisito

Trataba de complacer a todos comiendo lo que me ofrecían. Eso les llena de orgullo, el que el cura les visite y coma con ellos. Por la noche, fogata y velada animada por los responsables de los grupos juveniles. Ha sido mi mejor experiencia cristiana en África. Ahora sí creía que el yo-misionero empezaba a salir. Aunque se diga que la actividad misionera es desarrollo, creo que es más evangelización.

Tramitador

En mayo salí con Don Rizzato (un verdadero hijo de don ‘Busco’) a Douala (ciudad donde está el puerto más importante) para retirar de la aduana unos contenedores, de los cuales uno es nuestro. Tengo que conocer todos los sortilegios y mañas para hacerlo rápido y ‘eficiente’. Oficinas, saludos, sonrisas, regalitos y, sobre todo, necesidad, insistencia. Luego, buscar camiones, arreglar precios, pagar seguro. En total, treinta y dos despachos o cubículos. Hemos tenido suerte, me dice Don Rizzato, para hacer todo en día y medio. No estuvo mal. Es así como aprendí este nuevo ‘arte aduanero’ a la africana, enseñado por un profesor italiano. ‘mafioso’ por el Reino.

‘Eficiencia’ era no permitir que los contenedores fueran abiertos en el puerto. En la vida misionera todo es permitido, ya que es por el Reino de los Cielos. Eso esperamos.

Llegó junio y esta casa era una comunidad en ebullición; su Director, un volcán, con tantas ideas y todas en bien de los jóvenes. Proyectos en la Embajada de Italia, de Francia, que él presentaba y yo tenía que seguir, preparación de las actividades de vacaciones, revisión del curso.

Se terminaron las clases y muchos jóvenes se fueron a sus pueblos. Las clases de Religión que impartí en el C.E.S. han sido una gran experiencia para mí, especialmente cuando se trataba de cristianos, musulmanes, testigos de Jehová, evangélicos. Después, a pensar en los campamentos, retiros, mesas redondas, olimpiadas, películas para el verano.

La Colonie de Vacance

Me tocó ser protagonista y responsable de la Colonie de Vacance (campamento) para los jóvenes de diez a quince años. Lo hicimos junto con los de Ebolowa, en CENAJES (Centro Nacional de la Juventud), en Kriby, ciudad de bellas playas. Eran casi ciento treinta adolescentes a los que había que atender con un buen grupo de animadores para la formación, deporte, disciplina, comida. Como transporte, un camión, al que no le cabía un alfiler más, entre jóvenes, voluntarios, colchones, comida, utensilios para cocinar.

Fueron seis días intensos, momentos serios de reflexión, de esparcimiento y de responsabilidades. Era una nueva experiencia para estos jóvenes cristianos, y también para mí. Gracias a Dios, no hubo ningún incidente grave que lamentar. Regresamos alegres, felices y contentos.

Los días se sucedían. Una profunda impresión me causó el saber que el jefe de los acólitos, inteligente, activo y posible vocación, andaba loco por las calles, fruto de un terrible shock nervioso al enterarse de que había perdido su examen de bachillerato. No lo pudimos recobrar.

Teníamos unos trescientos niños en los cursos escolares de vacaciones para prepararlos a la entrada escolar. A algunos les impartía matemáticas, a otros manualidades y también tenía que suplir a cualquier ‘profesor’ que faltara.

La voz de la gran Olimpiada Don Bosco se había corrido por toda la ciudad. Para mí era otra cosa bastante nueva por su organización, cantidad de jóvenes, estilo de premiación. El año pasado sólo escuché los comentarios de la misma y este año soy el responsable de asuntos varios e imprevistos.

Intenté formar mi equipo con todos los que sobraban o que eran rechazados por otros equipos. Entre ellos salieron dos líderes que trataron de organizar el grupo. Lo llamamos Nigeria y les busqué un distintivo. Hicieron mucho al quedar en el sexto lugar de diez equipos, pero en primer lugar por haber levantado su autoestima. Era una fiesta no sólo de Don Bosco, sino de todo el barrio y hasta de la ciudad entera. Los italianos piensan en grande.

Nuevas noticias

El mes de agosto terminó y con él las actividades de vacaciones. Unos días de descanso, de tranquilidad, sosiego, nos vino bien a todos para concentrarnos en el nuevo curso escolar que se avecinaba. Nos fuimos a Costa Blanca, donde hay bellas playas, a la casa del Padre Gaspar, un espiritano especial por haberse retirado como anacoreta a los 75 años.

Por esas fechas participé también en los ejercicios espirituales anuales donde, en momento oportuno, se nos habló de la nueva Inspectoría de la ATE, del nombramiento de un Delegado, de la internacionalización de las comunidades salesianas, de nuestra casa de Yaoundé que se toma como sede de la delegación.

Inició el año escolar ‘doucement’. Han aumentado las aulas y los alumnos.

A finales de septiembre puse a prueba mi capacidad de aduanero para sacar tres contenedores del puerto. Esta vez me acompañaba la señora Biancolino, esposa de nuestro constructor. Quise seguir los pasos y la política de mi ‘maestro’. Aaaaah. ¡Me faltaba mucho! Fueron tres días, pero al fin salió y fui muy ‘eficiente’, pues los candados llegaron sellados hasta la casa.

Por esas fechas hacía una visita nuestro vicario de Madrid, P. Alejandro. Un día salimos hacia Kriby para ver unos terrenos que las inspectorías querían comprar para hacer los encuentros de jóvenes en vacaciones. Íbamos otros tres salesianos. Yo conducía sobre la ruta de Douala. Aquí me llevé uno de los sustos más grandes de mi vida, sobre todo por las personalidades que llevaba en el auto. Iba manejando en mi lado de la carretera, cuando un autobús, que venía en dirección contraria y a gran velocidad,

sobre una curva se pasó llevando el espejo lateral, lo que, a su vez, rompió el cristal de la ventana. El impacto me hizo perder momentáneamente el control, sin salirme de la carretera. A los pocos metros me detuve para tomar respiro y limpiarnos los cristales, sin tener señales del autobús. Después de dar gracias a María Auxiliadora, seguí conduciendo hasta llegar a nuestro destino.

En ese tiempo los trabajadores comenzaron a estar afiliados al seguro. Mientras tanto, las muchas actividades seguían ininterrumpidamente. Comencé a buscar empresas y cotizaciones para la energía de alta tensión y toda la electricidad de los talleres.

Diciembre es siempre festivo con las actividades propias de Navidad. Aunque no somos parroquia, realizamos todo como si lo fuéramos y sigo ayudando a la que pertenecemos. Todos los niños estaban muy bien vestidos y peinados. Nuestra calle principal había sido adornada con luces de Navidad. Fue algo especial, pero mi pensamiento recordaba a quienes no son cristianos o que, aún siéndolo, no tienen los medios para exteriorizarlo, cuando otros cristianos derrochan.

Un partido de fútbol

Siguiré es un pueblo cristiano a doscientos kilómetros de Kan-kan, abandonado por muchos años debido a la persecución. Sin embargo, el Espíritu Santo conservó en el corazón de muchos el amor a Jesucristo. A pesar de las dificultades y de tener que pasar tres ríos, les atendíamos con regularidad, material y espiritualmente.

En la primera fiesta de Don Bosco organicé un campeonato de fútbol de mujeres y otro de hombres, con la participación de 18 equipos de los diferentes poblados.

En cierta ocasión en el campeonato femenino se encontraron dos equipos con idéntico uniforme, y el árbitro me preguntó qué debía hacerse. Entonces digo que decidan las dos capitanas de acuerdo con sus jugadoras. Sin pensarlo dos veces echaron suerte a la moneda. Quienes perdieron simplemente se quitaron la camisa, sin problemas de escrúpulos. De esta forma se llevó a feliz término el partido, aunque más que fútbol, parecía carrera de gelatinas. La malicia es del blanco extranjero y la simplicidad es del nativo. ¿Qué hacer si el misionero está entre ese defecto y esa cualidad?. No me quedé más que alabar a Dios por tan bella y sabia naturaleza.

CAPÍTULO 15

MISIÓN ES ACEPTAR LAS ENFERMEDADES

“Por mis numerosas fatigas, por el tiempo pasado en la cárcel, por lo golpes recibidos, en muchas ocasiones en peligro de muerte. Cinco veces fui condenado a 39 latigazos; tres veces fui apaleado; una vez fui apedreado; tres veces naufragué y una vez pasé un día y una noche perdido en alta mar; viajes frecuentes; peligro de ríos; peligros de bandidos: peligro por parte de mis compatriotas; peligro por parte de los paganos, peligro en la ciudad, peligro en los pueblos, peligro en el mar, peligro de falsos hermanos. Trabajo, agotamiento, con noches sin dormir, con hambre y sed, con muchos días sin comer, con frío y sin abrigo. De nada hay que gloriarse, pero si de algo hay que alabarse, yo me glorío en Dios mi salvador” (2ª Cor. 11, 23-31).

Fiesta, alegría y enfermedades

Al comenzar el año, asistí a la fiesta de la patrona de nuestra Parroquia ‘Marie Mere de Dieu’, preparada a lo grande. Fue transmitida por la televisión y hubo muchos invitados especiales; los organizadores se lucieron; el patio estaba lleno. Después de la misa, pasamos a la mesa donde había comidas típicas camerunesas de las distintas tribus. Fue un día lleno de alegría, colorido y vivencia en un compartir de cristianos.

Ese año teníamos dos retos, dos obras: el arreglo de los patios, ya que la erosión estaba lavando la tierra; y los talleres, pues teníamos que ponerlos en marcha aunque fuera mínimamente.

Con el poco tiempo de nuestra presencia, ya se veía un camino trazado. Sólo había que seguirlo y actualizarlo.

Yo seguía aprendiendo las distintas formas de vivir el mismo espíritu salesiano. A veces pensaba que Dios me amaba de forma especial y no sabía si yo le correspondía, pues era tan frágil.

Urgente: Negrara

A finales de febrero comencé a sentir un malestar y el paludismo que me visitaba fuertemente desde el día veintidós. Con la asistencia de varias hermanas religiosas, la enfermedad pasó rápidamente, porque se la atacó fuertemente: un suero con quinina, vitaminas, antipiréticos, istamínicos. Todo un cóctel. En dos días, cuatro litros de suero resucitan a cualquiera.

Varios días después, todavía no me sentía totalmente bien, aunque mis actividades eran normales todas las mañanas. A las cinco de la tarde ya era hombre muerto, cansado, fatigado, con altas temperaturas. Por veinte días seguí así y sufrí otra recaída. Esta vez me ingresaron en la clínica ‘Fudá’, donde estaría veintisiete días. El P. Mazzali estaba informado de todo esto. Entonces dio la orden de que me repatriaran e ingresé a un hospital especializado en enfermedades tropicales, en Negrara, Verona, Italia. Mi peso era muy bajo y no se veía mejoría. Dijo que no nos preocupáramos por los gastos, porque todos los misioneros de su Inspectoría estábamos especialmente asegurados. Estuve de acuerdo y comenzaron los trámites para mi repatriación. El dieciocho de abril volaba, junto a mi ‘enfermero’ Jeaninni, a Milán, donde nos esperaba una ambulancia, el Padre Inspector y otro salesiano.

Mi ‘enfermero’ era un viejito coadjutor salesiano genovés que ‘guadagna molto i soldini’ (tacaño). Como yo tenía derecho a un acompañante y el tenía que regresar a Italia, nos fuimos juntos.

Al bajar del avión, el médico de la ambulancia, en tono de broma, dijo que él estaba preparado para llevar un enfermo, y no a dos. ¿Quién es el que necesita la camilla? Así llegué a Negrara, a las doce de la noche, sin maletas, porque se habían extraviado. Me compraron lo necesario y de allí en adelante, la rutina: exámenes en la mañana y en la tarde, toma de temperatura cada cuatro horas, entrevistas diarias con uno de los médicos.

Pasan los días y el ‘giro de Italia lo gana Capucchi’: era la noticia que invadía la TV. Los médicos no encuentran nada. Mi organismo funciona perfectamente, gracias a Dios. Lo extraño era esa temperatura que a diario subía hasta treinta y nueve grados. Hicieron consejo de médicos. Se reunieron con el Provincial Salesiano de Verona, a quien he quedado encomendado. Este me comunicó que me habían practicado ciento cuarenta y cuatro análisis y que no encontraron nada grave, que posiblemente sería lo que sugirió en su informe el médico de Yaoundé, una arbovirosis hepática, enfermedad que no es grave si se cuida tempranamente y con el tiempo ella sola desaparece con una dieta minuciosa.

Así fue. A los pocos días la gráfica indicaba matemáticamente el descenso de la fiebre hasta que se estabilizó en lo normal, aunque quedé unos días en observación. El 21 de junio del año 1993, me entregaron el informe y la orden de salida. Permanecí veinte días más en la casa inspectorial de Génova, donde me trataron estupendamente. Allí aproveché para ponerme al día con esos brochazos mal dados de la parte de mi vida, al servicio a los demás y al Reino. Al menos, me sirvieron para desahogarme en ciertos momentos que lo necesitaba.

Rejuvenecido y a la carga

El 14 de junio regresaba nuevamente a Yaoundé, nuevo, reforzado y dispuesto a seguir dando un poco de mi vulgar vida. Entregarla por quienes Dios me había encomendado. Al llegar, traté inmediatamente de ponerme al día en la atrasada administración, porque las vacaciones habían comenzado y las actividades también

Salí con el Director a Gastaldi, una empresa italiana constructora de carreteras, y quedamos en asfaltar todo el patio por un precio establecido. En una semana el trabajo estaba terminado. El problema entonces era mentalizar a los jóvenes para que jugaran más cristianamente y evitar accidentes. Junto con ellos trazamos los campos de fútbol, futbolito, baloncesto, volibol, tenis. Sobre todo, habíamos salvado la tierra de la erosión. Toda la Cité se notaba más limpia, aseada y, por tanto, presentable.

La cuaresma se acercaba y la preparación a ese tiempo litúrgico estaba lista. Celebraciones penitenciales, visitas a otras parroquias, retiros con los catecúmenos. Iniciamos la práctica de ‘la Panière de la solidarité’, para sentirnos mas unidos a los pobres de nuestros alrededores.

Pablo, modelo de misionero

Puedo decir como San Pablo, sin vanagloriarme de ello, pues todo lo sufrido fue por Cristo y por su Iglesia en estos dieciséis años vividos en África: cuatro veces tuve crisis de paludismo; otras dieciocho fue sólo el ataque, sin llegar al desarrollo del vivax o anofeles por el kenkiliba o la cáscara de quinina que a diario tomaba; la malaria, el dengue, que son hermanos menores del paludismo, me acompañaban en mi diario vivir; una Semana Santa tuve que celebrarla con las perfusiones en las venas, pues no podía dejar a la gente que habían venido caminando después de dos o tres días.

La mosca del ‘tórsalo’ ha dejado marcas en mi cuerpo. Esta mosca deposita sus huevos en la ropa blanca que, por descuido o rapidez, no le pude pasar la plancha. Con el calor del cuerpo, entra en la piel donde se desarrolla, causando dolor y picazón, hasta que el huevo se convierte en gusano y sale del cuerpo dejando una cicatriz.

La filaria es otro microbio transmitido por mosquitos que viven en ciertos lodos de los ríos. Al picar, lo inyectan en la sangre. En cuatro ocasiones se desarrolló en mí. Produce un cosquilleo donde se fijan las filarias. Gracias a Dios, me traté a tiempo. Las diarreas y los parásitos causan muchas muertes en niños y en adultos. Mi estómago nunca se acostumbró completamente al agua o a las comidas.

Una vez me perdí en alta mar por ir a la isla de Corisko. Una vez fui traicionado por los que se llaman mis hermanos; fui juzgado, acusado y encarcelado, pero en todo salí airoso.

En cierta ocasión, después de un mes en casa con paludismo, puesto que no me dejaba en paz, pasé otro mes en la curandería del pueblo, pero mi peso bajaba rápidamente. Entonces, fui llevado a uno de los mejores hospitales de la capital, pero no lograron controlar la enfermedad. Temía más por el viaje de tres días que por la misma enfermedad. Un mes después, mi Superior en Italia fue informado. Yo me movía con dificultad y pesaba ciento dieciocho libras. La fiebre cronométrica no me dejaba y mi alimento era sólo suero.

El Superior envió un pasaje especial para acondicionar tres puestos de avión en forma de cama y un acompañante. Se hicieron todas las formalidades para entrar en Italia. Una ambulancia me trasladó hasta el aeropuerto africano y otra me esperaba en Italia para trasladarme al hospital de enfermedades tropicales en Negrara, Verona.

Después del primer día de estudio, comenzaron a hacerme exámenes cada cuatro horas, despierto o dormido, de noche o de día, de sangre, heces, saliva, orina. En total, doscientos setenta y dos exámenes. Después de catorce días de no dar con la enfermedad, en consejo de médicos y con el Padre Inspector presente, concluyeron en que “posiblemente fuera arbovirosis hepática”. Para estar seguro de esto, fue necesario enviar muestras de sangre a Brasil o Atlanta, que son los únicos lugares con laboratorios para detectar esa enfermedad producida por exceso de quinina en el hígado. El Superior me lo comunicó con todas las implicaciones en favor y en contra. Si era eso, no había medicina para combatirla. Si no, seguirían investigando.

Opté por atacar, como si fuera esa la enfermedad, con una dieta rigurosa, sin necesidad de un solo medicamento. Al cuarto día, comencé a notar la mejoría. Don Bosco me quería todavía unos años más en las misiones.

CAPÍTULO 16

MISIÓN ES VIVIR EN COMUNIDAD CON HERMANOS

“El hermano se compromete a construir la comunidad en que vive, y la ama aunque sea imperfecta: sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo. (Constituciones Salesianas, 52).

Musulmán bautizado

Por este tiempo Dios me dio la oportunidad de visitar en nuestro barrio a un conductor chadiano (gentilicio de los habitantes del Chad), enfermo terminal de SIDA, casi agonizante, que vivía solo en una casa abandonada. Solamente una anciana pasaba a dejarle algo de comer; ella me pidió que fuera a visitarlo y que le hablara de Jesús y de María. Con sus documentos del Chad en regla, chofer de transporte pesado, el señor tenía treinta y nueve años y era musulmán. Me recibió en un ambiente de olores y suciedad inimaginables. Sólo Dios conoce la suerte de este pobre hermano mío e hijo de Dios.

Hablamos. Cuando sus lágrimas demostraban su amor y arrepentimiento de su vida pasada, la Magdalena se me quedó corta, porque éste no tenía frasco para su agua, y mucho menos perfume, pero sí tenía mucho amor. De esta forma, el asco y repugnancia humana que desgraciadamente sentía, se fueron transformando lentamente en amor, compasión, ternura y gracia. Con el agua del bautismo lo bañamos y lo pusimos guapo para prepararlo para lo que Dios quisiera de él. Aceptó a Cristo.

Quiso recibir el bautismo y la comunión y, allí mismo, por mi indigna y pecadora persona, Dios lo acogió como a su hijo amado, su hijo especial, sirviendo de testigo y haciendo crecer su fe. Con varias personas que se reunieron, limpiamos un poco la casa y sus alrededores y nos marchamos, dejándole algo de comida y ropa limpia.

Dos días después regresó la anciana y me dijo que acababa de encontrar muerto al chadiano. ¿Qué hacer? Eran las ocho de la mañana y tenía varias cosas pendientes. Comencé con ésta que no estaba programada. Buscamos al jefe del poblado y otras tres personas representativas. Se dio informe a la gendarmería. Se buscó al jefe de chadianos en Yaoundé. Se solicitó la ayuda de los bomberos. Se informó a la Embajada del Chad. No tuvimos ninguna respuesta positiva e iniciamos nuevamente el recorrido, con resultado negativo.

Por la tarde buscamos un representante de salud. Eran las siete de la noche y, con los nervios alterados, la paciencia agotada y todas las posibilidades probadas, regresamos cada uno a su casa. Yo quería darle una cristiana sepultura sin poder expresarlo,

porque sus colegas chadianos eran musulmanes y, si se hubieran dado cuenta de que había recibido el bautismo cristiano, también ellos lo hubieran abandonado.

Al día siguiente pude conseguir un permiso para incinerarlo. Al menos, para evitar una epidemia. Se le envolvió en el colchón, se le roció gasolina y, en la misma cama, acabaron sus días en esta tierra. ‘Eres polvo y en polvo te convertirás’. Lo que quedó de sus restos fue enterrado.

No sé si sea yo el único que lo recuerde y que quede plasmado en mi vieja agenda, pero espero que ahora él interceda por mí para seguir la lucha en esta tierra. Descanse en paz.

Pascua dichosa

Pasé la Pascua internado en una clínica. Pero me contaron que se vistió de un tono especial y reluciente como novia que se viste para su esposo, pues treinta catecúmenos mayores de 18 años, que habían terminado su preparación, recibirían el bautismo. La liturgia se preparó esmeradamente y ellos fueron grandes protagonistas junto al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Los dones de la solidaridad fueron abundantes en mayo. María Auxiliadora comenzó a ser conocida por medio de cantos, concursos, poesías, oraciones y la novena en su honor. Los nuevos bautizados eran los más grandes propagadores de su devoción.

Las actividades de julio y agosto fueron bien organizadas por el Consejo de la Cité. Yo estaba como organizador; los dos tirocinantes (seminaristas) y unos prenovicios, estaban más de lleno en la ejecución. Año con año podíamos palpar cómo Dios iba formando cristianos comprometidos en estos nuevos rumbos del Reino de Dios. Contábamos también con un grupo de voluntarios italianos con gran espíritu salesiano, generosos y sacrificados y, digámoslo, también aventureros.

El mayor de los sacrificios, según Don Bosco

En la vida comunitaria de los religiosos consagrados, por ser seres humanos, nunca faltan las tensiones. La conclusión de las olimpiadas fue una de ellas. Una fuerte discusión con el Director hizo que no hubiera un final feliz. Con ciertas medidas arbitrarias suyas pasó por encima de todos, jugadores, organizadores, salesianos. Esto hizo que recibiéramos merecidas ofensas de parte de los jóvenes y el retiro de varios de ellos.

Septiembre es el mes más tranquilo. El Director aprovecha para descansar junto a su familia en Italia: vacaciones bien merecidas para él y para nosotros. Yo quedaba al frente de la obra.

El número de fieles crece cada día, por lo que decidimos celebrar la misa en los hangares de los talleres mientras llegaban las máquinas, ya que el espacio es mucho más amplio.

En ese mismo mes, iniciamos las catequesis y estrenamos un nuevo catecismo titulado “Vers la Vie”, que había redactado hacía algunos meses, recopilando material de distintos catecismos, pero dándoles un sentido más africano y más adaptado a nuestra pedagogía salesiana. Lo fui elaborando poco a poco y la Inspectoría de Génova lo imprimió. Hoy se usa en la mayoría de las parroquias.

Es un mes para reubicar, plantar y redistribuir treinta arbolitos que plantamos el año pasado para la sombra del futuro. Me resultaba difícil hacer que esos hermanos pensarán en el futuro. Ellos decían: ‘¿Para qué plantar algo que no se come?’.

En esos meses la vida continuaba sin mayores actividades transcendentales. De mi parte, era sencillo: ir y venir al mercado, pagar agua, luz y teléfono, ver el mantenimiento de la casa que, por ser nueva, no exige mucho, supervisar a los empleados, dar alguna clase de repaso y de religión, esperar los camiones de la Top (soda) y 33 (cerveza), asistir por la tarde en los patios, reuniones formativas con algunos grupos. De esta forma agonizaba el año.

Celebramos Navidad y fin de año con una gran fiesta danzante hasta la una de la mañana para todos los jóvenes. Como experiencia no estuvo mal, pero me desanimé como bailarín, pues me dijeron que bailaba ‘como un blanco’, o sea, más tieso que un palo de escoba. Paciencia, soy blanco y no puedo ser de color negro que el ritmo lo lleva en la sangre.

Electricidad y contenedores

El año nuevo se presentaba interesante. Después de muchos presupuestos y cotizaciones, quedamos en comenzar en enero las instalaciones eléctricas de alta tensión para los talleres. Una empresa belga ganó el trabajo porque creíamos en su seriedad. Se hizo el contrato y se dio el adelanto. Pero tuve que estar detrás de ellos, buscándolos cada tres días para que iniciaran, continuaran y terminaran el trabajo.

Aquí, las cosas son así, ‘todo se deteriora’, como decía un salesiano. Hasta las personas y empresas serias. Todo exige mucha paciencia. Pierde el que se enoja.

Ese año dejaría el grupo de muchachos que lo tomará Paola, una voluntaria italiana. Seguiré con todo lo que corresponde a un catequista y administrador de bajos fondos.

Por tener varios jóvenes vocacionables africanos, de acuerdo con mamá Anne, nuestra

cocinera, fuimos metiendo poco a poco comida africana que, en el fondo, es buena, nutritiva y sana. Pero nos faltaba acostumbrarnos a ella. Esto lo traigo a colación porque, en ese mes descubrí el gran matadero donde la carne es fresca y más barata, pero donde el hedor, la sangre y los excrementos están a cada paso. Además, cada año en ese mes, me tocaba hacer de cocinero por las vacaciones de mamá Anne.

En febrero llega el aviso del envío de dos contenedores con maquinarias y un motor (generador eléctrico) de un antiguo barco, pero en buen estado. Comienzo a hacer todas las diligencias con la Embajada de Italia, el Ministerio de Finanzas, el Ministerio de Cooperación. Lista de artículos, peso, clave de aduana, cartas, documentos, fotocopias. Luego, a esperar e insistir a las secretarias, sin abusar de ellas pues, de lo contrario, esos papeles dormirán un largo sueño en las gavetas de sus escritorios.

Si todo está normalmente correcto, posiblemente a finales de mes tendría que salir para Douala a hacer el 'viacrucis'. En Douala, después de las sudadas en el puerto, a las tres de la tarde, después que toda oficina se había cerrado, me di un refrescante chapuzón en algo que llamamos piscina. Dormí un poco y fui a cenar con una 33 bien helada y, a dormir como un bebé. Estaba un poco nervioso pues, a los de la electricidad no los había vuelto a ver.

A los dos carros les dio por descomponerse y tuve que ir al mecánico, lo que implicaba estar allí todo el tiempo, con el ojo abierto porque, en cualquier momento, cambian una pieza nueva por una vieja, una original por una chinita, Me los debía llevar a casa por la noche porque, si se quedaban allí, quién sabe si volverían a funcionar.

Uno de los carros tenía un problema serio y mejor busqué un mecánico que pudiera hacer el trabajo yendo a la Cité. Eran días movidos, entre una cosa y otra. Al final del día estaba cansado sin saber por qué.

Los primeros días de marzo salí hacia Douala acompañado de Calvin, pensando que todo estaría listo, pero nada. Siempre había de faltar algo. De las cinco veces que fui por los contenedores, esta fue la más difícil, pues había leyes y personas cambiadas, por lo que estuve cinco días allí. Gracias a Dios, salieron, sólo que con un problemita fuera de lo común: un contenedor había sido abierto y habían robado varias piezas de la maquinaria, lo que me obligó a hacer la denuncia, ir a la casa aseguradora, buscar a quien tenía que hacer la comprobación. A todo esto, me encontraba con diez mil ojos viendo qué estaba mal puesto para llevárselo; y cinco mil bocas, cada una dando su opinión, consejos y suposiciones. Además, el calor y los nervios. Todo eso me sacaba de quicio. Ahora lo escribo fácilmente, pero en el momento sacaba chispas y culebras por todos lados, con unos y con otros.

Hice varios viajes con el camión para traer cosas de la comunidad salesiana de Baffia, ciudad a la que llegamos los salesianos por primera vez a Camerún. Esta obra sería entregada en pocos meses al obispo, ya que nos lo había pedido por ciertas incomprendiones con algunos miembros de su familia. Recogimos lo que era estrictamente salesiano. Esto lo escribo, porque me pongo a pensar cómo puede haber obispos de esa calaña. De todo hay en la viña del Señor, y puede ser que yo no sea mejor que él. Dejamos talleres, casa, colegio, canchas. Espero que haya encontrado a alguien que pudiera continuar esa labor en bien de los jóvenes. Finis coronat opus.

Factotum (el ‘mil usos’)

La gracia de estado me asistió inmensamente, especialmente en el campo formativo educacional pues, sin haber hecho cursos y obtenidos títulos, tuve que dar clases de agricultura, carpintería, mecánica, estar en el campo y en los talleres, fabricar dulces, conservas y frutas deshidratadas.

Además, el hacer vida comunitaria con belgas, franceses, españoles, mexicanos, holandeses, alemanes, colombianos y africanos había sido muy enriquecedor. Cada uno, con sus cualidades y virtudes, tratando de vivir en familia, con el mismo objetivo, la misma vocación y el mismo ideal.

Son personas de calidad, humildes, pobres, entregadas, llenas de Dios, lo que no significa que no haya habido momentos de tensión. Seres con gran carga de humanidad, sin ninguna pretensión de ser santos aunque, muchos de hecho, lo eran.

La destreza adquirida con la técnica del binomio aprender-enseñando y viceversa, debería ser patentizada por los misioneros.



Visita del P. Odorico, superior mundial de las Misiones a nuestra comunidad

CAPÍTULO 17

MISIÓN ES HACER DE TODO CON AMOR

“Hagamos el bien sin desanimarnos, que a su debido tiempo cosecharemos, si somos constantes; mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos”. (Gal. 6, 9-10)

En los tribunales

La cuaresma me estimulaba, al ver a tantos que se preparaban de corazón a la gran fiesta de la Resurrección de Jesucristo y cómo va creciendo el Reino de Dios. A pesar de que éramos tan pésimos instrumentos, Él lo hacía crecer con raíces fuertes y profundas. Lo repito, éramos pobres instrumentos.

El señor Biancolino, nuestro constructor, se va definitivamente a Italia y nos invita a ir a su residencia para que tomemos lo que nos pueda servir, dejándonos las llaves para entregarlas a la dueña el 15 de abril cuando terminaba el contrato.

Hice el primer viaje con el Director y algunos jóvenes. Era mucho lo que nos podía servir. ¡Ups! Manos a la obra. Empezamos a cargar, como hijos de pobre, mesas, sillas, camas, maquinarias, pinturas.

Al día siguiente, al llegar nuevamente a la casa, encontramos al guardián afuera y en la puerta a dos policías que no nos dejaron entrar. Al momento, salieron dos señores. Uno era el abogado y el otro un pariente de la dueña. Por casualidad, en la guantera del camión, habían quedado los documentos y un manojito de llaves.

Nuestro fiel guardián, conductor y polivalente, como buen africano, no hablaba ni opinaba en lo que pudiera comprometerse, solo observaba. Se dio cuenta de lo que pasaba y, desde el camión, me mostró los papeles. Me los entregó y se los mostré a los señores: recibo de pago de alquiler hasta el quince; recibos de agua, luz y teléfono que están al día; contratos firmados. Se retiraron no muy convencidos, diciéndome que regresarían. Mientras tanto, “allez, up”, a cargar el camión.

Mientras se llenaba el camión, bajamos los depósitos de agua en acero inoxidable y preparamos material para el próximo viaje. Ese día trabajamos hasta muy tarde y quedaba muy poco o cosas sin importancia.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se presentaron a la Cité con una orden judicial contra el Padre Alcides Baggio y ‘Faustín’ Cerda, (así me llamaban muchas

personas por la confusión con el francés), de presentarnos al juzgado a las once de la mañana. Éramos acusados de robo, violación de domicilio, destrucción de vivienda. Inmediatamente nos pusimos en contacto con el abogado que tenía el señor Biancolino, quien nos aconsejó presentarnos pero, que no firmáramos nada y que lo nombráramos como nuestro abogado (por motivos especiales, no nos podía acompañar en ese momento). Llegamos a la hora indicada; esperamos hasta las once y media; notificamos nuestra presencia y nos fuimos. Ellos no se presentaron. Fuimos donde el abogado y le contamos lo sucedido. Él comentó que se imaginaba que era una patraña de la dueña de la casa que era una millonaria en influencias y sinvergüenza, y que él ya la conocía. Mientras tanto, no podíamos seguir ‘saqueando’ -con permiso- la casa, aunque no quedara nada.

El día quince entregamos llaves y documentos al abogado que ya se había puesto en contacto con el homólogo de la señora. Fue una experiencia más que ver con la justicia. Habían pasado los días y ahora sólo nos quedaba el recuerdo y nos reíamos de esa aventura. Hasta salimos ganando, porque pensábamos entregar la casa limpia, tirar la basura, pero no se pudo, porque no volvimos a entrar. No volvimos a tener noticias. Espero que todo haya terminado bien.

En abril se intensificaron las Catequesis y la preparación a los sacramentos. Era encantador. Bastaba con darles una idea para la liturgia, el Vía Crucis, Ramos, y ellos se esforzaban de realizarla dignamente. Les encantaban las presentaciones teatrales, el canto. Estábamos en preparación porque pronto vendría la Pascua.

Domingo fuera de lo común

Un domingo salimos de la misa en el taller y, a unos pocos metros del portón, las personas que iban de regreso a sus casas encontraron, en una casa en construcción, a una muchacha como de dieciséis años, ensangrentada. Aún no había terminado yo de arreglar las bancas para los grupos de catequesis, cuando me avisaron que la muchacha había abortado en esa casa y que estaba mal, que está sola y que... ¿Qué podíamos hacer? ¿Llamar una ambulancia? Eso no existe. ¿Llamar a la policía? Es complicarte la vida. Lo mejor es coger el carro y llevarla al hospital. Así fue. Salí acompañado por dos señoras, por si las moscas.

En el hospital se ve a los enfermos tendidos en los corredores. Buscamos maternidad. Era domingo y no había nadie disponible. Al fin, alguien que alquilaba camillas además de trabajar en el hospital, pero que también tiene otro negocio, pregunta si yo soy el marido. Le respondí que sólo hacía un favor. En caso contrario, los precios hubieran subido el doble. Es mentalidad común que el blanco siempre debe pagar más.

A todo esto, el niño había nacido perfectamente y también la atendieron a ella. Le compramos lo que pedían, porque allí se compra hasta el esparadrapo. A las dos de

la tarde, regresé con una señora para ver si alguien nos daba noticia del muchacho con el que ella vivía en esa casa. Me dijeron que el tipo, después de una paliza que le había dado en la mañana, se había ido al pueblo y que regresaría hasta el día siguiente. Entonces, buscamos a alguien de su tribu, para que fuera al hospital a acompañarla y, sobre todo, a cuidar que no le robaran el medicamento, ya que esto es muy común. De regreso los tres, dejé a una señora en su casa; la otra, que vivía más cerca de la Cité, me invitó a comer en su casa. Ahí conocí a una hija suya que estaba enferma, según ella, con agua en los pulmones. Yo que no soy médico, me aventuré a pensar que era algo más serio: sida. Era una joven a la que había visto varias veces en la Cité, muy bonita, siempre bien elegante; no aparentaba la edad que tenía; sólo que a los muchachos no les caía bien, porque siempre andaba con altos funcionarios o con blancos, que iban a dejarla de madrugada a su casa en buenos carros.

Me hice amigo de ella; se levantó a comer; terminamos y me fui. Al día siguiente le llevé un Rosario y el Nuevo Testamento. Cada semana la visitaba, hasta que un día quiso abrir su corazón a Jesús; se arrepintió de su mala vida y yo, en nombre de Jesús, le dí un abrazo de amor verdadero y de perdón sincero como lo sabe hacer el mismo Jesús. Al día siguiente le di la Comunión, pues el día anterior no iba preparado y había que aprovechar el momento de gracia, ese “kairós” oportuno para ella.

Nueva parroquia

En mayo llegan tres jubilados italianos dispuestos a trabajar en los talleres. El material ya había llegado, algunas máquinas también; sólo faltaba una cosa, la electricidad o algún plano del generador del barco que nos había llegado. Comenzaron a hacer una cosa mientras yo me volcaba insistentemente tras la empresa contratada. Me di algunos encontronazos con el Director por el mismo problema, como resultado de vernos con el agua al cuello.

Ese mes, nuestra Madre no se quedaba en silencio y nos dio más trabajo. Monseñor Jean Zoa nos permitió realizar todas las actividades como parroquia autónoma, dándonos territorio y líneas pastorales, mientras él arreglaba la situación jurídica con los superiores de Italia y Miguel Olaverri como primer superior de la ATE. Así se inició la Parroquia de María Auxiliadora. En adelante no podremos seguir colaborando con la Parroquia de Santa María Madre de Dios, a no ser en casos especiales.

En junio logré que la empresa terminara más o menos la instalación eléctrica y quedamos reteniéndoles 3,000.000.00 de F.C.A. (\$ 60.000.00) hasta que se pusiera un transformador nuevo, pues el que se había colocado era provisional. Me han dicho que lograron poner en marcha el motor o generador eléctrico y que tiene capacidad para dar luz a todo el barrio.

Nuestras instalaciones eran una tentación para los amigos de lo ajeno. En esos meses lo

intentaron en varias ocasiones, pero sin resultado. Una noche, a las dos de la madrugada, oí pasos sobre el techo; me quedo quieto para asegurarme. Efectivamente, eran ellos. Me levanté de puntillas, a oscuras, para ir donde el Director a decirle lo que ocurría. Salimos juntos y encendimos todas las luces de una vez. Al sentirse descubiertos, un muchacho saltó con mucha agilidad desde el techo del tercer piso y se escapó en la oscuridad; el otro se rompió la pierna al caer. Esperamos que amaneciera para entregarlo a sus padres. Esa noche todo el barrio se dio cuenta de lo que había sucedido en la misión, menos nuestro guardián, que dormía como angelito. Eso me ayudó a organizar mejor su trabajo.

También exorcista

La praxis y el haberme interesado en ese mundo oculto que forma parte del ser africano hicieron que fuera invitado a un curso de exorcismo en Bangui, para ayudar mejor al señor obispo.

Un caso muy especial fue el de una joven catequista, muy amiga de las Hijas de María Auxiliadora, quien cayó enferma y fue llevada a una curandería de un pueblo. Después de cierto tiempo, pidió a las Hermanas que la visitaban que quería confesarse, por lo que pidieron permiso a la curandera de llevarla a la catedral.



Junto a su mamá estaba un sacerdote muy anciano disponible para confesarla. Estaba confesándola cuando, al hacer la cruz de la absolución, la joven le mordió el dedo anular. Al ver esto, la mamá y las Hermanas, que estaban a cierta distancia, corrieron para separarlos, pero era tan difícil que cercenó el dedo del Padre, y ella perdió cuatro dientes. Inmediatamente comenzó a gritar: estoy en la oscuridad, estoy en la oscuridad.

Se desnudó totalmente; salió corriendo del templo; se arrastraba por el patio y la calle, dejando pedazos de piel sin permitir que nadie se le acercara. Otros Padres que estaban allí fueron por mí a la Comunidad. Eran las siete de la noche. Invité a los presentes a unírnos en oración. Luego salí del círculo de oración y, en el nombre poderoso de Jesús de Nazareth, me acerqué lentamente a la muchacha, la cual se fue calmando hasta que logré abrazarla, llevarla a una grada con más luz y hablar con ella.

El brujo goza de un status superior.

Permitió que se acercara su mamá y las hermanas religiosas, quienes la cubrieron con una manta. Inicé un diálogo de casi dos horas. Un anillo y un ‘completo’ –ropa interior- era su unión más grande a un novio senegalés, por haber sido regalados por él y de los cuales no quería despojarse. Después de mucho esfuerzo, aceptó que la mamá fuera a la casa por la ropa interior y que la quemáramos, pues pensábamos que estaba ‘trabajada’, o sea, usada en ritos de brujería; no así el anillo que llevaba en su dedo, pues fue imposible que se desprendiera de él

Al fin tuvimos que devolverla a la curandería donde la esperaba el novio. Al llegar, entró de nuevo en shock y convulsiones. Las hermanas, el otro sacerdote y yo que la acompañábamos no pudimos hacer nada. Solo vimos que la curandera mandó a su asistente por unas hierbas que la hicieron dormir. Nosotros regresamos a casa.

Al tercer día nos mandaron a decir que el novio había desaparecido y que ella había muerto. Solo Dios sabrá la realidad.

CAPÍTULO 18

MISIÓN ES PARTIR A DONDE MÁS TE NECESITAN

“Los pueblos aún no evangelizados fueron objeto especial de la solicitud y pasión apostólica de Don Bosco. En el trabajo misionero reconocemos un rasgo esencial de nuestra Congregación”. (Constituciones Salesianas 30)

Vacaciones en Managua

Mis vacaciones de dos meses cada cuatro años se acercaban. Aproveché la llegada de los voluntarios salesianos y amigos de Italia para pasar el verano ayudando en las actividades de tiempo libre. Salí el dieciocho de julio para volver el veintidós de septiembre.

Los últimos días traté de dejar todo lo más ordenado posible, porque no sé si regresaré para quedarme en Yaoundé, ya que Miguel Olaverri, que se encuentra reestructurando las comunidades salesianas de los países de la delegación, me ha dicho que, al querer internacionalizar las presencias, había encontrado problemas en Guinea Ecuatorial, porque no había otro hermano que hablara español. Me preguntó si estaba dispuesto a dejar Camerún para ir a Bata, segunda ciudad de Guinea Ecuatorial; que lo pensara y que, al regresar de vacaciones, se lo dijera. Esos días se me hicieron cortos para preparar tantas cosas y no dejar nada a medias. Pero el tiempo nadie lo detiene y quedaron varios asuntos a medias.

Llegó el día dieciocho y todo estaba listo. El vuelo Air Sabena saldría vía Bruselas, luego a New York, Miami y, por último, Managua. ¡Uf! Son veintidós horas de vuelo sin contar las que estaré en los aeropuertos. A las nueve de la noche estaba en Nsimalem. Como siempre, siento un poco de nostalgia al saber que dejaba esas tierras; pero también alegría por encontrarme con mis familiares y amigos que aún me permite encontrar el buen Dios.

En estos viajes siempre me pasa alguna aventura. Esa vez fue la carrera que pegué en el enorme aeropuerto de Bruselas. Tenía que cambiar de avión y de zona, para lo cual tomaría un bus interno, pero como entendí mal, comencé a caminar por todo el subterráneo del aeropuerto, a Dios gracias, solo con mi maleta de mano. Creo que pasé hasta debajo de las pistas, ya que corría porque el tiempo de mi vuelo estaba próximo y yo sin saber dónde iba a salir. Esperaba salir donde tenía que salir y me animaba que había algunas indicaciones, pero me desanimaba al no ver gente por esos lados.

Al fin, llegué cuando daban el primer aviso de chequearse. Sudaba como un condenado. Ahora me río y me sirve para alegrar mis momentos tristes. Siempre me ha tocado viajar solo. ¿Qué le vamos a hacer, si la soledad es compañera del misionero? Luego, el viaje se desarrolló con toda normalidad.

En Managua me espera un Hermano Salesiano, Don Fabito Arce, mi mamá, una hermana y sus niños. Fueron días felices con mi familia. Mi padre estaba totalmente restablecido del accidente. Visité las comunidades salesianas de Centro América dando charlas, ‘buenas noches’. Sentía que estaban conmigo. La comunidad de Managua, en su paseo anual por esos días, me invitó y fue bonito conocer Honduras turístico.

En vacaciones el tiempo pasa aún mas veloz, y ya casi tenía que regresar. Y venga con la misma pregunta de amigos, salesianos y familiares: ¿Por qué vuelves? ¿No miras tanto trabajo que hay en Centro América? Tus padres ya están viejos y ¿si no los vuelves a ver? Eran tantas preguntas que a veces me hacían dudar, pero creía que era el Señor, quien me había llamado a una vocación especial: la misionera. Simplemente quise responderle y ponerme en sus manos. Él cuidará de mi familia. ¿Quién lo puede hacer mejor que Él?

Como dice Don Bosco, ‘que esto sirva para suscitar vocaciones’. Vocaciones para Centro América. Yo seguiré feliz con mi negrada, entre los más pobres de los pobres, entre los que la sociedad ha hecho perder su dignidad, entre aquellos a quienes les están llevando lo poco que tienen y a quienes estoy ayudando a descubrir lo que son: hombres, cristianos, hermanos.

De regreso, con la melancolía de dejar a mis familiares y amigos, especialmente los de Panamá y Tegucigalpa, que siempre recordaré de forma especial, con la tensión que siempre producen estos viajes, pero con la alegría de seguir cumpliendo la voluntad de Dios.

Mis maletas, nuevamente llenas de ilusión, iniciaron conmigo este largo viaje de regreso. Quise pasar por Madrid unos días para conocer, al menos, al Inspector y los representantes, pues prácticamente Bata sigue dependiendo de Madrid. Llegué a Barajas y llamé por teléfono a la Procura de Misiones. Me dijeron que tomara un taxi. Así lo hice. Me presenté y saludé a los ‘visibles’. Me dieron una habitación y me indicaron la hora de Vísperas y también me invitaron a dar las “Buenas Noches Salesianas” a esa comunidad misionera de retaguardia. Sin ellos, los misioneros de vanguardia no haríamos mayor cosa.

En la cena conocí a los demás salesianos; allí permanecí cinco días. Cinco días de retiro espiritual, cinco días sin hablar con nadie, más que en las comidas, pues todos los Hermanos pasan muy ocupados; lo que hacía era irme de paseo. En el metro yo

parecía un ratón: llegaba a una estación, salía, daba una vuelta y de nuevo regresaba al subterráneo. Así mataba el tiempo, pues no conocía a nadie, ni tenía dónde ir.

Un día el Inspector iba a Salamanca y me invitó a acompañarlo. Parábamos a tomar algo por el camino. Al quinto día, cuando me despedía, el vicario tuvo la gentileza de llevarme al aeropuerto. Esta vivencia no me apartó del propósito de colaborar con Miguel en la organización de la futura Inspectoría e ir a trabajar a Bata.

Llegué a Yaoundé donde me esperaba Alcides y unos jóvenes de la Cité; allí pasé unos días tratando de dejar más ordenadamente las cosas.

El transformador aún no había sido cambiado y la instalación eléctrica del taller estaba terminada, lo mismo que la iluminación de los patios.

Me comunicaron una mala noticia: mi vecina, la muchacha enferma, había muerto. Que Dios le dé el descanso eterno. Pasé a saludar a su familia, que se mostró muy agradecida. Me dolía dejar todo, por el trabajo, por los jóvenes tan especiales, por las pequeñas comodidades que teníamos. Con gusto partiré a otra tierra desconocida, otra cultura, otra forma de ser, pero siempre en África. Empezar de nuevo, el misionero siempre va de camino. Un día me ofrecí a las misiones y no a un lugar determinado. “Aquí estoy, habla, Señor, que tu siervo escucha”.

Bata

El primero de octubre, a las ocho y media de la mañana, tomé el avión Douala-Bata. Íbamos completos: dos tripulantes y seis pasajeros, pues era un pequeño avión que rozaba las copas de los árboles, pero con una vista preciosa de las montañas vírgenes, su rica fauna y su bella flora. Me encomendé a Santa Teresita del Niño Jesús, porque nunca me había montado en un avión tan pequeño. A medio vuelo nos obsequiaron una Coca Cola en lata porque hacía un fuerte calor. Los cuarenta y cinco minutos los pasamos volando sobre un espeso manto verde bordado con gruesas madejas en verde brillante, con un ribete de hilo plateado, que da vida al espeso bosque y verde mar. De pronto, una franja negra en la espesura del bosque. Era el aeropuerto en tierra guineana, rodeada del gran Atlántico.

Al aterrizar, mis ojos vieron todo aquello con una fuerte y honda impresión al ver el abandono y pobreza que refleja mi nuevo asentamiento. En derredor, soldados pobremente vestidos y el desorden reinante. Pero, ahí estaba yo, esa era mi realidad, que tenía que asumir con alegría, esperanza y optimismo.

Nadie me esperaba, pues no había podido comunicarme desde Yaoundé. ¡Qué difícil! Mi primera impresión, al entrar en contacto con ellos, fue escuchar a estos hermanos negros guineanos hablar el idioma español, el castellano, con acento muy especial,

acento español. Cierro mis ojos y me siento en la madre España, algo que nunca imaginé. Se cayeron mis esquemas, pues en Hispanoamérica cada país tiene su acento propio. Yo tengo el mío: ¡Vaya pué!, ¡Idiay jodidó!, ¡Si pues, vos!

Terminé los trámites de entrada al país, busqué mis maletas, salí rápido después de pronunciar la palabra mágica ‘salesiano’ y dar algún regalito. En la calle me esperaba mi ángel de la guarda, una religiosa nativa, tan gorda como el avión que me trajo. Ella estaba en un taxi y esperaba una persona que no llegó. Le pregunté cómo ir donde los Salesianos. Entonces, me llevó en el mismo taxi. Deduje que, así como era de gorda, así habría de ser su corazón generoso. Más aún, así sería el de todo guineano. Las primeras impresiones siempre impactan.

El taxi tomó la calle costera directo hasta llegar a la casa salesiana, que dista cincuenta metros de la playa. Eran las once de la mañana y la gente salía de misa. Encontré a Ángel, que había presidido la Eucaristía y a quien yo tenía que reemplazar, al cual fui presentado. Saludé a los que estaban con él e inmediatamente me invitaron a ir a la playa, pues Ángel acostumbraba ir con ellos los domingos. En casa no había nadie, pues habían salido a los poblados para el trabajo pastoral. Así fue como inicié mi estadía en Bata, con un buen chapuzón, con nuevos amigos y amigas que carecen de tabúes. Regresamos de la playa para comer. Por fin pude saludar a toda la comunidad salesiana. Por la tarde llegó de España Pablo, el otro salesiano nuevo. La comunidad religiosa estaba completa. Por la noche hicimos la programación: se me asignó la jefatura de los estudios, el centro juvenil y el taller de producción.

Se trataba de una obra muy compleja, pues tenía de todo. Los salesianos éramos muy apreciados, pero mal vistos por ser españoles. Trataré de ser catalizador, pues no soy ni blanco ni negro ni español.

Poco a poco entré en mis actividades correspondientes. La jefatura de estudios y la animación del centro juvenil no me inquietaban, pero sí la producción del taller. Por ser la primera vez que estaba al frente de él, tenía que pensar en reparación de máquinas, stock de madera, equipo eléctrico, seguimiento de trabajadores, control de calidad, distribución de trabajo, pedido de material, recepción de pedidos, proformas, etc. Si era carpintero chapucero, aquí me especialicé, por lo menos, en tragar serrín, pues era el taller más grande de la ciudad.

Los domingos tenía bajo mi cuidado pastoral cuatro poblados. En Bata los salesianos estábamos desde hacía quince años, aunque en Malabo, la capital, eran casi veintidós. El problema era la política partidista. Los salesianos lo habían vivido en carne propia con cárceles, vejaciones, castigos, expulsiones. Pero la Iglesia sigue.

Las actividades ya habían comenzado, y tenía que meterme más de prisa, especialmente con los talleres y con los alumnos, que eran el quehacer diario. Comencé a tomar contacto haciendo una reunión, con los trabajadores para oírlos y presentarme. Con los alumnos fue mucho más fácil. Bastó la presentación en los buenos días, y el viernes una pequeña reunión con los profesores. No hay dificultades mayores, ‘todo sobre rieles’. Por la tarde veo que el ‘jugatorio’ marcha con tal que se les dé un balón. No están acostumbrados a reuniones, charlas o actividades en bien del Centro.

El domingo fui con el Padre Anselmo, un santo varón, a los poblados para conocer a la gente, su ubicación. En Guinea Ecuatorial el 93% es católico. El poblado que tendré más alejado está a 16 kms. Se llama Miñoman. Es gente muy pobre y la mayoría de casas en nipa (palma). El Padre Anselmo se ha preocupado por construir capillas de cemento, con piso y techo.



Pasando el majestuoso río Níger

Decidí visitar dos poblados cada domingo y me hacía acompañar por algunos jóvenes para catequesis, cantos o lecturas. Eso ayudó a algunos a aclarar su vocación salesiana. Las calles en su mayoría no tienen asfalto y las asfaltadas tienen más baches que partes buenas. Era invierno y las lluvias, torrenciales. La energía eléctrica era intermitente.

Miguelo, un español aventurero dueño de un aserradero, nos vende la madera. Eso me dio la oportunidad de conocer a otro tipo de español igual que Manolo, quien nos repara las máquinas o las averías de electricidad o al negrero de Ramos o al raro de Jesús, personas influyentes. En fin, todos grandes comerciantes y mafiosos, ‘sui generis’.

Conocí a las abnegadas Hermanas Religiosas de la Caridad de Mikomeseng, y las de Ráfols que son verdaderamente entregadas. También conocí a otras que, siendo religiosas, no supe lo que hacían. Guinea es un pequeño Vaticano con mil y una congregación. Sobre todo, descubrí un grupo de muchachos(as) fantásticos: ‘los catequistas’, que son los que llevan adelante la catequesis presacramental de niños y niñas. Octubre fue un mes de descubrimientos. Gente tan parecida, y al mismo tiempo tan diferente; con cultura tan propia; con idiosincrasia tan especial; pero todos con el mismo denominador: seres humanos hechos a imagen de Dios.

Cada día que paso en África comprendo menos. Simplemente confío y pongo en manos de Jesús y María esta nueva oportunidad de servir.

En Suiza

El misionero no busca su comodidad, sino lo más barato. Una vez regresaba al África, de Miami a Gabón con escala en Zurich, Suiza. Después de diez horas de vuelo, llegué cansado a Zúrich, como a las once y media de la noche, sin visa y con poco dinero. Mi vuelo en Swissair saldría hasta las ocho y quince de la mañana.

Di varias vueltas por el aeropuerto buscando algo barato que comer, que no encontré. Pero algo tuve que comprar con todo el dolor de mi alma. Con mis dos maletas, mi mochila 'atuto' (espalda) y otras dos bolsas seguí dando vueltas para matar el tiempo. Observé que mucha gente, familias enteras, dormían en los asientos o alfombras de las salas de espera. Con hambre, cansado y con sueño, también yo busqué mi rincón para pasar con un ojo abierto y el otro cerrado la parte de noche que aún faltaba.

Eran las seis y diez de la mañana cuando me desperté bien asustado. Busqué cómo lavarme, asearme un poco y presentarme bonito. Me presenté a las siete y media al mostrador, en un ambiente hostil de personas inconformes y me informaron que mi billete no era válido, pues la compañía ya no existía puesto que a las siete de la mañana se había declarado en quiebra; que tenían la orden de entregar a los pasajeros solo una tarjeta telefónica de cinco dólares. Fue tanta la presión de los pasajeros, que logramos, como a las tres de la tarde, que nos trasladaran a París, en un avión de Iberia.

La Providencia, de la mano de la gran Familia Salesiana, vino en mi ayuda. Había llamado a la Procura en París y me había identificado. Ellos me dijeron que esperara unos quince minutos. Al rato oí mi nombre en los altavoces diciendo que me presentara a algún mostrador de Air France.

Definitivamente, la Providencia había pagado mi pasaje, y nada menos que en Business Class, hasta Libreville, a las nueve de la noche.

Dios nos prueba para ver si de veras creemos en Él. Sí nos ama, y hasta más de la cuenta. Nunca imaginé viajar en Business Class. Soy hijo de un Padre millonario que a veces nos da ciertos gustitos.

CAPÍTULO 19

MISIÓN ES DAR A CONOCER EL SISTEMA SALESIANO

“Guiados por María que fue su Maestra, Don Bosco vivió en el trato con los jóvenes del primer Oratorio, una experiencia espiritual y educativa que llamó Sistema preventivo” (Const. Sal. 20)

Otra parroquia

En nuestra capilla se realizaban todas las actividades propias de una parroquia; asistían muchas personas que, poco a poco, iban conformando un grupo homogéneo y estable. Éramos siete salesianos y tres prenovicios. Las vocaciones eran florecientes; aunque había muy pocos animadores formados, había muchos jóvenes de buena voluntad.

Con el mes de noviembre comencé a meterme más de lleno en las actividades, teniendo muy en cuenta el informe que, sobre el Centro Juvenil, me habían entregado y siguiendo las líneas de la comunidad salesiana sobre la necesidad de purificar un poco el ambiente, organizar el espacio lúdico y promover y potenciar las actividades de grupos juveniles. Esto era necesario para tener control sobre los asistentes y hacer del Centro un lugar de sano esparcimiento, y no como estaba sucediendo. Por tanto, los balones se darían sólo con carné.

Lo mismo sucederá para la sala de juegos. La medida es dura, pero la comunidad de salesianos aprovechó mi ‘novatada’, como se decía allí, para poder controlar lo que es nuestro, pues, las exigencias de parte de ciertos jóvenes eran cada vez más imperativas. Lamentablemente la mentalidad de los jóvenes en su mayoría era: ‘Si son blancos, tienen dinero y tienen que darnos’.



Nuestra señora de África

Pasé en el despacho desde las cuatro de la tarde hasta las siete de la noche haciendo carnets y, sobre todo, tomando conciencia de la situación, sobre todo la de los mayorcitos, que eran los que aplicaban la ley del más fuerte. Tuve problemas con ellos, porque la razón es lo que menos usan y tienen la manía de recibirlo todo, sin pedirles nada a cambio, ni siquiera el cuidado de las cosas que usan. Puse como límite el treinta y uno de diciembre para hacer carnet.

Lentamente fueron bajando los ánimos y comprendiendo, a excepción de un grupito que hacía y deshacía; ofendían,

golpeaban y buscaban cualquier oportunidad para llevarse algo a casa. En años anteriores, habían destruido todo el sistema de sonido y golpeado a un salesiano en una actividad deportivo musical. Esto es comprensible, pues son el fruto de un sistema político represivo. Recordé a un salesiano que me dijo: “Si Don Bosco hubiera conocido a éstos, nunca hubiera hablado del Sistema Preventivo”. Yo sé por qué lo decía.

De los estudiantes, los administrativos son los más aplicados y responsables; los de carpintería no tienen, en su mayoría, interés por nada ni por nadie; ni en la teoría, ni en la práctica.

Hice el primer pedido de madera para el taller. Para ello, debí consultar los antiguos pedidos o libros de tecnología y así saber cómo se hace un pedido, las medidas, la cantidad y el tipo de madera, teniendo en cuenta los trabajos a realizar.

Al llegar al aserradero, encontré a Miguelo, que nos trataba bien y nos reservaba las mejores trozas y lo que más convenía en medida y calidad. Nos pusimos de acuerdo en el primer pedido consistente en dieciocho metros cúbicos de Mbero, catorce metros cúbicos de Abang, diecisiete metros cúbicos de Aloma. Eran casi cuatro millones de Franc C.F.A, moneda del África Central. Por ser mi primera experiencia, me puso un poco “tataretá” (nervioso) por si salía mal.

En el mercado negro, se encuentra de todo y más barato, pero hay que ir de puntillas, porque pueden meter ‘gato por liebre’. Me adentré en ese mundo en busca de gasoil. Hay diésel chino, español, francés, americano, según la empresa de donde proviene. Compré los primeros doscientos litros, esperando que no se estropeará el motor, que es el corazón del taller.

Correrías apostólicas

El primer domingo de noviembre visité los dos primeros poblados: Dama y Makoga. Dama está ubicada a dieciséis kilómetros de Bata. Una capilla semiterminada, con unos doscientos cincuenta habitantes; unos ciento setenta, contando a mujeres y niñas que son legión. Me reuní con los dos catequistas y el consejo de la capilla. Títulos y cargos eran muy apreciados, aunque la responsabilidad era poca. Me explicaron sus ideas, proyectos, problemas, religiosidad y lo que podían hacer de pastoral, para ir sólo a celebrar la misa. Para eso llegarán dos jóvenes junto con el catequista para reunir a los niños, que preparan la liturgia, y los cantos. Ese coro tenía bonitos cantos en lengua Fang, pero no tenían xilófono, que era muy necesario.

Terminada la misa, fuimos al otro poblado, Makoga, a unos catorce kilómetros de Bata, con una capilla muy grande construida por los antiguos misioneros. Estaba un poco deteriorada. Por primera vez me atacaron los dichosos mosquitos jejenes, esas

‘bestias feroces’, en manada e imparables, porque casi son invisibles. No se sienten ni cuando se paran, ni cuando pican, ni cuando se van, sino que te empieza a picar sólo cuando se han ido y te han dejado la gota de sangre y la roncha negra que queda de recuerdo en tu piel.

Hice la misma reunión con los representantes de la Iglesia. Llegó también el jefe del poblado para ‘recordarme’ que predicara mi religión y que no me metiera en política por el bien del pueblo que está muy ‘unido’. Después supe que era también el jefe del partido del Presidente en toda la zona y que todos le tenían miedo porque, además del poder que tiene, es uno de los brujos que consultaba la familia del presidente. Terminamos la reunión, me puse a confesar y luego celebramos la Eucaristía.

Regresando a casa, fui a darme un chapuzón a la playa que, para esa hora del domingo, estaba llena de niños y jóvenes, quienes, poco a poco me van conociendo y entrando en mucha confianza hasta el punto de frenar a algunas chicas que dan rienda suelta a sus instintos. Hummm, y si me descuido.

El Adviento comenzó y en los poblados los catequistas se encargaron de cumplir perfectamente con los sacramentales exigidos y aprendidos en tiempo de la colonia. Había visitado los otros dos poblados: Miñoman y Alep. El primero es un pueblo sumergido en el bosque, con un camino de acceso en donde sólo se puede ir en tiempo de verano. Había una capilla semi construida, para unas ciento cincuenta personas, igual que los otros poblados, sin luz eléctrica ni agua, pero con gente de gran corazón.

El pueblo de Alep era el más cercano a Bata y tenía una capilla esmeradamente construida por el Padre Anselmo. Allí terminé las actividades del domingo y pude ver mucho entusiasmo en la liturgia, en los cantos, en las danzas y en las confesiones. Cuando el sacerdote no podía ir, el catequista lo sustituía y hacía más de la cuenta.

El primer trimestre terminaría a mediados de diciembre, por lo que debía de meterme de lleno en los boletines de calificaciones, actas y exámenes. Se entregaron los boletines el día 18 y los jóvenes estudiantes se fueron de vacaciones hasta el siete de enero. Se hizo la reunión de evaluación y... ¡Adiós! Perdón. Aquí se dice “adiós” sólo a los muertos o a quien se le desea la muerte. Hasta pronto.

Los primeros días de diciembre fueron para apresurar algunos trabajos en el taller. La madera del pedido estaba lista y me tocaba buscar camión, que era uno de los grandes problemas, pues escaseaban. Pedían el precio que se les ocurría.

Debía sacar la madera del aserradero antes del dieciocho de diciembre, pues Miguelo se iba de vacaciones y cerraba todo, sin responsabilizarse de la madera que podía quedar allí. Fueron tres días de cargar y descargar, ordenar y clasificar entre los trabajadores

y estajistas. Tenía resentida la rabadilla y las manos con varias astillas metidas; era parte del aprendizaje. Después de limpiar bien el taller y las máquinas, los trabajadores recibieron su salario y el aguinaldo y se fueron el día veinticuatro, a las doce del medio día, para regresar el siete de enero. Qué felicidad

El ocho de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, traté de hacer más vivo el Oratorio, más festivo salesianamente, con misa, novena, premios y juegos salesianos, dejando a un lado los grandes campeonatos de masa, los grandes premios. Eso me trajo ciertas consecuencias e incomprensiones con los mayores. Lástima, pero la reestructuración es una nueva visión e imagen y está en marcha.

La fiesta de Navidad, además de la alegría normal que conlleva, se desborda en ese lugar, llegando al relajamiento y descontrol de todo y en todo sentido. Parece un carnaval.

En la Comunidad Salesiana cenamos a las ocho de la noche y el administrador se lució con una suculenta cena a la española, con mariscos frescos. Luego, pasamos un rato juntos. Había adornos, luces, pólvora, vino y regalos para cada uno.

Terminada la cena, salieron a los distintos poblados a celebrar la navidad, y el salesiano de aquí, que era yo, se adelantó también a preparar los últimos retoques de la celebración. La iglesia estaba totalmente llena, y los niños completamente irreconocibles, bañados, bien vestidos. Algo que me ha llamado poderosamente la atención era que los niños varones tenían en sus brazos muñecas como regalo de Navidad. Mi mentalidad machista me decía que el Niño Dios sólo a las niñas les podía traer muñecas.

En la Iglesia se respiraba alegría. No pude apreciar los adornos ni los cantos especiales preparados para la ocasión porque, llegando a Alep, no pude contener un fuerte dolor de estómago que me hacía retorcer y acabé con una gran diarrea. Así que entré a una casa, me indicaron la letrina y todo lo demás. Para rematar, un alacrán andaba por allí y las gallinas se asustaron no sé si por mis “ruidos” o por el alacrán. Después de eso, decidí regresar a Bata, dejando al catequista la celebración. Fue otra forma de celebrar la Navidad.

La música y los petardos se oyeron hasta muy avanzada la noche. El veinticinco por la mañana fui a los poblados. Por la tarde se respiraba una gran tranquilidad. Aunque nuestro Centro está siempre abierto, esa tarde creo que todos dormían o salieron a visitar sus familias.

Para la noche vieja, la fiesta y el jolgorio se extendió por toda la ciudad. La 33, la cerveza popular, y Don Simón, vino popular, bailaron hasta caerse. A las seis de la mañana, hombres, mujeres, niños, ancianos y jóvenes van a la playa para ‘lavarse la

mala suerte del año que termina’, regresando a sus hogares purificados. Se trata de una tradición; creerán o no creerán, eso no lo sé, pero muchos lo hacen convencidos.

Es así como el año 1996 se asoma como saliendo del mar entre agua, sal y arena, con su primer día de descanso y pidiendo por la paz a la Madre de Dios.

La montaña sagrada

Me tocó vivir entre algunas tribus que poseen ‘la montaña sagrada’, que es un lugar especial y sagrado, usado una vez al año. Allí nadie puede poner un pie el resto del año. Lo sagrado, lo secreto, lo místico, el tabú es parte especial del ser africano, y la montaña sagrada es el lugar donde se da la lucha entre los espíritus. Así crecen la hierba y las plantas, las fuentes de agua se conservan, hay leña, comida y animales, todo sabiamente equilibrado.

La montaña sagrada de los hombres y la montaña sagrada de las mujeres, es el lugar en que los adolescentes, a los doce años, y las adolescentes que ese año han tenido su primera menstruación son llevados a pasar un mes a esas montañas, guiadas, formadas y corregidas por unas ancianas que les enseñan los secretos de la vida de su tribu, sus responsabilidades en la sociedad como mujeres, madres, defensoras de la vida y la naturaleza.

Con los varones es igual. Un mes sin bajar a sus casas, comiendo y aseándose con lo que se encuentre en la circunscripción de su respectiva montaña santa. Vida espartana para prepararse a la vida que asumirán, pues esta experiencia los hace ‘mayores de edad’ y miembros activos de su tribu, tomados en cuenta, en edad para contraer matrimonio. Concluye la experiencia con la ablación en las niñas, que consiste en cortar el clítoris. Esto lo realizan las mismas ancianas con instrumentos rudimentarios. Se usan ciertas hojas y hierbas como anestesia y la ceniza como cicatrizante, afrontando a veces serias consecuencias.

Para los varones esto termina con la circuncisión, en las mismas condiciones y realizada por los ancianos. Los que pasan la prueba salen felices y contentos, danzando por todo el pueblo para ser reconocidos como miembros de la tribu y dispuestos a asumir responsabilidades. Es la fiesta de la mayoría de edad.

CAPÍTULO 20

MISIÓN ES CERO RUTINA

“En la Parroquias y Residencias Misioneras contribuimos a la difusión del Evangelio y a la promoción del pueblo”. (Constituciones Salesianas 42)

Pequeño Vaticano

El año 1996 emergió del océano como un gran monstruo de doce tentáculos, cincuenta y dos (cuarenta y cuatro) ventosas y trescientos sesentas esporas, dispuesto a invadir nuestra vida. Reinicié los trabajos del taller, por lo que aproveché el cuatro, cinco y seis de enero para ir con Pablo a visitar y conocer la obra salesiana y a los hermanos salesianos de Malabo, capital de la República. Creo que es la más simple, pobre y pequeña de las que he tenido la oportunidad de conocer. Con muchos militares y puestos de control, con poca playa, aunque está rodeada de mar, y mucha basura.

Los salesianos trabajan en una parroquia y son responsables del seminario de Banapá, poblado capitalino. El seis por la mañana, estábamos de regreso para preparar la entrada de los alumnos. Éstos van llegando poco a poco, hasta completarse a finales del mes.

La catequesis había iniciado sus actividades. Pelayo y la Hna. Tomasa se encargaron de la primera comunión; yo, de la confirmación. Allí las cosas se hacían más dulcemente que en otros países. Se dice que, “si África es la escuela de la paciencia, Guinea es la universidad”.

En febrero y marzo las actividades han seguido con normalidad. Una que otra máquina se descomponía y había que buscar quién la reparara ‘inmediatamente’, lo que significa quince a veinte días sin funcionar.

Los obreros me llamaron a una reunión para pedir aumento de salario. Lo presenté a los hermanos salesianos de la comunidad, la cual decidió reorganizar el salario, hacer nuevos contratos, pagarles la antigüedad cada año, pagar el seguro en la oficina correspondiente como exige el Ministerio y no a ellos como se venía haciendo. Se pagará a cada uno según su clasificación. Salen contentos de la reunión, excepto en lo del seguro, y los préstamos que se acabaron. A menos que se trate de un caso muy especial.

Un día, Ángel, profesor del taller de carpintería, tuvo un accidente con la Tupi, máquina multiuso. Ese fue mi primer susto de este género, pero, gracias a Dios, sólo perdió parte de un dedo y la uña de otro.

Nos hicimos cargo de todo. Me di cuenta que lo del seguro es puro negocio, porque no prestan ningún servicio más que el de caja para cobrar el porcentaje sobre el salario del trabajador. Pero, si no queremos problemas, tenemos que seguir cotizando.

Abril fue grave para los talleres. El motor generador de energía tuvo una avería seria, la luz de la compañía venía unas tres horas al día y no se sabía la hora; hubo que trabajar de noche. Mientras, se arregló la madera y se limpiaron los alrededores del taller para matar el tiempo en algo productivo.

Con todo eso, la entrega de trabajos se realizaba en más tiempo del previsto, y esto me traía altercados con algunos clientes. Las monjas, por cierto, eran las menos comprensivas. En mi vida jamás había visto monjas tan intransigentes, neocolonizadoras y negreras como algunas ‘misioneras’ en Guinea.



Música y danza en el alma africana

Con ciertos alumnos tuve que solucionar asuntos de robo. Al hablar personalmente con los interesados ví su pobreza afectiva, moral, intelectual, volitiva, económica. ¿Qué hacer? Don Bosco los había escogido y me llamó para ellos, y me tiene aquí. Entonces, no me quedaba más que llamarles la atención, ponerles algunas metas y ¡adelante!, para ver cómo disculparlos luego con los profesores.

Los exámenes y boletines estaban listos y los jóvenes salieron de vacaciones de Pascua.

Celebración a lo grande en lo pequeño

La Semana Santa en los poblados fue muy participada, pues los catequistas y los fieles tienen una gran sensibilidad para estas celebraciones. Tuvimos una celebración penitencial y confesiones extraordinarias el lunes, encuentro con jóvenes el martes, y con los adultos el miércoles. Sobre todo, para hacerles llevar a la vida lo que se expresa exteriormente; para hacer con ellos una religión de compromiso y no de evasión. Esos momentos me hicieron sentir plenamente realizado, feliz y con muchos deseos de responder positivamente a la llamada misionera que el Señor me había hecho.

Habíamos celebrado la Pascua material, espiritual y alegremente. “Te doy gracias, Señor, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”.

Aleluya, Cristo resucitó

En mayo llegó la fiesta de María Auxiliadora y la preparación inmediata a las primeras comuniones y confirmaciones, que era algo nuevo para mí. Tuve que meter el hombro, aunque la Asociación de María Auxiliadora (ADMA) y los catequistas ya saben qué hacer. Me correspondía las reuniones con los papás, poner fechas, preparar listas y documentos de los jóvenes.

Las primeras comuniones, en la fiesta de María Auxiliadora, fueron algo extraordinario: vestidos, velas, fotos y todo lo necesario y estrambótico para hacerse ver. Espero que los niños lo hayan vivido de corazón. La fiesta familiar, por más pobres que fueran, es un acontecimiento muy importante y espero que no apague la verdadera fiesta y comida espiritual.

Las confirmaciones en la catedral fueron un verdadero problema. Tuve dificultad para recoger los documentos, pues éstos aun no están bien fijados en la cabeza de la gente. Traté de seguir las indicaciones para un mejor desarrollo de la celebración, que duró tres horas y media, con mucho calor. El sonido no funcionó y, a la hora de la confirma, se ponía en la fila quien quería.

Verdaderamente aquí está presente el Espíritu Santo, porque si no, estos jóvenes en edad de compromiso, ya hubieran perdido su poca fe. Entonces comprendí lo que me decían años atrás: hay quienes se confirman todos los años.

A mi mente vienen muchas cosas. ¿Qué hacer? La fiesta de Pentecostés, el nacimiento de la Iglesia, dejar que el Espíritu actúe en los cristianos y nos ayude a tomar conciencia de nuestra responsabilidad, desde nuestro Obispo hasta el último confirmado, pasando por curas y monjas, que tanto lo necesitamos.

Una serpiente en misa

Los poblados son los mejores lugares para conocer la realidad y hacerse uno de ellos, pero también lugares para tener la mejor experiencia, los mejores recuerdos y los que no se pueden olvidar jamás.

Estaba celebrando la Eucaristía en la fiesta patronal, en una iglesia baja, de cemento, madera y techo de paja. En el momento de la consagración, noté que la gente se ponía nerviosa, y se volvían a ver entre sí. Las niñas se quedaban calladitas. Terminada la consagración, miré hacia arriba. Detrás de mí, entre la madera y la paja, vi, a un metro de distancia, parte de una culebra de unos diez o doce centímetros de grueso, que estaba ‘oyendo misa’.

Hice señas a unos señores para que la mataran y, mientras tanto, me puse delante del altar con el cáliz y las formas entre la casulla, mientras pasaba la pequeña distracción.

Luego, continué con la misa hasta el final.

Algo fundamental y que no puede faltar es que, después de la misa, se va a la mesa para el almuerzo. Después de haberme servido un poco de cada uno de esos exóticos y deliciosos platos, me llevan dos platillos: uno con carne a la brasa y otro con carne en una rica salsa de maní. Al preguntar qué era, me dijeron que era la culebra de la iglesia.

La misma había alcanzado para todos los ancianos y notables que estábamos en la mesa de honor en la fiesta patronal, cuando la bendición de Dios cayó, en forma de carne de serpiente, como las codornices en el desierto. Todavía conservo su cuero como preciado trofeo.

CAPÍTULO 21

MISIÓN ES PISAR LOS CONTINENTES

“Miren que les he dado autoridad para pisotear serpientes y escorpiones y poder sobre todas fuerza enemiga; no habrá arma que les haga daño a ustedes. Sin embargo, alégrese no porque los demonios se someten a ustedes, sino más bien porque sus nombres están escritos en los cielos”. (Lc. 10, 19-20)

Viaje interminable

Del veintidós de junio al veintiséis de julio tuve que ausentarme de Bata por urgencias, pues me habían comunicado que mi mamá sería intervenida quirúrgicamente de emergencia; que, si era posible, partiera a Nicaragua, pues no se sabían los resultados.

Gracias a Dios, la comunidad salesiana me apoyó desde el primer momento. Reunimos todos los requisitos para salir hacia Douala, donde el procurador, un espiritano belga, hizo todo lo posible y usó sus influencias para conseguirme un pasaje. En menos de cuatro horas, estaba montado en el avión para hacer el recorrido Douala- Bruselas-Atlanta-Miami-Managua.

Tenía que pasar la noche en Atlanta, donde nunca había estado, ni conocía a nadie y donde no hay salesianos. Llegué al aeropuerto muy cansado, con fiebre y dolor de cabeza (paludismo). Tomé un taxi para que me llevara a un hotel no tan caro. Su conductor era un negro que no hablaba más que inglés. Yo le hablé en mi pobre inglés y no sé si nos entendimos, pero me llevó a un hotel que, hasta miedo me dio bajar del taxi por el ambiente que se percibía. Entonces me llevó a otro y allí sí me instalé. Dejé mi maleta y salí a comer a un restaurante Kentucky. Al regresar al hotel, ya no aguantaba de lo mal que me encontraba. Tomé dos aspirinas y me acosté, no a dormir, porque no podía conciliar el sueño.

Pasé la noche en vela con una crisis de paludismo. A las nueve de la mañana salí hacia el aeropuerto de Atlanta y luego a Miami y Managua. Fue un viaje interminable. Recuerdo que le pedí a la aeromoza que me diera medicina y me ofreció dos tylenol, al menos para calmar el dolor de cabeza. No quise avisar en el aeropuerto sobre mi estado de salud, pues esos gringos eran capaces de dejarme en cuarentena.

Al fin llegué a Managua donde me esperaban un salesiano y mi hermana. Me comunicaron que a mi mamá ya la habían operado y que tenía dos días de estar en casa en recuperación.

Al llegar la saludé, pero no me mantenía en pie y me acosté. En lugar de darle ánimo, fue ella quien me lo dio. Ah, las madres, que no las apreciamos en vida, sino hasta que nos faltan.

Al día siguiente, me hicieron exámenes de sangre y ahí estaba el premio. Se confirmó que lo mío era paludismo, tal como lo había pensado, pero no del simple anófeles, sino de vivax, más complicado. Dejé mi casa y me fui a la comunidad salesiana, donde tenía más posibilidades de transporte y atenciones por si era necesario. El SNEM (Servicio Nacional de Erradicación de la Malaria) fumigó la casa, los jardines e hizo tomar las pastillas preventivas a toda mi familia y a los salesianos de la casa en que me hospedé. De esa forma, compartieron conmigo mis padecimientos por la extensión del Reino de Dios.

Cuando estuve restablecido, los del SNEM me hicieron ver las estrictas precauciones que habían tenido conmigo, y no había sido por mi cara bonita, sino porque era el tercer caso registrado en el país. Los otros dos habían muerto, y tenían miedo de que fuera un brote o se propagara, pero les expliqué que no se preocuparan, pues el mío era importado nada menos que de África.

Volví a casa para estar, al menos, unos días con mi familia. Mi mamá estaba aún en recuperación y buscaba la forma de estar en la cocina y hacerme algo de lo que no comía en África. Igualmente mi papá me visitaba y me llevaba algo de comida.

Muchas veces no apreciamos lo que valen nuestros papás y cuánto nos quieren, hasta que los perdemos. Yo, al menos, traté de demostrarles que los amaba en vida, quizás porque he vivido muchos años lejos físicamente de ellos por entregarme a la causa del Evangelio.

El veinticuatro dejé a mi madre completamente restablecida y regresé nuevamente al África a continuar la misión. Agosto, aunque era tiempo de vacaciones, se trabajaba más porque había miles de cositas que retomar, y que no se podían realizar durante el año. El taller estaba cerrado, pero era necesario hacer limpieza, dar mantenimiento a las máquinas, por lo que tenía que estar de ayudante, junto al técnico. El patio estaba siempre repleto de gente nueva, pues allí la movilidad estudiantil era grande.

“Unos van y otros vienen,
Pasan por la playa y no se detienen,
Son como las nubes,
Hoy hay muchas y mañana ninguna.”

En la comunidad salesiana hicimos la evaluación y la planificación de este nuevo curso. Dejé la jefatura de estudios porque la tomó un joven tirocinante. Yo tendría sólo algunas clases; los martes daría los ‘Buenos Días’ a los alumnos. Por otra parte, tendría la producción del taller, atendería el Oratorio aún frenado y la pastoral de los poblados. ‘Nada pedir, nada rehusar’.

La entrada del año escolar fue un caos. La mayoría de jóvenes no había vuelto por haber sido enviados a otros poblados a realizar propaganda del partido, pues en octubre vienen las elecciones y los colegios estaban prácticamente cerrados a causa de la política.

A nosotros se nos había exigido ir a terminar dieciocho escuelas que el gobierno quería inaugurar. Había que poner todo lo que era carpintería. Esas escuelas estaban situadas en pueblos perdidos en todo el territorio. Además, las lluvias complicaban el camino. El material estaba listo desde hacía mucho tiempo, pero, como nos debían dinero, paré el trabajo hasta que se aclarara la situación. Las elecciones eran un buen momento para recuperarlo.

Agosto y septiembre fueron meses de idas y venidas bajo unas lluvias torrenciales. Un camión se había ido cargado con puertas, ventanas, marcos. A los cuatro días yo salía en una camioneta con material, motor, herramientas, gasolina, colchones. Fueron seis días de trabajo intenso para los cinco carpinteros que llevaba, durmiendo y comiendo en el mismo salón de clases en construcción, con mosquitos, ruidos, y gotas de agua que volvían interminables las noches.

Ellos ganaban hasta el triple de su salario normal y yo ganaba aún más, pues tenía la oportunidad de conocer el verdadero rostro y forma de ser de los habitantes de los pueblos. Su vida diurna y nocturna, sus creencias, fetiches, forma de cazar. Y, sobre todo, me daba la oportunidad de promover por la noche un poco la vida cristiana. Había sido un gran negocio, aunque hubo que invertir algo.



Pasando el Ecuador en la República de Gabón

Regresábamos, cargábamos material, descansábamos y volvíamos a otro poblado. Había unas escuelas situadas en unos lugares con apenas seis familias. Escuelas que nunca serían ocupadas ni donde jamás llegaría un maestro. Lo importante era hacerla en los contornos de los jefes principales y justificar ante el BID al menos treinta y seis de las cien que ya habían sido pagadas.

“El pago de las otras sesenta y cuatro se ahogó en el mar”, como dicen allá. Fueron meses de mucho control. A veces teníamos que pasar doce retenes, pero teníamos una fórmula mágica: “Es material para las escuelas que el señor Presidente va a inaugurar”; y todo se solucionaba.

Fueron meses duros, pero me agradaron mucho. Además, económicamente no estaba del todo mal para la comunidad. Así pasó mi vida de misionero carpintero. “De mil maneras demostramos ser auténticos ministros de Dios: las persecuciones, las privaciones, las angustias, los azotes, las tentaciones, las fatigas, las noches sin dormir, los días sin comer.” (2ª Cor. 6, 4-5)

Octubre fue un mes ‘tranquilo’, pero todo el mundo estaba con miedo. La gente salía temprano y se iba directo a casita. Nadie en las playas, prohibido desplazarse a otros lugares, ni ir a los poblados. Los blancos (extranjeros) tenían que estar en sus casas. Había muchos prisioneros, entre ellos algunos religiosos y diocesanos nativos, especialmente de la tribu Bubi, tribu contraria a la de quien ‘debería’ ganar; fueron encarcelados y golpeados. Pasaron las elecciones y ganó quien tenía que ganar y jamás perder. La vida seguía como si no hubiera sucedido absolutamente nada.

Cuando se daban manifestaciones o actos públicos, cerrábamos los talleres para evitarnos malos entendidos o ser tomados como opositores.

La feria

En noviembre y diciembre todo se fue restableciendo lentamente, llegando la normalidad y la calma. Los alumnos empezaron a volver. Nuestro motor generador de electricidad fallaba cada vez más, lo que nos obligó a pedir uno nuevo junto con dos máquinas que ofrecía una Organización No Gubernamental (ONG). La Providencia se vistió de todas las formas para asistirnos y seguir ayudando al desarrollo y evangelización de este pueblo.

La feria de ese año estaba puesta desde hacía meses. En diciembre, después de las actividades en los poblados, pasé con los catequistas ‘picando’ (comiendo) y bebiendo algo. Las fiestas de diciembre y fin de año eran algo que descubrí en su totalidad: pleno de luz y de música, de baile y de amistad. Eran miles los que pasaban en noches de alegría y algo más. Me gusta conocer con mis propios ojos y que no me cuenten cuentos, aunque esto me traía problemas de ‘congosas’ (chismes), porque ‘un pueblo, pequeño es un infierno grande’, dice el refrán. Mi conciencia estaba tranquila y que digan lo que digan, ya que el problema es de quien se lo cree.

Una muestra de amistad: te encuentras sentado a la mesa con algunos amigos y, si pasa alguien que te conoce, te saluda, va a la caja y sin decirte nada paga una ronda

de '33' para todos los de tu mesa y lo mismo tiene que hacer uno con los que conoce. Son costumbres lugareñas. ¿Qué puedo hacer yo?

Bon Anneé, una flor, y yo les correspondo con una sonrisa o una moneda como es la costumbre.

Ni en la vida ni en la muerte

De esta anécdota no fui testigo, pero nos la contó un salesiano, nieto de la difunta y, algunos familiares la confirmaron.

Retiraron el cuerpo de la morgue, colocado en su ataúd y puesto en un taxi-brusse que aprovecha para llevar cuatro miembros de la familia y algunos comestibles.

Desde la salida, tanto el chofer como los pasajeros, comenzaron a tomar una que otra botella en cada poblado. Recorridos unos ciento noventa kilómetros y llegados a la casa, se dan cuenta que el ataúd se había deslizado en alguna parte del camino, porque no estaba en el taxi; pero, ¿dónde?

Otro chofer tomó el taxi-brusse, mientras los demás dormían plácidamente, para regresar y buscar el féretro. Así, recorridos casi ochenta kilómetros, vio entre la maleza el cajón todavía bien sellado. Lo montaron y lo aseguraron bien.

Llegados a la casa, se realizaron todas las ceremonias, pues era una anciana, madre de una numerosa familia. Llegó el momento del entierro y no se percataron que la caja era más grande que la fosa.

Después de mucho debate, se buscó un serrucho y cortaron la parte del cajón que sobraba. Al serruchar, los pies de la difunta quedaron separados del cuerpo. Que descansen en paz.

CAPÍTULO 22

MISIÓN ES ENSEÑAR A ORAR

“Cuando oren a Dios, no imiten a los paganos con sus letanías interminables: Ellos creen que un bombardeo de palabras hará que se les oiga”. (Mt. 6, 7)

Conciencia de parroquia

Feliz año 1997. Se presentó tranquilo, normal, aunque aquí un día nunca es igual a otro, pues siempre hay alguna novedad o sorpresa grave o no tan grave, lo que hace que la rutina no exista.

Ese año mi Director es nuevo y nuestro Obispo nos ha nombrado como parroquia sin consultar ni avisar a nadie. Los Superiores de España, al enterarse, lo han nombrado Párroco, pero él me ha delegado para realizar el trabajo parroquial, lo que me llena de alegría ante la posibilidad de organizarla. Aunque mi nombre no aparezca oficialmente, me basta con que esté inscrito en el libro de la vida, con la esperanza de que a medio año llegue un hermano salesiano guineano para hacerse cargo del taller y poder dedicarme por entero a esta nueva creatura.

Mientras tanto, hicimos una pequeña reestructuración. Los domingos habrá dos misas: yo celebraré la de los niños a las diez y media de la mañana y la de las seis y quince para adultos. Sólo asistiré a dos poblados y asumiré la catequesis de las confirmaciones.

Me propuse unos seis meses de campaña para hacer tomar conciencia sobre qué es una parroquia, porque todos conocen la Misión (la catedral) como sola y única parroquia, pero no saben ni por qué la llaman así. En febrero, el Miércoles de Ceniza iniciamos la toma de conciencia en dos misas. Lo mismo sucedía cada viernes: recorríamos junto a Jesús el Vía Crucis, con el apoyo excelente de la Asociación de María Auxiliadora (ADMA).

Por ser la primera vez, éramos pocos. Esperaba más los viernes sucesivos. Los primeros domingos de cada mes había bautizos. Había visita a los enfermos los sábados por la mañana junto a las hermanas de los Sagrados Corazones. Todos los días, misa; unción de los enfermos y oración por los difuntos, cuando fuera necesario. También animaba los grupos ya existentes a unirse a estas actividades parroquiales.

Terminamos la cuaresma y organizamos la Primera Pascua Parroquial: jueves, viernes y sábado santo. Por las mañanas desarrollábamos el tema ‘Yo soy iglesia, tú eres iglesia’. Temas, debates y actividades ayudaban a comprender qué era una parroquia.

Por las tardes asistíamos a las celebraciones y hacíamos actos de solidaridad y ayuda a los más necesitados. El jueves fuimos todos a limpiar los predios del hospital que estaba un poco abandonado. Yo me encargué de hacer viaje tras viaje para tirar la basura.

El viernes nos distribuimos por sectores de la parroquia para visitar enfermos, llevarles algo de comida, medicinas y limpiarles la casa y sus alrededores. El sábado hicimos una pequeña fiesta según los sectores de proveniencia con juegos, comidas, concursos.

Esta experiencia gustó mucho a los parroquianos, quienes la aprovecharon para aprender algo nuevo. ‘Estoy feliz como una lombriz’ porque me siento instrumento en las manos de Dios.

Con Mayo llegó la fiesta de María Auxiliadora. Todo el mes se hicieron concursos con sendos premios para estimular a los que concursaban. ADMA se responsabilizó de esa actividad y la concluyó con una cena a todo dar. Yo estuve solamente como regulador y listo para lo que hiciera falta. La gente va madurando y va creciendo el amor a nuestra Madre.

Las confirmaciones se avecinaban. Hacíamos reuniones con los responsables de los distintos grupos de Bata. Escribí al obispo para invitarlo a hacerlas en nuestra Iglesia, lo que fue negado.

No pudimos poner orden en la celebración y al final hubo descontrol. Eran más de trescientos cincuenta personas, más los papás, padrinos, amigos, abuelos, hermanitos, más los clientes de cada año.

En el taller tenía trabajos atrasados, lo que me ponía nervioso con los clientes. Ellos tenían todas las razones justificables, pero la verdad es que estaban atrasados y no soy mago. Por lo menos, las clases terminaron y disminuyó la presión de algunas monjas menopáusicas. Me alegró la noticia de que el próximo mes vendría el hermano coadjutor salesiano que se encargaría del taller.

En los primeros días de junio, el hermano paludismo me atacó de nuevo. Esta vez, más benignamente y sólo tomé unos días de actividad reducida en las vacaciones. Bajar el ritmo de trabajo es lo que provocaba estas crisis, pero pronto me encontraba nuevamente en forma.

El veinticuatro de junio llegó el hermano salesiano Leoncio Montero, un annobonés (nacido en la isla de Annobon), que se responsabilizará del taller de producción. Dijo que, por el momento, yo le ayudara hasta inicios de 1998. La sugerencia era buena; así se irá introduciendo poco a poco en su nuevo oficio. Yo lo aprendí en Guinea, aunque

sabía más de papel que de madera, pues pasaba más en el despacho que en el taller. Compartiré la carga del taller, lo que me dará más alivio. Así pasamos julio, mes en el que llegó un contenedor con mucho material para la carpintería y, sobre todo, con un grupo electrógeno que me sacaría de apuro.

Se trata entonces de recuperar el tiempo perdido con los trabajos, pues viene también mucho material escolar que he comprado con ayuda de ‘Padrinos Misioneros a Distancia’ (PAMID), grupo de personas bienhechoras y altruistas que organicé y ayudaban económicamente para salud, alimentación y educación de niños, que será repartido en las escuelas de los poblados y, como premios, en nuestras actividades.

Para mí es una gran alegría, pues es la primera vez que recibo algo a mi nombre para poder repartirlo como yo lo crea conveniente y de acuerdo a los fines de PAMIDE, según las necesidades, ya que proviene de esa asociación fundada para el bien de los niños y jóvenes de las misiones.

En agosto, siguiendo la costumbre del verano español, se cierra el taller. Se abre sólo para el mantenimiento de las máquinas. También me meto a hacer una cabina especial para el nuevo motor.

Fiestas patronales

Las fiestas patronales en los poblados son muy típicas. Tuve la oportunidad de participar en ellas. Además de la misa y las actividades religiosas, me di cuenta de que la comida es abundante para el cura y su corte. Luego comerían los niños. Lo que nunca falta en estas fiestas es la abundancia de comida y vino Peñasol. Les gusta que el cura pruebe de todo y yo, al menos, por complacerles, probaba casi todo, excepto lo que creía que me podía hacer mal.

Visitábamos a los pobres y enfermos y les llevábamos algunas ofrendas para hacerlos partícipes de la fiesta. Estas misas, por lo general, solían durar de dos a tres horas, entre cantos, oraciones y danzas. Eran momentos en que se veía la sencillez, la acogida y la vida tal cual es entre ellos. Sus bailes y representaciones son los momentos en que mi corazón se aferra más a estas tierras y a su gente.

Aproveché los últimos días de agosto para darme una escapadita a Micomeseng, nuestra misión en el interior, y saludar y apoyar a los Hermanos que han pasado momentos difíciles por la política reinante.

Con septiembre comenzaron las actividades. En la planificación comunitaria se acordó tomar la parroquia como centro de todas las actividades, lo que significa más trabajo y seriedad, para poner las bases sólidas en el inicio de esta iglesia. En particular, se debía poner más atención a la formación de los catequistas y laicos que puedan

comprometerse, organizar el pequeño clero (monaguillos y acólitos), la escuela de lectores y otros grupos parroquiales. Para eso era necesario insistir a tiempo y destiempo, mañana y tarde, porque es muy difícil hacer comprender a la gente cosas nuevas.

El baúl del último adiós

El transporte de la ciudad a los poblados era muy escaso por lo que se aprovecha cualquier medio para llegar al destino en formas inimaginables. El pan, la sal, el azúcar son alimentos de lujo en los poblados.

En cierta ocasión en que iba a un poblado en el pick up doble cabina de la misión, acompañado por mi traductor, un catequista del pueblo y dos deudos, por el que celebraría la misa, avanzamos un par de kilómetros por la ciudad y de pronto encontramos a un grupo de personas con un féretro, alimentos y un taxi con tres llantas estalladas.

Como iban en la misma dirección que nosotros, optamos por llevarlos, ‘aunque no fueran cristianos’. Abordaron solamente catorce personas, las cuales cargaron sus mochilas, su alimentación y, por supuesto, la caja del difunto, que les pedí colocar sobre la cabina del auto para ganar espacio.

Cuál fue mi sorpresa que, al levantar la caja, noté que se habían necesitado varios hombres. Al ver que era pesada, temí por la cabina y entonces pregunté: “¿Por qué es tan pesada la caja?” Entonces pedí que la abrieran.

Abrimos la caja del muerto y vi, junto al muerto, nada menos que nueve cajas de pescado congelado, dos bolsas plásticas con pan francés, seis botellas de licor y, rellenando los espacios, muchas bolsitas de sal y azúcar. Allí aprendí a ser práctico. Pensé: este difunto se irá con olor a pescado. Como pudimos nos acomodamos y proseguimos a nuestro destino, despacio para que no nos pasara lo del taxi.

CAPÍTULO 23

MISIÓN ES PROMOCIÓN HUMANA

“El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación. En cambio, la búsqueda de comodidades y bienestar material será su muerte”. (Constituciones Salesianas 18)

En estos días, para los poblados, he conseguido de la UNICEF, cien losas para letrinas, pues hasta entonces hacían sus necesidades fisiológicas en cualquier parte. El único requisito era cavar un hueco de uno por tres por un metro y, al estar listo, se les entregaba la loza. Algunos lo creyeron necesario, otros no. Espero que aprovechen y se den cuenta que, con eso, habrá menos enfermedades y más higiene.

Igualmente, con UNICEF logré que hicieran tres pozos de agua. Creo que será más difícil que se acostumbren, ya que no los vi muy interesados, pues se conformaban con el agua que sacan del río por pasar cerca de sus casas. Lancé la idea, hablé con los jefes del poblado, hice “homilias” sobre el tema. Sólo esperaba que me avisaran. De ellos dependía, aunque a mí me correspondía insistir, ayudarles a descubrir las ventajas que todo eso traía. Nunca me ha gustado obligar a nadie, pues a la fuerza, ni la comida es buena. Sin embargo hay que insistir.

Primer consejo parroquial

En noviembre realicé el primer encuentro de responsables de grupos, para explicarles qué es una parroquia y un consejo parroquial, proponer algunas ideas para la Navidad y Año Nuevo. Así pues, el dieciséis de noviembre, nos reunimos los representantes de dieciséis grupos: ADMA, Cáritas, coro A, coro B, confirmación, enfermos, comunión, teatro, deporte, artesanos, y los que había comenzado hacía apenas unos meses, Kisito (niño santo africano), acólitos, lectores, bíblico, post confirmación, catequistas, aspirantes.



Única familia cristiana en Dabadougou.

Quedamos en reunirnos el siguiente mes para poner en común y encausar las actividades de los grupos para Navidad y Año Nuevo. Junto a tres jóvenes, me comprometo a sacar un folleto u hoja parroquial, la pastorela con los niños por las calles de la parroquia, algo novedoso que aceptaron con entusiasmo.

En ese curso escolar estaba dando clase de tecnología de la madera y formación humana. ¿Quién hubiera pensado que un día iba a formar carpinteros? En el país de los ciegos el tuerto es rey. Como no era carpintero práctico sino teórico, tenía que preparar bien las clases.

La fiesta de Navidad estaba muy cerca y busqué un grupo de preadolescentes para preparar la Pastorela o Posadas. Como era algo nuevo, tenía que motivarlos mucho, pero al fin lo asumieron y se les veía contentos. Buscamos la indumentaria. Busqué en la comunidad salesiana y ellos en su casa. Así que, todo listo para el primer día, con sus instrumentos musicales caseros.

El folleto parroquial estaba preparado y los distintos grupos se esmeraron por las actividades que se iban a desarrollar. En estas fechas de actividades varias, era necesario hacerlos partícipes, protagonistas de las mismas.

El dieciocho clausuramos las actividades del grupo San Kisito y, como capellán de ese movimiento a nivel de Bata, presidí la Eucaristía. Había unos quinientos preadolescentes con sus monitores en el Técnico de los Hermanos de La Salle. Fue algo muy emotivo y preparado muy bien. Muchos se confesaron. Algunos no lo hacían desde su Primera Comunión.

En los primeros días de diciembre reunimos nuevamente a los encargados de grupos para ver las actividades y ponernos de acuerdo en ciertas decisiones a tomar. Se propuso una misa a media noche el veinticuatro y el treinta y uno, se confirmaron las casas a visitar con la pastorela y se comprometieron a escribir algo sobre las actividades para el nuevo número de la hoja parroquial. Feliz Navidad y feliz Año Nuevo.



Proyecto “Servicios Higiénicos”.

Todas las tardes, muy puntuales, se presentaban los miembros de la pastorela y, detrás de ellos, un sin fin de niños. Todos cantaban y animaban, después de los nueve días anunciados por los barrios, que Jesús iba a nacer. El veinticinco hicimos el Belén viviente en las misas. El veintiséis fuimos con los responsables y constantes de excursión a las playas de Bome, playa virgen de arenas blancas. Será un día inolvidable, sobre todo, por los regalos tan especiales que les correspondieron a ellos y que obtuvimos gracias a bienhechores de España.

Las misas fueron muy bien preparadas por los distintos grupos que las vivieron, porque ellos se sentían involucrados en el canto, las lecturas, las ofrendas. Participó mucha gente y había un ambiente de alegría y fiesta. La disciplina fue excelente, pues había un grupo encargado de evitar desórdenes. La comunidad salesiana jugó un papel importante, porque los hermanos no me dejaron solo y, sobre todo, me animaron en momentos difíciles, al querer poner en marcha esta maquinita. No todo era color de rosa, pero fue una experiencia muy especial para mí. Siento esa parroquia como hija de mis entrañas.

Los WC o servicios higiénicos

Al visitar los poblados, lo más difícil para mí no era la comida ni el agua ni la dormida ni los mosquitos ni la lengua sino el momento de ir al baño para hacer mi necesidad mayor, pues, aunque el misionero es un enviado de Dios, también tiene sus necesidades fisiológicas.

Se buscaba un árbol un poco alejado de la casa o de la ermita que tuviera una rama capaz de soportar a una persona y que estuviera, al menos, a un metro del suelo para que, cuando estuvieras sobre la rama haciendo lo que nadie puede hacer por ti, no se acercara un cerdo, una culebra o cualquier otro animal a asustarte o a buscar cómo alimentarse.

Introdujimos poco a poco las letrinas, al menos cerca de nuestras casas y ermitas, porque veíamos esa necesidad. Creyendo que también era necesidad de ellos, hice todo lo posible para que me apoyara la UNICEF, con un proyecto para hacer 300 letrinas.

El único requisito era que el interesado hiciera un hoyo de tres metros por uno. Después de un año y, con mucha insistencia, lo habían hecho doscientas catorce familias, y se inició la construcción. Se terminaron ciento ochenta y cinco porque, en muchos casos, el material desaparecía.

Al evaluar el proyecto un año después, sólo cincuenta y cuatro familias lo usaban para lo que habían sido construidas. Las demás la usaban para gallinero, almacén de yuca seca o, simplemente como bodega.

A veces creemos que lo mejor para uno es lo mejor para los demás. Tenemos que meternos en el pellejo de los demás. Eso es inculturación.

CAPÍTULO 24

MISIÓN ES INCULTURACIÓN

“Evangelizar la cultura, lejos de abandonar la opción preferencial por los pobres y el compromiso con la realidad, nace del amor apasionado a Cristo, que acompaña al Pueblo de Dios en la misión de inculturar el Evangelio en la historia, ardiente e infatigable” (Aparecida 491)

Ritos de Año Nuevo

El primero de enero ha sido sorprendente y especial ya que, desde las cinco de la mañana, se escuchaban serenatas con cantos y tambores. A las seis se oían muy cerca y es que ya estaban en nuestra puerta. ¿Qué pasaba?

Era el grupo annobonés que iba saludando a los diferentes hermanos annoboneses, con sus bailes tradicionales, cantos, tambores y enmascarados o disfrazados, que es parte de una cultura nueva para mí. Gracias al Hermano Monty, annobonés, tuve la suerte de conocer algo típico de esta tribu y me uní a la alegría de ellos acompañándolos por el barrio.

Las calles estaban llenas de niños y jóvenes adormitados, con su gran resaca y remojados, por haber pasado por el rito contra la mala suerte y haber maldecido a la “mami huatá” (especie de sirena) que vive en las profundidades del mar, y en las olas se acerca a las orillas para arrastrar siempre a algunos y llevárselo consigo para siempre.

El seis de enero era un gran día: los Reyes Magos que, por influencia de la colonia, es declarado día libre, que aproveché para salir de paseo con un grupo de jóvenes a la Cooperación Española (complejo turístico reservado para descanso de los españoles).

Las fiestas pasaron rápidamente y las actividades del año tomaron lentamente su cauce.

Entregué llaves, cuentas, pedidos y archivos al Hno. Monty, aunque siempre lo seguí acompañando. Me trasladé a la oficina parroquial que habíamos arreglado donde estaban los servicios higiénicos. Era húmeda, con cierto perfume a amoníaco. Estaba situada en lo más alejado del edificio, pero ya vería como acondicionarla mejor para recibir a tanta gente en busca de ayuda espiritual.

Este trabajo de la parroquia es el que me ha llenado más de satisfacción en mis nueve años de misionero por esas tierras africanas de Dios.

Estábamos en febrero y las famosas letrinas no pasaban de dieciséis y no me explicaba

el por qué, como ellos no se explican muchas cosas mías. Tenía que respetarlos, como a mí me gustaría que respetaran mi modo de ser y actuar. Aceptaba que a ellos no les pareciera lo de los pozos. Vendrán tiempos en que miren su necesidad. Cada tres días los visitaba para animarlos.

En uno de esos viajes, metiéndome en el fondo del poblado, encontré un personaje maravilloso. Lo llaman ‘el madrileño’, es un anciano muy fuerte que vive solo, muy pobre y se jacta de hablar bien el castellano, porque estuvo viviendo en España hacia más de cincuenta años.

Cuando terminó el hueco para la letrina y pusimos la loza, muy feliz nos invitó a pasar a su casita, sacó dos vasos de plástico y uno de cristal para mí. Creo que era el único que tenía, pero estaba más opaco que un cielo nublado. Sacó una botella con un cuarto, según él, de whisky y sirvió un poco a cada uno.

Creo que esa botella tenía más de diez años de estar abierta porque, con dificultad se apreciaba el gusto. Él, a pico de botella, brindó por su letrina en un discurso en que Góngora se hubiera quedado atrás. Venga ese trago. Me había dado todo lo que tenía y me lo dio con amor y agradecimiento.

Sacó lo último que le quedaba para ese momento especial. Mis labios quedaron dibujados en esa especie de grasa que tenía el vaso, cosa que no importaba, porque quedé feliz al verlo feliz, que es lo que vale la pena y por lo que estoy aquí.

Hojita parroquial

Nos reunimos para la revisión de las actividades realizadas en Navidad. El consejo parroquial ha quedado muy contento, sobre todo, porque ellos han sido protagonistas. Pidieron que se les diera más oportunidades, por lo cual, hicimos juntos el programa de la cuaresma. Para Semana Santa y Pascua han salido buenas iniciativas de parte de ellos y se veía el deseo de comprometerse.

Cada grupo preparaba el Vía Crucis cada viernes en los campos del Centro. Pidieron hacer dos pascuas parroquiales: una para jóvenes y otra para mayores, y dar más solemnidad a los oficios litúrgicos. Nos distribuimos las responsabilidades y cada grupo comenzó a trabajar. Se sentían contentos al ver sus artículos escritos en la hoja parroquial que les había entregado.

Marzo dio inicio con el Miércoles de Ceniza. Con los Kisitos preparamos el viacrucis viviente. Y así, me reunía con cada grupo, para darle material o ideas para su actividad.

Jueves, viernes y sábado santo hicimos las dos Pascuas muy concurridas. Los salesianos jóvenes, con los jóvenes; yo, con los mayores. La asistencia y la participación a los actos litúrgicos se vio más participada. La procesión de Ramos fue un caos anecdótico,

pues el micrófono no funcionó y el viento me dejó casi desnudo; la lluvia hizo correr a la gente; un acólito se echó el agua encima; la infinidad de niños ponían la nota alegre, al bañarse muchos bajo el torrencial aguacero. Cada uno logró llegar a la misión y al fin nos volvimos a reunir y celebramos en un corredor del edificio. Fue un Domingo de Ramos muy especial. ¿Qué dirían los liturgos?

Un guateque (fiesta) preparado por los mayores de la Pascua puso punto final a esos días santos. Nuestra alegría de la Resurrección era grande. Un viejo brujo había quemado todos sus fetiches, huesos, calaveras y, después de cuatro años de preparación, había recibido su santo Bautismo junto con los demás de su casa. Fueron momentos felices en que daba gracias a Dios por haberme escogido y enviado a ser parte de este pueblo que, en su pobreza e ignorancia, es alegre, generoso, festivo, solidario y, sobre todo, acogedor. Tengo que aprender mucho de ellos.

Mi fiesta de cumpleaños

Mi fiesta de cumpleaños, por caer en Semana Santa, la trasladamos a la siguiente semana, para celebrarla junto a la Resurrección, pues ya eran cuarenta y cuatro abrilés. Sentí el calor humano de muchas personas simples y sencillas que se sentían cercanas a mí porque ‘no era como los demás blancos’, como me decían algunos, pues me metía con ellos, comía con ellos, bebía con ellos, caminaba por sus calles y los saludaba en sus casas.

Ese día me sentí cuestionado, pues entre ellos no tienen la costumbre de hacer celebraciones de aniversarios. Hay que andar de puntillas, no visitar una familia más de tres veces, porque los celos y las envidias hacen inventar cuentos e historias (congosa). Alguien me regaló unos pescados frescos, otro cocinados, o langostas, camarones, bananos, cervezas, vino.

Unos de esos días de abril los ladrones visitaron mi despacho. Rompieron las verjas, las ventanas, revolvieron todo, pero lo único que se llevaron fue un radio cassette, pues no había nada de valor ya que el dinero lo tenía el ecónomo. Fue más grande el daño que lo robado.

La madera en el taller se iba como agua entre los dedos, era tiempo de crisis y era difícil encontrarla, por lo que fui con Monty a los poblados de la montaña a buscarla, aunque fuera mal cortada con sierra Still y a mano. Nos introdujimos a pie varios kilómetros hasta el bosque cerrado para ver el tronco abatido e indicar la medida que necesitábamos y aclarar precios. Para abatir un árbol de Mbem, es necesario hacer un rito. Es una madera preciosa que, en tiempos de la colonia, solo los españoles podían cortarla. De eso, y por la superstición, iniciaron esos ritos y que siguen practicándose.

La brujería: el pan de cada día

Me gustó siempre conocer la brujería, esa parte del ser africano que es el pan de cada día en pueblos, familias e individuos. Poco a poco iba conociendo casos de histeria –contaminación, posesión, transformación, espiritismo–, hasta que un día fui enviado a hacer un curso de exorcismo, a Bangui, en la República Centro Africana.

A mi regreso fui presentado oficialmente por el señor obispo como el exorcista diocesano, lo que me dio la oportunidad de conocer cosas realmente extrañas. Hasta hoy sigo con ciertas incógnitas.

En cierta ocasión, el señor obispo me invitó a acompañarlo a la visita oficial, canónica, a una parroquia a la que pertenecía un pueblo reconocido nacional y mundialmente, como centro de brujería. El anciano del pueblo, brujo jefe, dio la orden de cerrar las puertas y que nadie saliera ni entrara mientras duraba la visita del obispo. Al segundo día, el señor obispo pidió al párroco y a mí hacer un recorrido a pie por el pueblo, rezando el rosario, y así se hizo. Terminada la visita a la parroquia, regresamos a la ciudad.

Al segundo día llegó un señor al arzobispado queriendo hablar personalmente con el padre obispo. La secretaria lo hizo pasar a la salita de espera en el segundo piso e informó al obispo. Éste se preparaba para una cita con el alcalde, por lo que pidió al señor que esperara unos cuarenta minutos.

El señor decidió ir a hacer unas diligencias y regresar después. Habiéndose ido, la secretaria subió para arreglar las sillas, limpiar un poco y dejar presentable el lugar por si llegaba otra visita. En eso vio sobre el sofá una serpiente de casi dos metros de largo y quince centímetros de diámetro. Llamó a la cocinera y esta a su vez al jardinero, quien subió machete en mano y mató a la serpiente, derramando una gran cantidad de sangre, algo inusual en las serpientes. Cerraron la salita. Al llegar, el señor obispo me llamó. Vi y no creí, discutimos muchas posibilidades. Se mandó incinerar la serpiente, limpiar y desinfectar.

Dos días después, llegó al arzobispado el párroco de la parroquia visitada, diciendo que hacía dos días habían matado al jefe del pueblo, anciano y jefe brujo, macheteado y después quemado, en un camino a la finca de yuca que tenía en la montaña. Eso había sucedido, según el párroco, como a las diez de la mañana, que coincidía con lo sucedido en el obispado. Aún me quedan muchas interrogantes que sólo el ADN los puede solucionar. El diablo anda como león rugiente, buscando a quién devorar.

CAPÍTULO 25

MISIÓN ES FESTEJAR A LA AUXILIADORA

“Creemos que María está presente entre nosotros y continúa su acción de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los Cristianos”. (Constituciones Salesianas 8)

Un veinticuatro de mayo

La evaluación en la reunión del Consejo Parroquial fue positiva, saliendo solamente unas pequeñas observaciones. Programamos mayo. María Auxiliadora goza de una gran devoción. Mayo es el mes de María, Madre, Auxiliadora y patrona de nuestro Centro MAUX. Se programaron pequeños campamentos, ‘baleles’ (bailes tradicionales), juegos salesianos. Fue un mes muy animado.

El grupo ADMA (Asociación de María Auxiliadora), había predicado la novena de Don Bosco que les propuse en agosto. Querían preparar y predicar también la novena de María Auxiliadora. Me alegré al ver gente bien dispuesta. Eso me obligaba a buscar el material y escucharles para aclarar algunas ideas. Lo hicieron muy bien, la novena estuvo muy concurrida.

El veinticuatro fue la locura. Días antes había preparado, junto a tres especialistas, una gran enramada en la cancha de fútbol y los niños de la escuela Nuestra Señora de Bisila (Advocación propia a la Virgen María en Guinea); como hormiguitas, hicimos una limpieza total. Recogimos ocho picopadas de basura, lo que me hizo ir y venir, cargar y descargar. ‘El trabajo de los niños es poco, pero el que lo pierde es un loco’.

Me ayudaron mucho los jovencitos de Bisila, de lo contrario no hubiera estado tan presentable. Ellos estaban felices por los paseos que se daban en el carro. Al finalizar, todos pasamos por un kiosco a comer y beber algo para reparar las fuerzas con unos cuantos pescados fritos.

Llegó el veinticuatro tan esperado, y los invitados de otras parroquias y poblados vecinos se hicieron presente por primera vez. Las ADMA, elegantemente vestidas con su nuevo uniforme. Los tres coros se unieron en uno, luciéndose con nuevos cantos para la Madre de Dios. Era la primera vez que se presentaban estrenando uniforme, por cierto muy vistoso y atractivo.

La enramada se quedó pequeña para tanta gente y los niños invadieron toda la zona libre de la cancha. Muchos se cubrían del sol con paraguas, pañuelos o ramas. Los bancos y sillas no dieron abasto. La ofrenda fue maravillosa, entre danzas, dones, niños,

jóvenes, ancianos moviéndose rítmicamente al compás del canto en fan preparado especialmente por el coro. La parte de las ofrendas duró cincuenta minutos. Nada de prisa. Para eso estamos y para eso han venido.

Monaguillos y lectores estaban perfectamente preparados, pues nos había llevado varios días de ensayos. El Director se lució con sus palabritas directas, concretas y cortas por el gran sol que nos mareaba. Yo me adelantaba a cada intervención o parte de la celebración para no atrasarla ni aburrirla, aunque aquí el tiempo, como dije, no cuenta pero el sol quema.

Los celebrantes sudábamos a chorro, aunque cada uno tenía su gorra de la “Caja de Crédito de Madrid” (CCM). El sol nos daba de frente, el altar estaba sobre la tarima y, por lo tanto, la sombra no llegaba por la inclinación del sol.

Las comuniones fueron numerosas. Fue una experiencia muy especial y, a la vez, delicada, gustó a todos. Se veía en el rostro de la gente y en los comentarios que luego hacían, terminada la misa. Iniciamos la procesión con un santo desorden, mientras se organizaba como estaba previsto. Llevamos a María Auxiliadora por las calles de Bata, en un perfecto orden y devoción, ya cantando, ya rezando el rosario. Se veían varias cuadras de niños, jóvenes y mayores, hombres y mujeres, regresando de donde habíamos salido.

Había una euforia y alegría que sólo la puede vivir una persona que se siente amada y tiene un corazón agradecido. Era una alegría que no se puede describir, sino que hay que vivirla. Nuestra buena Madre Auxiliadora, estaría feliz de verme hacer locuras por ella y por su hijo. Era la primera vez que se hacía eso en la parroquia. Sé que ni Jesús ni María lo necesitan, pero es una forma de hacer bien a sus hijos en la tierra, para que me bendigan y me ayuden a ser fiel a mi vocación, igualmente a mi familia, la Inspectoría ATE, la CAM, que me ha dejado partir, y a este pueblo que tanto amo.

Comenzamos a poner todo en orden, las cosas en su lugar. Lo hicimos rápido, pues hubo una colaboración excelente de parte de todos

Los niños de la primera comunión, que durante la procesión rodeaban la imagen de María, iban felices de haber recibido a Cristo en su corazón, llevar a María como Madre y un pequeño recuerdo de parte de la parroquia.

Terminado todo lo religioso, vino la exposición de comidas típicas (exóticas diría un blanco), treinta y cinco en total. Luego, los bailes improvisados, los encuentros de fútbol sólo entre personas mayores de treinta años, el baile para los jóvenes, la comida, los tragos.

A eso de las siete de la tarde, como en toda fiesta de pueblo, al final siempre ha de haber algún pleito para decir que estuvo buena esa fiesta. Si en realidad no se da, pues hay que inventarlo y, por lo general, son dos mujeres las que sacan de apuro gritándose y liándose a golpes. Luego siguen como buenas amigas.

Al atardecer, a las ocho, cuando todos se habían ido, cuando el silencio se hace oía junto al arrullo, a lo lejos, de las olas del mar, tomé mi lugar de reflexión diaria sobre la plataforma y bajo la luz de la luna, solo, tranquilo, cara a cara con mi Hacedor y frente a la imagen de María que refleja el relieve de la luna. Entré en lo más profundo de mí y escuché su voz en la más íntima comunión. Le pregunté tantas cosas al ver la naturaleza, la gente, los niños, las bellas y graciosas caricias y regalos que él me ha hecho y que no aprovecho. Cansado, agobiado, matado. ¿Para qué? ¿Qué quieres de mí?

En esas tierras, entre esa gente. ¿Por qué, Señor, me has llamado, me has escogido, me has preparado, me has enviado? Aquí estoy, lo he hecho bien o mal, no lo sé. Simplemente he hecho lo que tenía que hacer y con mucho amor. Poniéndome un poco de autor por ti y por ellos. Soy tus pies, tus manos, tu boca, pero sobre todo, tu corazón... Akiba, akiba buí Nzame (Gracias, muchas gracias, Señor).

Nuevos grupos

Durante el curso he podido dedicarme un poco más al grupo de confirmación. Hemos tenido retiros, salidas, charlas y, sobre todo, he conseguido que cada grupo animara la misa del sábado, a las seis y quince. Cambiar, ver mas allá, pensar en un futuro. De ellos nace el grupo de Jóvenes María Auxiliadora que se reúnen cada semana para prepararse como catequistas y para vivir la vida cristiana en la alegría y el servicio. Eran 26 jóvenes los que habían respondido, muy bien dispuestos y motivados. Espero que el Espíritu Santo les ayude en sus propósitos de seguir firmes y unidos, apoyándose unos a otros por su bien y el de la iglesia.

Junio es un mes tranquilo. Esta vez le corresponde a otro la conclusión del curso escolar. Mis calificaciones y exámenes



Asociación de "Madres marianas" para hogares cristianos

estaban listos; en los pueblos hay quien ha hecho sus letrinas, y quien no. Misas, confesiones, catequesis continuaban cada domingo, guiados por los nuevos grupos.

He tratado de animar más la misa para niños de cada domingo en la sede parroquial, escenificando el Evangelio, usando cantos apropiados. En Dama estaba a medio hacer la escuelita que nos habíamos propuesto con las Hermanas Religiosas de San José.

Terminado el curso escolar, planificamos las vacaciones. Me correspondían del veintidós de junio en adelante. Traté de poner todo en orden, por escrito para que el Director le dé seguimiento. Había presentado mi deseo de hacer un año sabático para estudiar inglés por tres meses, otros tres meses de espiritualidad, tres meses más para terminar mi tesis y tres meses para estar con mi familia.

La comunidad salesiana no tuvo problemas. Miguel Ángel Olaverri, el Inspector, no me lo prometió y me dijo que pasara dos meses con la familia y que hiciera el curso de formación permanente en Campello y que regresara los primeros días de enero a Guinea. Así fue. Preparé mis documentos, dejando claras las actividades inmediatas a seguir. Salí de Bata el veinticuatro, con rumbo a Douala – Madrid – México – Managua.

Tuve problemas con el visado para México donde tenía que pasar la noche, pues estaba vencido. Al fin del día la compañía se hizo cargo de mí, enviándome al Hotel Sheraton. Jamás me hubiera imaginado estar en una habitación con tanto lujo, que hasta me hacía sentir mal por tanta comodidad. Lo malo es que de parte de Migraciones me pusieron un guardia de seguridad en la puerta (hasta guardaespaldas, jajaja) y mi pasaporte quedó retenido en migración. Al día siguiente, querían hacerme salir como deportado, lo que aclaré con la compañía. Tomé el propósito de no volver a pasar por México.

Al fin llegué a Managua el veintisiete a las ocho y media de la noche, donde me esperaba mi hermana, su esposo y tres sobrinos. Fue una gran alegría encontrar a mis padres y a toda mi familia en buena salud. Me extrañó saber que mi madre cuidaba a mi sobrinita, porque mi hermana se había ido a Estados Unidos, y mi hermano en casa se había divorciado y ahora estaba, otra vez, ‘bajo el ala de la gallina’.

CAPÍTULO 26

MISIÓN ES CAMINO DE SANTIDAD

“En cuanto a mí, no quiero sentirme orgulloso más que en la Cruz de nuestro señor Jesucristo.... Por lo demás, que nadie venga a molestarme, pues me basta con llevar en mi cuerpo las señales de Jesús, mi Señor”. (Gálatas 6,14-17)

Diez años de misiones

Estaba cumpliendo diez años de estar en África y recordaba aquellos primeros días difíciles. Me cuestionaba si volver a la misión o quedarme en Centro América. Las misiones llenaban mi vida, pero la tentación del confort, el acomodamiento y la ley del mínimo esfuerzo eran fuertes y atrayentes, lo que lastimosamente he visto en algunos salesianos e Inspectorías: la tentación ‘para qué joderme tanto si hay tantos que la pasan tan bien’.

La vida en África es dura. En algunos lugares es gratificante. Estaba acostumbrado al calor y al frío, a la salud y a la enfermedad, a la hartura y al hambre, a la estrechez y a la holgura. No sentirme apegado a nada y a nadie más que a mi servicio por el Reino. A veces, mi instinto me empujó a dejar a un lado mi voluntad. Pero la mano de Dios estaba siempre allí para protegerme y tirarme por donde debía ir y recordarme que cada uno es constructor de su vida.

En el examen diario de conciencia me había propuesto tomar esas viejas agendas en que, con claves, pues sólo yo conozco mi Proyecto Pastoral de Vida, ponía algo fijo de mi existencia en esos doce años de sacerdocio y veía que la misericordia de Dios había sido grande conmigo. Si esto es en vida, como será en la muerte a la cual amo y espero que llegue pronto, sin ponerle límites a la Providencia Divina ni por frustración, desesperación o angustia, sino simplemente por amor y estar pronto cantando eternamente las maravillas de Dios.

En este tiempo he experimentado el pecado y la gracia, el amor y la traición, la envidia y la solidaridad, el bien y el mal, la salud y la enfermedad, la paz y la violencia. De forma especial he vivido la Misericordia y la Providencia de Dios que, en muchos momentos, aunque la sentía apartada de mí, estaba más cerca de lo que yo me imaginaba, porque él me quería conducir a un puerto seguro.

En los días de vacaciones dedicaba mucho tiempo a pensar, recordar y ordenar algunas aventureras incursiones o trabajo misionero. Igualmente, me dedicaba a visitar

familiares y amigos, ayudaba un poco en la parroquia. Sobre todo, quería pasar mucho tiempo en casa con mis seres queridos.

No tenía ni quince días de estar de vacaciones y el doce estaba bien sentado en casa viendo el partido del mundial de fútbol de Nigeria, cuando suena el teléfono. Me llamaban desde Guinea para comunicarme que, por la reestructuración de las comunidades salesianas, Miguel Ángel quería que el siguiente año trabajara en Ebolowa. No me cayó en gracia la noticia, pues tenía mi ilusión puesta en la Parroquia que estaba comenzando en Bata. Pero me había ofrecido a las misiones sin importar el lugar. Habla, Señor, aquí estoy, envíame.

Aproveché el paseo de la comunidad salesiana de Managua para acompañarlos a Costa Rica. Fui también a El Salvador con un grupo de jóvenes que participaban en la bienvenida del Rector Mayor por los cien años de la presencia salesiana. En Centro América era muy bonito y esperanzador ver tantos jóvenes reunidos en torno a nuestro Superior.

En el viaje en autobús con los jóvenes quisieron asaltarnos en El Salvador. Fue un gran susto ver armas, enmascarados, la calle cerrada. Nos salvó el manto de Mamá María y la destreza del chofer que, con marcha atrás, manejó en la oscuridad por casi dos kilómetros.

Las vacaciones siempre se hacen cortas y llegó el momento de ir a Campello, pues el cuatro de septiembre empezaría el curso de formación permanente. El último domingo celebré una Eucaristía con todos los miembros de mi familia en la capilla de la Comunidad Salesiana, excepto mi papá que estaba indispuerto. Aproveché para despedirme y darles consejos como hijo, hermano, tío y, sobre todo, como lo que aprecian más, sacerdote.

Alianza matrimonial

Cada tribu tiene sus propios ritos. Entre los Malinke, al norte de Guinea, el matrimonio es rico en simbolismos. La joven, en su primera menstruación, sube a la montaña sagrada, donde queda un mes bajo la tutela de una anciana que la forma como mujer, madre y heredera de los secretos tribales. Curada de la ablación que le han practicado, baja con alegría, junto a sus otras compañeras, cantando, bailando y sonando distintos instrumentos para hacer vistas y llamar la atención.

Así se anuncia que ya las pueden pedir en matrimonio. La vida sigue normal hasta que el padre de un joven y el de una joven se ponen de acuerdo para unir a dos hijos en matrimonio. Quien solicita el matrimonio debe de llevar quince litros de vino de palma, los cuales se toman entre los dos en una tarde y así comienza el compromiso.

Al domingo siguiente vuelven a reunirse para compartir otros quince litros de vino en que hablan ya de la dote. Un día el solicitante, junto a un grupo de amigos, visita al padre de la joven. Entonces debe llevar cincuenta litros de vino de palma y, en el tiempo en que toman, se consultan, se aconsejan. La madre y las muchachas comienzan a sospechar: ¿cuál será, si hay varias hijas?

Luego el papá de la solicitada va de visita a la casa del que pide la mano de su hija. Debe pasar al menos una noche y ha de ser bien recibido. Deben poner a su disposición el mejor cuarto, la mejor cama, agua caliente, buena comida y un regalo.

Cuando la familia del pretendiente está preparada económicamente, el papá y el anciano del pueblo van con un regalo para la mamá, la tía y la joven que será entregada en matrimonio.

Es hasta ese momento que el jefe de familia llama a su mujer, a la muchacha y su tía para recibir el regalo. Si ellas lo aceptan, la tía inicia los preparativos inmediatos a la boda, que se realizará en los siguientes días de luna llena. El rito es el mismo, ya sea que se casen dos jovencitos o un anciano que solicita su tercera o cuarta esposa, es la unión seria, formal y para siempre, salvo caso de esterilidad..

CONCLUSIÓN

Quiero concluir este compartir de mis primeros diez años de vida misionera reconociendo que el misionero cada día está dispuesto a partir a otra misión donde Dios lo llame y “florecer allí donde Dios lo plante” – decía Don Bosco – o estar listo a partir para recibir el premio eterno ganado por la misión cumplida.

Quedan recuerdos, anécdotas y vivencias en el tintero, esperando robar tiempo al tiempo para ordenarlas y seguir despertando el espíritu misionero recibido en el bautismo, especialmente ahora en que la nueva evangelización nos apremia .

Al llegar a 25 años de vida sacerdotal, agradezco a Dios, a mi familia, a los salesianos y a tantas personas que me han ayudado en mi realización personal para servir a Dios y al prójimo, a tantos que, sin saberlo yo, han elevado al menos una oración para conservar mi corazón oratoriano, de pastor y de hermano.

El 8 de diciembre de 1986, fiesta de la Inmaculada Concepción de María, día de mi primera misa, yo estaba entre nervioso y gozoso. La misa estaba programada para las diez de la mañana. A las 8.00 se me acercó el P. José Manuel Guijo, director del Centro Juvenil, y me preguntó por mis ornamentos para la ceremonia. Se los mostré. Al ver que eran usados (los había pedido prestados en la parroquia), con su sonrisa paterna me hizo subir al carro para ir a buscar otros nuevos. Llegamos donde Mons. Edy Montenegro, amigo suyo, quien nos dijo que tenía varios juegos nuevos en casa de su mamá. Salimos para allá, escogí el que más me gustaba, sin tiempo para medírmelo. Me dijo: “Son tuyos, sólo ofrece tu primera misa también por mí”. Él era alto y fornido y el alba estaba hecha a su medida. Regresamos casi para comenzar la celebración. Algunos pensaban que yo me había arrepentido a última hora, pues por las prisas no habíamos avisado a nadie. Al revestirme, el alba me tragaba por todos los lados. Con el cíngulo hice los ajustes del caso. Me cubrí con la casulla, que nos reviste de santidad.

Esa casulla quedó de recuerdo en el Centro Juvenil y la usé cada cuatro años, cuando regresaba de África. Cuando vuelvo a Managua, me pongo esa casulla viejita que tantos recuerdos y agradecimientos me trae y que es símbolo de tantas bendiciones materiales, físicas y espirituales que Dios ha obrado por mi indigna persona desde el día de mi ordenación.

Querido lector, todo lo narrado en esta páginas es para honra y gloria de Dios, pues él es quien llama para prepararnos, para estar con él y luego enviarnos a cumplir su misión, a hacer crecer el Reino de paz, amor y justicia.

MAPA DE ÁFRICA



ÍNDICE

Agradecimientos

Presentación.....	1
Introducción.....	3
Capítulo 1	
Misión es ser llamado.....	7
Capítulo 2	
Misión es estar con él.....	11
Capítulo 3	
Misión es ser enviado.....	13
Capítulo 4	
Misión es construir el Reino.....	16
Capítulo 5	
Misión es escuela de espiritualidad.....	19
Capítulo 6	
Misión es dejarse evangelizar por los pobres.....	23
Capítulo 7	
Misión es anunciar a Cristo.....	26
Capítulo 8	
Misión es tener dónde reclinar la cabeza.....	30
Capítulo 9	
Misión es dar testimonio del poder de Dios.....	35
Capítulo 10	
Misión es aceptar tu humanidad.....	39
Capítulo 11	
Misión es hacerse discípulo de Jesús.....	42
Capítulo 12	
Misión es vivir tu lema.....	45

Capítulo 13	
Misión es hablar lenguas y conocer lenguajes.....	48
Capítulo 14	
Misión es hacerse huésped de los demás	51
Capítulo 15	
Misión es aceptar las enfermedades	55
Capítulo 16	
Misión es vivir en comunidad con hermanos	59
Capítulo 17	
Misión es hacer de todo con amor	64
Capítulo 18	
Misión es partir a donde más te necesitan	69
Capítulo 19	
Misión es dar a conocer el sistema salesiano	75
Capítulo 20	
Misión es “cero” rutina	80
Capítulo 21	
Misión es pisar los continentes	84
Capítulo 22	
Misión es enseñar a orar	89
Capítulo 23	
Misión es promoción humana.....	93
Capítulo 24	
Misión es inculturación	96
Capítulo 25	
Misión es festejar a la Auxiliadora	100
Capítulo 26	
Misión es camino de santidad.....	104
Conclusión	107



Guinea Conakry

Cameroun

Gabón

Congo

República Democrática del Congo

25 AÑOS DE SACERDOCIO



Editorial Universidad Don Bosco



“Llamó a los que él quiso, para que estuvieran con él y enviarlos a predicar”

Mc. 3,14